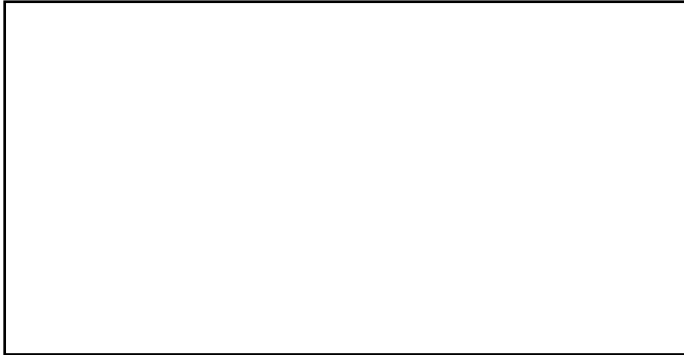


**Hechos y comentarios
y otros escritos
El Anarquismo en Buenos Aires
(1890-1915)**

Eduardo Gilimón

**Hechos y comentarios
y otros escritos**

**El anarquismo en
Buenos Aires
(1890-1915)**



Corrección: Eduardo Bisso
Diseño: Diego Pujalte
Fotografía de tapa: Asamblea del gremio de conductores de carros
(1904) (Archivo General de la Nación.)

© Libros de Anarres
Av. Corrientes 4790 C.P. 1414AJN
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.: 4857-1248 / 4115-1041
edicionesanarres@gmail.com

© Terramar Ediciones
Av. de Mayo 1110.
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.: 4382-3592
www.terramarediciones.com.ar

ISBN xxx-xxx-xxxx-xx-x

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

EDUARDO GILIMÓN Y LA OBSESIÓN POR LA PROPAGANDA

Martín Albornoz

*A Victoria, por enseñarme otras
formas de anarquismo.*

En términos de taxonomía el anarquismo ha sido una corriente política amplia y generosa. Han existido desde anarquistas individualistas o colectivistas, hasta anarquistas cristianos, pasando por terroristas, sindicalistas y feministas, entre otros. De hecho, pocos movimientos pudieron extraer de la heterogeneidad y diversidad, a veces conflictiva, tantas figuras notables y singulares. Sin embargo, Eduardo García Gilimón es hoy un anarquista difícil de catalogar. Siendo en realidad un representante típico de la militancia ácrata en Buenos Aires de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sus rasgos principales no se acoplan cómodamente con las imágenes más difundidas sobre lo que se entiende debería haber sido un anarquista. Fácilmente, según el peculiar modelo interpretativo de Osvaldo Bayer, podría ser colocado del lado de “los anarquistas de salón”. Su contrafigura, a partir de esta mirada, sería el anarco-bandido, vitalmente expansivo, pasionalmente erizado y políticamente impaciente, que fue Severino Di Giovanni. Si bien sus contextos de actuación fueron distintos, la Argentina de 1900 no fue la de la década del veinte, la comparación en su injusticia sirve para diferenciar estilos y fortunas históricas. Mientras que al anarquista italiano le cabe haber sido un eximio representante de lo inasimilable y lo extraordinario, a Gilimón le cabría un lugar, en principio, menos honorable: haber sido un ortodoxo, en el sentido de haber luchado por dotar al anarquismo de una línea y una conducta considerada como la correcta y bregar con insistencia por lograrlo.

Su biografía conocida no pasa de unas pocas líneas: de origen catalán, entre 1894 y 1895 dio sus primeros pasos de militancia en el socialismo argentino, como miembro del Centro

Socialista Obrero, dejando algunos escritos en las páginas de *La Vanguardia*. Su actitud fue proclive a la unidad de los distintos grupos socialistas locales, en un partido único. Como resultado de dicha unidad fue delegado del Centro Socialista Obrero en el comité organizador del flamante Partido Socialista Obrero Internacional, luego Partido Socialista, del cual fue, por un brevísimo lapso, secretario de actas y de administración. Sin embargo, en octubre de 1895 se lo acusó desde *La Vanguardia* de haberse quedado con fondos del partido. Quedó signado de este modo su paso al anarquismo colaborando en *La Protesta Humana* desde sus comienzos a mediados de junio de 1897 y en diversas publicaciones como *La Nueva Era* y luego, en Rosario, en el semanario *El Rojo*. A partir de agosto de 1906 con alguna pequeña interrupción fue miembro de la redacción de *La Protesta* hasta 1910. En ocasión de la huelga general de octubre de 1905 fue detenido y en vísperas del centenario fue expulsado del país y deportado a Barcelona, ciudad de la que fue también expulsado al poco tiempo. Luego de una serie de vaivenes, que incluyeron otro paso por Barcelona, donde trabó relación con Anselmo Lorenzo, entre otros, terminó recalando en Montevideo donde militó activamente en el anarquismo hasta la década del veinte¹. En un obituario publicado en Solidaridad (órgano de la FORU) número 196, de la 2ª quincena de julio de 1944, se menciona su muerte a los 77 años. La nota aclara que Gilimón había “estado alejado de nuestras actividades desde hace mucho tiempo”, pero señala que seguía siendo un simpatizante de las ideas y que había participado de varios emprendimientos editoriales, entre otros en “La Ruta”. También señala la nota que en 1942 había publicado un artículo en *Organización Obrera* órgano de la FORA².

Su principal escrito, no obstante, fue *Hechos y comentarios*. Seguido de páginas íntimas, publicado en 1911.

¹ Los datos biográficos provienen de (Horacio Tarcus), Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976), Buenos Aires, EMECÉ, 2007, páginas 260 y 261. Es importante señalar que Gilimón continuó escribiendo en *La Protesta* asiduamente durante la segunda década del siglo XX con la misma vocación polémica, pero no con el mismo grado de organicidad con que lo había hecho en la década anterior.

² Pascual Muñoz. Comunicación personal.

I

Gilimón no sólo representó, según mi posición, un polo diametralmente opuesto al perfil terrorista-héroe tipificado por Bayer, sino que definió su contorno en franca oposición a otros anarquistas de su tiempo. Desde las páginas de la prensa libertaria discutió con los anarquistas literatos, con los individualistas, con los sindicalistas, con aquellos que sostenían la necesidad de alianzas con otras fuerzas políticas como los socialistas y con el naciente sindicalismo revolucionario. La disputa doctrinaria y teórica fue una constante de su pensamiento y a ella dedicó gran parte de su actividad como periodista militante y miembro de la redacción de *La Protesta*. Desde su punto de vista, la importancia de la disputa residía en el hecho de que era mediante la lucha que se templaba la propia identidad libertaria y reivindicaba esta posición frente a aquellos que pedían localizar zonas de confluencia dentro de la izquierda argentina: “a veces encontramos algunos que nos manifiestan su extrañeza por los continuos dimes y diretes que hay entre anarquistas, socialistas y sindicalistas”. Él, por su parte, encontraba perfectamente natural la controversia, en cualquiera de sus formas, ya que en realidad “lógica es esa contienda. Unos a otros se estorban. Las iniciativas procedentes de cada bando chocan con las del contrario, y a veces unas y otras fracasan suscitando un muy legítimo rencor en todos. Es muy natural que esto ocurra, y tiene la misma explicación que los choques que se producen con la policía y los burgueses, y que los amigos de la armonía entre socialistas, sindicalistas y anarquistas deberían lamentar, pues sería mucho mejor que reinase igualmente armonía entre burgueses y proletarios”. El pugilato verbal afirmaba, robustecía las propias ideas, asegurando posiciones y filtrando la teoría que habría de guiar la práctica. Resaltar la diferencia era solamente positivo, porque, y esto es central para Gilimón, los objetivos de las distintas corrientes, tanto externas o internas del movimiento, no eran los mismos. Lo específico del anarquista era luchar por la anarquía, no existiendo objetivos intermedios, ni negociaciones posibles: “De ahí la conveniencia de la polémica, la utilidad de la refutación, las ventajas de esa guerra encarnizada que se hacen los socialistas, sindicalistas y anarquistas y que viene a ser el método más activo de propaganda”³.

³ Eduardo Gilimón, “La armonía”. *La Protesta*, 16 de mayo de 1908.

El desenvolvimiento de esta pasión controversial es una suerte de hilo conductor que atraviesa *Hechos y comentarios* de principio a fin. El libro se abre con un grupo de trabajadores que comentan, en su novedad, un número de *El Perseguido*, primer periódico anarquista de salida más o menos regular en el país. Lo disruptivo y novedoso del posicionamiento –“un periódico anarquista. Algo originalísimo y que seguramente no sabía si existiese en Buenos Aires”– se descubre en ciertas ideas que son recuperadas en su excentricidad y en su contraste con las referencias históricas que aporta: el gobierno de Juárez Celman, el radicalismo insurreccional de Alem, la ejemplificación de la tiranía de tintes locales con Juan Manuel de Rosas. Estos efectos de particularización resaltan aún más lo llamativo de los artículos que mencionan: “Un artículo negando la existencia de dios (...) en otro artículo dice que hay que exterminar a los patrones, volar las iglesias, destruir las cárceles y ajusticiar a todos los reyes, presidentes de la república, ministros, gobernadores y policías”. Instalada de este modo en “el ambiente”, la palabra anarquista a través de su prensa, artefacto nodal y privilegiado de propaganda, *Hechos y comentarios* se encarga de mostrar su devenir. Este devenir no fue en absoluto lineal y se jalonó mediante la lucha. La lucha, he dicho, para Gilimón era un componente sano, aun entre compañeros. La lucha dinamizaba y la armonía no podía comparársele en este aspecto. En los subsiguientes capítulos se lucha con los socialistas, con los anarquistas antiorganizadores, con los sindicalistas, nuevamente con los anarquistas y por supuesto contra el Estado y la burguesía. Contra todos.

La propaganda anarquista expositiva, o en conflicto, en la cual buscará una pureza innegociable, fue el centro casi místico de la acción revolucionaria para Gilimón. El punto de partida, pero también el de llegada, hasta el momento de fractura y separación definitiva del sistema, momento que sólo sería reconocible en la destrucción del Estado y del capitalismo. Menos que eso era nada. Cualquier mejora parcial, lo era, en realidad, de las funciones del Estado y una revivificación del capitalismo. En este posicionamiento se sostuvo y justificó su temprana ruptura con el socialismo parlamentario del Partido Socialista:

“Creo que es necesario destruir esperanzas en pequeñas mejoras, para que a la mejora total dediquemos todos nuestros esfuerzos, insisto en este tema de actualidad siempre”⁴.

II

Sobre el carácter de Gilimón, por contraposición con el del escritor y publicista libertario Alberto Ghiraldo, el historiador, traductor y editor anarquista Diego Abad de Santillán apuntó: “Ghiraldo no ha sido ni ha querido ser nunca un teórico; era un rebelde, un adversario de la autoridad, un temperamento de literato y de luchador. En cambio Gilimón tenía más inclinación filosófica y teorizadora; era menos subversivo que Ghiraldo, pero sabía imprimir una orientación más consciente y reflexiva al movimiento”⁵. La disyuntiva remarca modos de inserción claramente diferenciados y delimita formas de comprender la militancia libertaria en torno de la escritura y de la acción. En el caso de Gilimón sus textos, sin presencia de ningún manierismo estilístico, se abocaron principalmente a depurar al anarquismo de las extrañezas que alimentaban, como en el caso de Ghiraldo, entre otros, fantasías de radicalidad que no eran, desde su perspectiva, más que pura declamación. El propio Gilimón dejó constancia de lo incómodo que le resultaban los devaneos literarios de Ghiraldo. En un texto publicado en 1907 en *La Protesta* reseñando *Carne doliente* de Ghiraldo sostenía que en el libro “apenas se perciben los dolores, las quejas quedan acalladas por las interjecciones de la rabia vencedora o vencida. La ternura desaparece ante los gritos de los combatientes (...) El autor excitado por lo trágico de las luchas, atraído por la belleza terrible de la guerra, pinta paisajes militares en los que la apostura heroica destaca sus valentías dando marcado sabor patriótico al cuadro. Hubiéramos preferido que Ghiraldo nos presentara lo repulsivo del campo de batalla, con crispaciones nerviosas de dolor, los ayes lúgubrementes tristes de heridos y moribundos, el festín repugnante de los caranchos revolviendo

⁴ Eduardo Gilimón, “A la redacción de *La Protesta Humana*”, en *La Protesta Humana*, 26 de junio de 1898.

⁵ Diego Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina (desde sus comienzos hasta 1910)*, Buenos Aires, Argonauta, 1930, página 101.

sus torvos picos entre las piltrafas de los cadáveres, y que allá, a lo lejos, en lontananza, nos hiciera vislumbrar los hogares de los caídos con todos los llantos y dolores tan intensos de los huérfanos, las viudas, los padres. Y entonces sí que carne doliente no sería sólo carne de combate”⁶. Dar forma al dolor mediante la palabra escrita requería, para Gilimón, sencillez estilística, pureza doctrinaria y claridad de miras. Es por eso que privilegió la escritura como pedagogía y como elemento de propaganda. Sus postulados eran expuestos de forma austera, pero sus propósitos no eran poco ambiciosos. Sus escritos, muy abundantes en la primera década del siglo pasado, algo más de trescientos en *La Protesta*, reclamaban para sí la línea más pura del anarquismo.

III

La propaganda para Gilimón no se reducía meramente a la difusión doctrinaria, no era solamente un medio, sino que se trataba de un fin en sí mismo; por eso, mucho más que un libro sobre los momentos salientes que hilvanaron el proceso formativo de la clase obrera en la Argentina, *Hechos y comentarios* es un relato pormenorizado de las formas múltiples y variadas que adoptaron las prácticas militantes y culturales del anarquismo: desde la prensa, hasta las llamadas jornadas de controversia con los socialistas, pasando por las movilizaciones callejeras y las conmemoraciones de la Comuna de París y el Primero de Mayo. La propaganda educaba, formaba personas aptas para vivir anárquicamente, desarrollaba la solidaridad, combatía los prejuicios, autoeducaba a los individuos y, como el caso de Gilimón lo demuestra, servía para establecer y difundir líneas de acción correctas y ejemplares.

Lo que preocupaba principalmente a Gilimón era llegar a los que aún no tenían conocimiento de las bondades de “la idea”. En un folleto titulado *Para los que no son anarquistas*, ejemplo acabado de su pensamiento, aclaraba esta perspectiva. Hacer propaganda consistía en establecer las bases racionales del anarquismo para propagarlo en las zonas “huérfanas”. El anarquismo se funda, explica Gilimón, en la comprensión transparente del mundo: “Los anarquistas han analizado uno por uno todos los resortes de la sociedad, han inquirido

⁶ Eduardo Gilimón, “Una impresión”, en *La Protesta*, 1907.

las causas del dolor, del malestar que en todas partes se siente, y que nadie puede negar, y han sacado la consecuencia incontrastable de que suprimidas las causas de esos males, de esos dolores, de esas miserias, tienen éstos que desaparecer”. El esquema, que en su simpleza proponía eliminar las causas del mal para permitir el florecimiento de los hombres, entrañaba en el fondo una solución más compleja: generar condiciones para esa expansión.

Para lograr los objetivos de emancipación integral del ser humano, Gilimón proponía dos modos: “La propaganda constante de las teorías anárquicas y la huelga general revolucionaria”. La primera de ellas consistía en la propagación de la doctrina para promover la autoayuda de los obreros, enseñarles “las causas de su malestar para que las supriman por sí mismos, aunando los esfuerzos de todos, llegando así a realizar el segundo, o sea la huelga general revolucionaria”⁷. Ahora bien, si sobre la huelga general revolucionaria, que excedía por mucho en el esquema libertario a la mera dimensión fabril o económica, para abarcar la interrupción de la dinámica del sistema en su totalidad –cultural, estatal y económico–, era poco lo que podía aventurar sin caer en un ejercicio de pura especulación prospectiva, al que era poco dado Gilimón, sobre los medios de propaganda era mucho más lo que podía decirse.

La propaganda serena, didáctica y explicativa, no se reducía a la tribuna o la prensa, sino que actuaba intersticialmente, por contagio social. De ahí la innumerable cantidad de medios que prescribía. En ocasión del Primero de Mayo de 1908, más allá de la importancia rememorativa que la fecha tenía, Gilimón destacaba que se trataba de la situación ideal para poner en juego todas las herramientas de propagación libertaria: “Vamos hacia un fin como va la planta en sus verdores hacia crear la flor y dar el fruto. Y vamos conscientemente sabiendo que ese objetivo necesita de la propaganda como de un riego. El orador, el manifiesto, el periódico, el folleto, las cien voces de los conscientes que susurran durante el callejeo en los oídos de los menos entendidos, el porqué del mitin, la causa del malestar social, el mismo conocimiento de ese malestar que a veces no lo sienten ni aún

⁷ Eduardo Gilimón, *Para los que no son anarquistas*, Buenos Aires, Editorial La Protesta, página 22. Véase Apéndice II de la presente edición.

los que sufren sus consecuencias, habituados como están a ver el mundo siempre igual tal como lo vieron sus antepasados y les aseguraron sería *per eternum*, son mil medios de propaganda que extienden el ideal y preparan nuevos concientes, crean individualidades capaces de accionar cuando el momento oportuno llegue, cuando haya probabilidad de triunfar”⁸.

El militante anarquista en sí mismo ocupaba, dentro de los “mil medios por la propaganda”, un rol fundamental en calidad de “ejemplo” vivo, razón que llevaba a Gilimón a recomendar modos de conducta ejemplares. El control de las pasiones, la oratoria clara, la adecuación de las prácticas a la teoría. Todo debía acompasarse al funcionamiento armónico de las facultades intelectuales y físicas “sin caer en el exceso que relaja, embrutece, degenera y acorta la vida”⁹. Esto era lo crucial: el anarquista era de por sí un hombre del mañana, un átomo actuante en sentido contrario al mundo en el cual desplegaba su acción y es por esto que debía esforzarse al máximo por la coherencia en su vida: “Porque no es el anarquismo una concepción de vida futura, concepción en virtud de la cual quepa proceder hoy de un modo y esperar al mañana para operar de otro. Nada de eso, el anarquismo es de ahora y de después...”. Y si bien no era razonable establecer un patrón de conducta que contradijera la inherente libertad de la doctrina, sí era posible saber qué conductas no se avenían en absoluto con el anarquismo. Todo anarquista era de por sí un militante y debía observar en su conducta individual todo aquello que destacara su superioridad moral. No cabían por lo tanto dentro del catastro libertario: “El grosero, el inculto, el envidioso, el intrigante, el chismoso, el amigo de imponerse a los demás y prevalecer, el propenso a irritarse y a pelear, el dado al alcohol, la pereza, el juego y a todo lo que se comprende con la denominación de viciosidad, porque daña a la salud y a los demás”. Anarquista contenido y contenedor, Gilimón no creía en las transformaciones repentinas y por eso preconizaba constantemente la disciplina personal del militante, ya que ninguna persona “deja de ser como es, de la noche a la mañana, y tan sólo por el simple hecho de que en la

⁸ Eduardo Gilimón, “La fecha”, en *La Protesta*, 1° de Mayo de 1908.

⁹ Eduardo Gilimón, “La moral anarquista”, en *La Protesta*, 6 de mayo de 1908.

esquina no haya un vigilante”¹⁰. Del mismo modo se lamentaba porque muchos anarquistas no cuidaban las formas contribuyendo a alimentar el imaginario social que pesaba sobre anarquistas como seres violentos, propensos al insulto, a la agresividad sin motivo, para subrayar su odio por el Estado y el capital. Una vez más, relacionado con el tono y las cualidades que debía tener el propagandista, se quejaba: “Desgraciadamente se suele olvidar el fondo por la galanura o la virulencia, y quienes en ese olvido incurren nos hacen recordar a los que en las manifestaciones callejeras se deleitan en gritar estruendosamente contra los burgueses y burguesas, calificándolos de ladrones y prostitutas, con lo que en resumidas cuentas no se consigue nada (...) A lo sumo se demuestra falta de cultura, un tantito de cobardía, puesto que no es hazaña insultar estando rodeado de varios miles de hombres, y un odio estúpido...”. Persuasión, freno pasional, claridad y racionalidad para la propaganda, son sus recomendaciones, ya que: “No es propaganda la que no convence, aunque exalte y sea capaz en un momento dado de mover las multitudes, cual lo han hecho todos los autoritarios y los cultores del patriotismo”¹¹. Sobre el accionar del patriotismo y su carácter represivo, *Hechos y comentarios* también son un testimonio.

IV

La insistencia de Gilimón por prestigiar al anarquismo en una coyuntura como la de la Argentina de la primera década del siglo xx no era producto del mero dogmatismo. Desde finales del siglo anterior, y de la mano de la recepción en el país, a través de la prensa comercial principalmente, de los atentados anarquistas que tuvieron lugar en Europa, el anarquismo se convirtió en una especie de enemigo perfecto de la sociedad, muy funcional además para legitimar la criminalización de la acción gremial en su conjunto. La Ley de Residencia en 1902, la Ley de Defensa Social de 1910 y los numerosos estados de sitio que tuvieron lugar en la Argentina del período, dan cuenta de las tentativas desde el Estado de contener el conflicto social utilizando a los anarquistas como pretexto.

¹⁰ Eduardo Gilimón, “Vida anárquica”, en *La Protesta*, 8 de mayo de 1908.

¹¹ Eduardo Gilimón, “De la propaganda”, en *La Protesta*, 14 de mayo de 1908.

A su vez, la amplísima difusión de las teorías del criminólogo italiano Cesare Lombroso contribuyó a esta percepción. Según Lombroso en continuidad con las marcas de referencialidad patológicas (como el tatuaje, la jerga y el desmesurado lirismo), que había establecido como distintivas del criminal nato años atrás, salvo pocas excepciones (intelectuales como Piotr Kropotkin o Élisée Reclus) los anarquistas eran locos o criminales. A su vez, como mal congénito, los anarquistas estudiados por Lombroso, actualizando la terminología a los fines de la aplicación política, manifestaban las siguientes patologías “neuronales”: epilepsia política e histerismo político. Las pautas de conducta de los anarquistas eran entendidas como descomposiciones psíquicas; entre ellas Lombroso señala una fuerte voluntad suicida pero de carácter indirecto: “Quizá deban ser considerados algunos de estos extraños homicidios como suicidios indirectos; tal vez maten, o mejor intenten matar al jefe de un país, para dar así lugar a que les quiten una vida que aborrecen, al mismo tiempo que les falta el valor necesario para privarse de ella a sí mismos”¹². La pasión desmedida, el altruismo negador de sí y la hipersensibilidad se sumaban a la lista de elementos que permitían el rastreo y la individualización del anarquista, a partir de la exhumación de importantes figuras particulares como Émile Henry o Ravachol, para proponer ciertas formas de profilaxis social que no necesariamente debían traducirse en la aplicación de la pena de muerte o la cárcel: “Si hay algún gran crimen al que no deba aplicarse, no ya la pena capital, sino ni aún las penas graves, y menos las infamantes, me parece que es el de los anarquistas. En primer lugar, porque la mayoría no son más que unos locos, y para los locos está el manicomio, no la horca ni el presidio, porque hasta cuando son criminales, su altruismo les hace dignos de alguna consideración, pudiendo ser, una vez encaminados por nuevas sendas, utilísimos a la sociedad para la que antes eran un peligro”¹³. El prestigio “científico” y la pregnancia de las imágenes aportadas por Lombroso, sumada a la amplia difusión en ámbitos no científicos, como el periodismo, dotaron de verosimilitud a las representaciones del anarquista, que también circulaban en el campo literario, a partir de obras fundamentales como las de Dostoievski y de Zola, entre muchos otros.

¹² Cesare Lombroso, *Los anarquistas*, Madrid, Jucar, 1977, página 37.

¹³ Íbidem, página 63.

Según Gilimón, como se ha visto, los propios anarquistas contribuyeron en no poca medida a alimentar esa mirada. La reivindicación de “la propaganda por el hecho”¹⁴, la violencia callejera en las manifestaciones, la agresividad y los insultos en la polémica y la propaganda fueron característicos del anarquismo que combatió abiertamente. Toda la operación doctrinaria y militante de Gilimón consistía en separar al anarquismo, como moral y filosofía, de ciertas expresiones que él consideraba perniciosas. Al terrorismo se refirió en un pequeño escrito publicado en 1907 titulado “Los atentados anarquistas”. En este texto Gilimón separaba las motivaciones personales de los anarquistas que cometían atentados de la doctrina, preguntándose: “¿Pueden llamarse atentados anarquistas todos los realizados por anarquistas”? ¿Y es el ideal anárquico el que ha impulsado a todos los autores de los llamados atentados anarquistas?”. La respuesta era concluyente: “No es posible llamar actos anarquistas a los de aquellos que indignados en su sensibilidad por las crueldades y venganzas de algunos mandatarios se resolvieron a atentar contra ellos. Habrá justicia, habrá venganza, todo lo que se quiera, pero el hecho en sí no es anarquista, no va pura y exclusivamente contra la institución gobierno, contra el régimen autoritario; va contra el hombre, contra una personalidad determinada, y por lo que hace, más que por lo que representa”¹⁵.

¹⁴ A grandes rasgos, “la propaganda por el hecho” consistió en la adopción y recomendación, por parte de los anarquistas, de modos de lucha no mediados contra la burguesía y el Estado. Refrendado por el congreso de la “Internacional Antiautoritaria”, que tuvo lugar el 14 de julio 1881, la propaganda por el hecho no desestimaba la utilización de ningún método violento, ya sea individual y colectivo, en pos de la revolución. En dicho congreso, en el cual se encontraban reunidos “los partidarios de la destrucción total” se recomendaba: “Al salir del terreno legal, en el que hemos permanecido generalmente hasta hoy, para llevar nuestra acción al terreno de la ilegalidad, que es la única vía que conduce a la revolución, es necesario recurrir a medios que estén en conformidad con este fin. Habiendo las ciencias técnicas y químicas prestado servicios a la causa revolucionaria (...) este congreso recomienda (...) conceder gran importancia al estudio y aplicaciones de estas ciencias como medio de defensa y ataque”. Citado por Jean Maitron, en *Ravachol y los anarquistas*, Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2003, página 21.

¹⁵ Eduardo Gilimón, “Los atentados anarquistas”, en *Ferrer y Nakens. Crónica del proceso incoado con motivo del hecho de Mateo Morral*, Buenos Aires, B. Fuego Editor, 1907, páginas 13 y 14.

Las razones que podían llevar a un atentado eran muchas y variadas, y comunes a todos los hombres, poco importaba que fueran, o no, anarquistas. Se trataba de factores independientes y desligados de *la idea* “tales como amores contrariados, situaciones económicas desesperadas, persecuciones policiales abrumadoras, enfermedades crónicas, todos los factores en fin internos y externos que a otros hombres sin ideas los llevan al suicidio, tendremos que los titulados atentados anarquistas son en su generalidad recursos de suicidas, monomanías de celebridad, todo menos anárquicos, pues no basta que sea anarquista un hombre para que sus actos puedan titularse anárquicos. Por el contrario son atentados o hechos anárquicos única y exclusivamente aquellos que tienden a implantar el anarquismo, es decir, a suprimir el gobierno, la autoridad, la explotación del hombre por el hombre, todo ese conjunto de ideas que se comprenden dentro de la concepción anárquica”¹⁶. Matar a un presidente, a un policía, o a un carnero, no eran por lo tanto atentados anarquistas.

V

Las posiciones de Gilimón, en torno de la propaganda, sus modos y su capacidad constructiva y liberadora, permiten comprender el particular punto de vista que animó sus impresiones en *Hechos y comentarios*. El libro está vertebrado cronológicamente a partir de determinados episodios que van desde los efectos de la crisis de 1890 hasta la celebración del centenario, pasando por la huelga de los inquilinos, acontecimientos todos

¹⁶ Eduardo Gilimón, *Íbid*, página 15. Por último, en alusión a la acusación de Lombroso de que los anarquistas eran suicidas indirectos que cometían atentados para ser reprendidos por la autoridad y lograr con ello una condena a muerte, Gilimón afirma que “Un anarquista no es propenso al suicidio. Allá en las células pensantes, en esas neuronas que representan el intelecto se halla arraigada una finalidad de la existencia, que no es exclusivamente el amor, la generación, el placer sensual. Es una finalidad de liberación humana. Es una finalidad desprejuiciadora. Es una finalidad de emancipación. Y el hombre que siente su vida truncada, sin norte personal, sin satisfacción propia, si es anarquista, considérase obligado a vivir para alcanzar siquiera ese objetivo de emancipación humana que informa el credo anárquico”.

ellos que lo tuvieron como “actor o testigo”. Sin embargo el texto no está narrado en primera persona, a la manera de otras memorias militantes y la razón que justifica esta elección es dejar el lugar de mayor visibilidad a las acciones de la clase obrera argentina. Pero esta centralidad lo es solo de superficie. Lo que guía el relato es en realidad el resultado de la acción militante ácrata y la eficacia y arraigo de su propaganda.

Hechos y comentarios opera, lógicamente, un recorte sobre la realidad invocada. No se trata de los trabajadores sin más, sino de los trabajadores, inmigrantes en su mayoría, que recalaron principalmente en la ciudad de Buenos Aires y en otras ciudades importantes como Rosario, siendo el criterio que impone en la operación selectiva el conflicto: “He estudiado la existencia de los que luchan por variar de condición y no me he ocupado de los que aguantan silenciosamente el látigo del capataz y el robo descarado de las grandes empresas”. A otro nivel, no es la suya una mirada concesiva con el elemento nativo de los trabajadores argentinos. Considera, más bien, que era el trabajador urbano de origen inmigrante el que podía, en función de una mirada positiva del progreso y la ciencia, tan común en los anarquistas de antaño, considerarse “factor de progreso y civilización”. A ellos está dedicado el libro. Los otros, los “paisanos, peones e indígenas necesitan la palabra del apóstol más que la pluma del historiador”. De este modo Gilimón fue también distinto de otro anarquista de su tiempo, Rafael Barrett, quien sí dedicó su pluma y su palabra de apóstol a denunciar la explotación de los trabajadores yerbateros del Alto Paraná.

Desde mi perspectiva la importancia de *Hechos y comentarios* radica en mostrar el despliegue temporal del nacimiento, crecimiento y desarrollo del movimiento anarquista y de sus vínculos, no siempre tersos, con los trabajadores. Se trata también de una derrota, “la derrota del Centenario”, fórmula que escogió para denominar los sucesos de mayo de 1910. Los episodios sociales y culturales cartografiados tienen como verdadero protagonista a la propaganda, eje articulador de la militancia anarquista con el naciente movimiento obrero. De ahí que Gilimón señale como elementos de ese protagonismo tácito a la

prensa anarquista, a las manifestaciones, a los propagandistas, a las controversias con los socialistas e incluso los atentados, los pocos, que tuvieron lugar en la Argentina hasta 1910.

Por lo tanto, *Hechos y comentarios* es algo distinto que una historia “tal y como ha sido”; es una apuesta por narrar “esa parte íntima que no se trasluce fácilmente en los números” y en eso reside gran parte de su mérito. Los trabajadores aparecen de manera constante en tanto que “fuerza expresiva”, como resultado de una acción que es a la que el libro dota de espesor: la acción anarquista. En sus memorias, Gilimón entendió esta acción del mismo modo que la comprendió Bakunin medio siglo atrás: los anarquistas eran “los pilotos invisibles en plena tempestad popular”. Dan sentido al relato y son cruciales para comprender la Argentina del entresiglos pasado. Por lo tanto *Hechos y comentarios* es la narración de un vínculo y no de una simbiosis, remarcando los trazos conflictivos de esa relación, los peligros de la pérdida de autonomía del discurso libertario, la disolución de su especificidad.

Si el anarquismo encontró en los trabajadores urbanos tierra fértil para su germinación, también es cierto que el anarquismo excedió a la problemática centrada en el mundo del trabajo y universalizó las demandas de socialismo y libertad a un conjunto más vasto que la clase obrera, aunque como es natural, ésta estuviera en su foco interpelante. Ejemplo de esto es la anécdota narrada en el capítulo “Los primeros anarquistas”, que da cuenta de la transversalidad de la interpelación anarquista como algo más allá del clasismo. En la escena un anarquista comenta a otro, con cierto orgullo, “yo tengo un marchante burgués. Un día le di un número y al poco tiempo me encontró en la calle y me preguntó si no tenía más. Al pronto creí que sería un perro y me hice como que no sabía de qué me hablaba, pero al fin me di cuenta de que al hombre le había gustado la cosa y prometí enviarle el periódico siempre que saliera. Me dio las señas de su casa y se lo remito por correo dentro de *La Prensa...* Me preguntó si no había libros que trataran del anarquismo y le he dado una lista de folletos de los que hay en francés. Me ha prometido traducir algunos”. De este modo, *Hechos y comentarios* revista

un interés especial pues recupera la ardua y fundadora acción de los militantes anarquistas que con una paciencia notable y una dedicación plena consideraron el resultado de sus propósitos como algo más que organizar gremios y declarar huelgas. La cuestión social, en el lenguaje libertario, en su riqueza expositiva, era multiforme. Se trataba de un análisis del conflicto social que atravesaba y cuestionaba de manera radical el conjunto de la estructura social, económica y cultural de la Argentina. Era la cuestión obrera, pero también era la cuestión de la vivienda popular, de la educación, de la cuestión de la mujer, de la cuestión inmigratoria y de la libertad.

Globalmente considerado, *Hechos y comentarios* es un intento de tensionar al máximo el discurso histórico, mostrar sus astillas y sus esarpes. Es el resultado de otro aspecto fundamental de la propaganda que tanto interesaba a Gilimón: el de la construcción de una tradición perteneciente a los oprimidos, con su propia ritualidad, su propia simbología, en competencia y lucha con los de la nación. Al igual que Ghirardo en *La tiranía del frac* y *Humano ardor*, que Alejandro Sux en *Bohemia revolucionaria* y *Amor y libertad* y que Juana Rouco Buela en *Historia de un ideal vivido por una mujer* y que Diego Abad de Santillán en *Memorias*, pero también en su libros más generales sobre el anarquismo y la F.O.R.A., Gilimón en *Hechos y comentarios* se interesaba por aportar una del pasado desde el punto de vista anarquista.

VI

La presente edición recupera, además del texto completo de *Hechos y comentarios*, el epílogo “Páginas íntimas” que acompañó la edición original de 1911. Dicha edición se completaba con textos de varios anarquistas. No es seguro que Gilimón haya sido el autor de la selección de escritos, pero no deja de resultar interesante remarcar que la misma se componía tanto de anarquistas como de no anarquistas. Entre ellos se encontraban Rafael Barrett, muerto un año antes, Pietro Gori y Anselmo Lorenzo. Pero también de Juan Bautista Alberdi, Leopoldo Lugones, cuya temprana adhesión al socialismo revolucionario

era ya para 1911 apenas una rémora, y del escritor y ensayista francés Clarette, entre otros. En el año 1972 el Centro Editor de América Latina publicó en su colección “La Historia Popular. Vida y Milagros de Nuestro Pueblo”, una versión de *Hechos y comentarios*, con prólogo de Julio Godio y con el título *Un anarquista en Buenos Aires (1890-1910)*. Esta versión seccionó el último capítulo, el epílogo, y por lo tanto la parte final del prólogo.

La importancia de esas “páginas íntimas” reside en que en ellas Gilimón asume de manera completa la primera persona al narrar su deportación, sus impresiones del viaje a Barcelona, sus reflexiones sobre su destino individual y el desgarramiento de quien ha salido de su ámbito natural, para someterse al destino intransferible del destierro. Sale de la experiencia contenedora y solidaria de la lucha que permite al narrador desligarse de sí mismo y se ingresa en el abombamiento y la insolidaridad de la deportación. Es la crónica de un viaje signado por la pena, pero también por la novedad de las visiones y la revivificación de sus expectativas. Del temor por llegar a la tan temida e inquisitorial España –“sombria, tétrica, torturada, atenazada por el hambre y la tiranía. Una España cruel y pobre, atrasada, moribunda, triste como un agónico que siente la muerte, que la ve venir inevitablemente y que quisiera vivir. Veo la España que se ve en todo el mundo, que todos los extranjeros tienen en la mente”– a la sorpresa por descubrir la España popular, luminosa y vital. Al bajar del barco Gilimón descubre otra ciudad, una que escapa a la representación que los anarquistas tienen de España. Situándose en el dominio de las comparaciones Gilimón recompone un diálogo posible entre Buenos Aires, “una ciudad improvisada a escape”, “una ciudad que crece desmesuradamente” y Barcelona, que arrojará las páginas más agudas y sutiles del libro.

La novedad del tono emana de la novedad de sus impresiones. Barcelona no era sólo la que se encontraba a la sombra del castillo de Montjuic, sino que era la que se desenvolvía a pulso con su vida popular. Por contraposición, la anhelada Argentina aparece como culturalmente cuestionada. A propósito de la vida en la ciudad catalana anota: “El ideal de vida de esta población

empieza a serme más grato que el de Buenos Aires. Late aquí un sentido artístico más desarrollado y no existe esa angustia, ese afán de enriquecimiento que atosiga a las gentes en la Argentina”. La política se vivía con apasionamiento desconocido, existiendo fraccionamientos para todos los gustos: “España es un país políticamente curioso. En ella existen todas las tendencias imaginables desde el carlismo –actualmente jaimismo– que prestigia la monarquía absolutista, hasta el salvajismo, que es dentro del anarquismo una pequeñísima fracción preconizadora de la vuelta del hombre a la naturaleza, libre de todo cuanto el progreso ha creado, desde las ropas hasta el aeroplano (...) Esta situación da a las luchas políticas una pasión, un calor, una agresividad, de que en Argentina no hay idea”. De este modo con “Páginas íntimas” el cuadro de las impresiones de Gilimón se enriquece y adquiere sentido pleno.

Palabras finales

No ha sido Eduardo Gilimón en términos teóricos y de escritura el anarquista más original que dio el movimiento libertario en la Argentina. Su obra, menor en importancia estilística que la de Rafael Barrett, Rodolfo González Pacheco, Pierre Quiroule o Alberto Ghirardo, tiene sin embargo una serie de méritos que exceden su calidad escritural y que sin embargo son indisolubles de ella. Sus escritos son la resultante de una vida abocada a la construcción del movimiento anarquista y de sus intentos de encontrarse con el movimiento obrero en la Argentina, sin hacer concesiones que pusieran en riesgo su propia identidad. Los anarquistas se volcaron a la organización de los trabajadores, pero sin olvidar que antes que trabajadores y explotados eran anarquistas y hombres libres. De ahí su remarcada tendencia a señalar una línea correcta.

Como sea, quizá su mérito y su valor principal haya sido ese: adoptar una línea, que en general, aunque con rispideces, fue la de *La Protesta* hasta 1910, defenderla y sostenerla. Hay que apuntar, para finalizar, que en relación con el anarquismo, como movimiento político cultural, como mirada sobre el mundo y como estilo de vida, la ortodoxia fue muchas veces más difícil de

sostener y llevar a la práctica que el atentado, que en su espectacularidad material y ambigüedad semántica tendió no pocas veces a ocultar la paciente y cotidiana tarea de construcción de otros modos de sociabilidad y encuentro entre las personas.

EDUARDO GILIMÓN.
HECHOS Y COMENTARIOS. SEGUIDO DE
PÁGINAS ÍNTIMAS.
BUENOS AIRES – MONTEVIDEO-MÉXICO. S/F.

DEDICATORIA

Al proletariado argentino, factor de progreso y civilización en América, que con su labor fecunda ha levantado muy en alto la potencialidad natural de la región Argentina, contribuyendo a mejorar la situación de los proletarios de Europa que hoy tienen carne y pan en relativa abundancia, y que con sus luchas tenaces en pro de la libertad y solidaridad humanas han ennoblecido la civilización, dedico estas páginas que son un retazo de historia, un esbozo de sus días de combate y sufrimiento.

EDUARDO G. GILIMÓN

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Durante muchos años he vivido muy de cerca la vida del proletariado en la Argentina. He sentido sus ansias y mi corazón ha palpitado al unísono del suyo.

Testigo presencial de sus luchas y copartícipe en no pocas de ellas, me he creído en condición especial para llevar al libro mis impresiones personales, trazando un esbozo de la vida activa de los trabajadores argentinos.

No son estas páginas propiamente historia social, porque de ellas faltan muchos sucesos, falta la crónica de las huelgas una por una, con el resultado adverso, favorable o incierto que han tenido, ni contiene estadísticas que revelen cuántos obreros tomaron parte en los movimientos del proletariado, qué jornales y horarios tenían y cuántos días, semanas o meses duró cada huelga.

Esta labor de estadística, interesante sin duda alguna, no ha estado en mi mano hacerla ni la he creído oportuna, porque al fin y al cabo es labor fría de estudioso y para estudioso, poco

apropiada para la generalidad del público y carente, además, de fuerza expresiva que dé una sensación exacta del proletariado y sus luchas, de su modo de ser y sentir, de esa su parte íntima que no se trasluce fácilmente en los números.

He procurado dar una sensación de ambiente, presentar al proletariado en los momentos álgidos de sus contiendas, hacer ver cómo se han ido desarrollando en él las ideas sociales y de qué manera, conflicto tras conflicto, ha llegado la situación a quebrarse violentamente mediante la adopción de medidas represivas que han colocado a la Argentina entre las naciones de legislación más atrasadas del mundo. No es tampoco ésta una página más o menos completa del movimiento obrero solamente.

Lo es también de sus luchas partidistas, de su división en socialistas, sindicalistas y anarquistas y aun de las mismas luchas intestinas que entre estos últimos se han producido. Y además desfilan también en esta obra burgueses, gobernantes y policías, con sus resistencias y represiones, con toda la acción a que la agitación del proletariado los ha incitado y en la que han procedido de acuerdo con su criterio, tan menguado como erróneo, respecto a la existencia de la cuestión social, que confunden con el pauperismo, sin duda porque los que en todo el mundo se agitan y bregan son proletarios. Y es claro; en América el pauperismo no existe o por lo menos su importancia no llega a asumir el carácter de problema, a que pueda ser considerado como una cuestión que es imprescindible solucionar. De esa confusión, de ese creer que cuestión social y pauperismo son una misma cosa, emanan las aposturas bélicas de los gobernantes, las violencias policiales y las leyes represivas. Convencidos de que la miseria no es extrema, atribuyen la agitación del proletariado a la influencia de unos cuantos hombres, para los cuales no encuentran calificativo que los denigre suficientemente, ni medida que sea bastante dura como castigo.

Son los perturbadores, son la hez de la sociedad, son vulgares delincuentes parapetados bajo una bandera social, dicen. Sacando el asunto de este libro fuera de las ciudades y llevándolo a los campos americanos, a las provincias del interior de la Argentina, podría sin embargo demostrarse que hay también en América pauperismo, aunque todavía no haya una cuestión social que tenga sus fundamentos en él, porque precisamente en

esas provincias se convive tan familiarmente con la pobreza y la miseria que nadie clama ni protesta, y la cuestión del pauperismo no llega a exteriorizarse, a ser cuestión.

Quien conozca el modo de vivir de los paisanos argentinos, principalmente en las provincias del norte, sabrá si hay o no pobreza y miseria en América.

Quien vea el género de vida de los que se dedican a la recolección de cereales en la región agrícola de la Argentina, sabrá si en alguna parte es posible hallar algo semejante, ni aun cuando esa, en verdad pésima vida, tenga como contrapeso el poder los peones reunir en los tres o cuatro meses de verano unos cuatrocientos o quinientos pesos.

No he querido tratar la cuestión social bajo ese aspecto mísero de la vida del paisano, ni bajo el de la tarea abrumadora y la existencia de bestias de los peones que realizan la cosecha.

Tampoco he tratado de poner en evidencia la bárbara explotación, el régimen de tiranía, sin ejemplo en parte alguna de Europa, de los obreros que en los yerbales argentinos y los quebrachales del Chaco viven muriendo. Nada más atroz, ni aun la vida en los ingenios tucumanos, que sin embargo se le asemeja mucho.

He estudiado la existencia de los que luchan por variar de condición y no me he ocupado de los que aguantan silenciosamente el látigo del capataz y el robo descarado de las grandes empresas.

Por interesante que sea el estudio de esa parte de la vida argentina, parece más merecedora de la pluma la historia de los que se levantan para redimirse por sí mismos.

Los otros necesitan, más que el relato de sus miserias, la propaganda que los conmueva, que les haga ver lo muy poco de seres humanos que tienen, lo cerca que se hallan de la bestia, a la que aun se trata mejor porque se le deja comer lo que necesita y se cuida de que no muera, ya que su existencia representa un capital. Paisanos, peones e indígenas, necesitan la palabra del apóstol más que la pluma del historiador.

Por eso aquí se ha prescindido de ellos, para reseñar la acción de los que aun sin estar en situación tan penosa, tan desgraciada, tan denigrante, luchan por elevar su condición de asalariados a la de hombres. Tal vez este relato, que no me atrevo a denominar historia, haya resultado algo sombrío, algo brutal.

La culpa no es mía.

Los hechos se han producido así, de esa manera y así tenían que figurar en estas crónicas.

No sin pena han sido trazadas algunas de estas páginas. Al escribirlas, un montón de penosos recuerdos, de las angustias de ciertos momentos, me ha conturbado.

Y aunque he procurado referir sin apasionamientos y enconos, haciendo el comentario con imparcialidad, e investigando tranquilamente el porqué y el cómo de muchos sucesos, es probable que la pluma se haya dejado arrastrar por la pena y el dolor de lo sufrido. Que no es posible haber presenciado ciertos hechos sin conmoverse al recordarlos.

La veracidad ha sido mi norma al trazar estos renglones.

Y creo haber cumplido con ella, a pesar de mis mismas ideas sociales y de lo que en mí haya podido influir el haber sido actor o testigo en la mayor parte de los sucesos que relato.

El narrador ha desaparecido, en todo lo posible, de la narración.

Únicamente el último capítulo es enteramente personal.

Y ello era necesario hasta cierto punto.

Es una página complementaria que acaba de poner en evidencia el modo de ser de la autoridad argentina.

Y la he incluido, utilizándola de paso para dar una ligera idea de Barcelona, de la ciudad de mundial fama anárquica y con la cual va compartiendo Buenos Aires un triste renombre, más por sus autoridades que por sus mismos elementos avanzados, ya que, si éstos se parecen mucho a los de Cataluña, más se parecen las policías de las dos grandes ciudades citadas

EL AUTOR

DEL AMBIENTE

– Vean, vean lo que traigo.

– ¿Qué es?

– ¿No lo veis? Un periódico.

– ¿Con algún verso tuyo?

– ¿Te han publicado algo?

– ¿Es tu nombramiento de ministro?

– Un periódico anarquista. Algo originalísimo y que seguramente no sabía si existiese en Buenos Aires. Salía de casa y un hombre con cara de pobre diablo sacó recelosamente del interior del saco este papel y me lo dio alejándose presuroso. “*El Perseguido*, periódico anarquista. Aparece cuando puede. Se publica por suscripción voluntaria”. Leí esto, miré hacia atrás, y ya el repartidor había desaparecido. ¿Qué curioso, no?

– A ver; a ver.

– Vean. Trae un artículo negando la existencia de Dios. Dice que si el hombre existe, no puede existir Dios, porque lo uno es la negación de lo otro y que lo absoluto deja de serlo cuando hay algo que no es ello mismo. No concibiéndose un Dios que no es absoluto y no siéndolo Dios desde que el hombre existe, no puede Dios existir.

– ¡Qué cosa rica!

– En otro artículo dice que hay que exterminar a los patrones, volar las iglesias, destruir las cárceles y ajusticiar a todos los reyes, presidentes de república, ministros, gobernadores y policías. Lo más original es la lista de los donantes que costean el periódico. Hay pocos nombres. La mayoría de los donativos van precedidos de frases que quieren ser terribles y resultan cómicas. “Uno que quiere despanzurrar al Papa, diez centavos. Para dinamita, cinco centavos. Mueran los burgueses, quince centavos. Producto de un café no pagado, diez centavos”. Y así por el estilo todos.

– Yo no sé cómo permite la policía ese papelucho.

– Y qué? Media docena de locos, poco peligrosos ciertamente y más divertidos que otros muchos de los que a diario tropeizamos en todas partes.

– No tan locos. Yo he leído ya varios números de *El Perseguido* y en el fondo de ese lenguaje grosero y al través de una sintaxis de

analfabetos he podido vislumbrar una doctrina grandiosa. Se expresan mal o mejor no aciertan a dar forma a sus ideas esos pobres diablos, pero yo creo que tienen mucha razón.

- ¡Cómo! ¿Eres dinamitero? ¡Viva la nitroglicerina!
- ¡Hurra por el futuro compañero director de *El Perseguido*!
- ¡Mueran los ricos! ¡Vivan los descamisados!
- ¡Viva la igualdad! ¡Todos iguales! ¡Todos rengos, todos tuertos, todos jorobados!
- No digáis tonterías.
- A repartir la plata.
- Y las mujeres.
- Qué punta de locos sois.
- ¿Pero hablas en serio?
- Y tan en serio.
- Señores: Julián habla en serio. Escuchadle. Oíd al oráculo.
- Sigán, sigán no más. Yo ya he concluido.
- Se dice “he dicho”, como los oradores de mitin.
- No. Vamos. Hablando formalmente. ¿Eres anarquista?
- Dejen de embromar.
- No creas. No tengo la más mínima idea de farrear. Me gustaría que te explicases. Quisiera saber qué es eso de la Anarquía.
- ¿No van a interrumpir?
- No; no; habla.
- Bien. He pensado muchas veces por qué siempre los pueblos están descontentos de sus gobiernos y por qué ante una crítica serena y concienzuda no hay, no ha habido en la Historia, gobierno alguno bueno. Por lo común se achaca todo esto a los hombres.

Tal gobierno fue perjudicial al país porque los ministros eran ladrones. Tal otro porque los gobernantes eran ineptos. Tal otro porque eran malvados. Y siempre así.

Pensando en esto se me ha ocurrido si no residirá el mal en la institución, más que en los hombres. Reflexionando sobre el particular he llegado a la conclusión de que posiblemente están en lo cierto los anarquistas y de que los pueblos van inconscientemente a la Anarquía, haciendo imposible la existencia y el buen funcionamiento de todos los gobiernos, con su descontento sistemático, ese descontento que es la causa de la transformación constante del gobierno, cuya forma varía sin cesar,

no habiendo llegado aún a una definitiva que satisfaga a todos, como nos lo indican las turbulencias de nuestras democracias, esta serie de motines y revueltas que solo sirven para poner unos hombres en lugar de otros, sin que con ello se logren la tranquilidad y el bienestar.

- ¿Me permites?
- ¡Cómo no!
- La culpa es de los pueblos. Se ha dicho que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Y esto es verdad, principalmente en las repúblicas, en donde el pueblo es soberano y elige sus mandatarios. ¿Por qué no elige hombres sanos, inteligentes, patriotas?
- ¿Y cómo saber cuáles son? Además: ¿se puede estar seguro de que el elegido obre en el gobierno como prometió en el comicio? No me negarás que muchos de los gobernantes en quienes se tuvo plena fe, de quienes se esperó un gobierno ejemplar, fueron después tiranos, malvados... Acordémonos de Rosas.

– Créeme; es cuestión de civismo y educación popular. El día en que el pueblo tenga conciencia de sí mismo, de su rol de soberano, ni serán posibles los Rosas ni los Juárez Celman. ¿El partido radical no haría en nuestro país un gobierno ejemplar, modelo?

– Entre los radicales hay sin duda hombres honestos, íntegros y de gran valor intelectual. Pero no lo son todos. Yo conozco, y vosotros también, radicales que son meros caudillos, plagados de defectos y en cuyas manos no depositaría ni un peso. ¿Y quién nos garantiza que Alem, el gran prohombre del radicalismo, el intransigente por excelencia, no sería un nuevo tirano desde la presidencia de la república? Esa su misma férrea voluntad, su formidable fuerza de carácter, podría muy bien desde el gobierno convertirse en poder aplastador.

No es infalible, como no lo es nadie en este mundo –dicho sea con licencia del Padre Santo– y cualquier disposición suya, por buena intención que le guiara, podría ser perniciosa, y al ser resistida por el pueblo, empeñarse en aplicarla, en imponerla a todo trance creyendo que los descontentos estaban manejados por sus adversarios políticos. Yo creo que Alem sería implacable. No os sulfuréis. Estos hombres indomables, suelen ser, cuando mandan, terribles.

– Ahora me explico por qué no tomaste parte en el movimiento del 26 de julio.

– Alem es para mí preferible a Juárez. Pero yo creo que esas revueltas, esa serie de escándalos que se repiten como las horas del reloj en nuestros países de América, son peores que la peor calamidad. En Europa tienen razón al decir ¡*South America!*

– ¡Pavadas! Eso no rige con la Argentina, en donde, desde el 80 no hemos tenido más revolución que la del 90. Y ésta la justifican en todo el mundo; era necesaria; imprescindible; de vida o muerte para el país.

– Miren; yo he andado por Europa y allí nadie sabe nada de América, ni se preocupan de las cosas nuestras. Eso de *South America* lo dice algún gacetillero que otro de la City y lo repiten los accionistas que llevan toda la plata del país. Los demás saben tanto de la América del Sud como nosotros de los hotentotes. Menos aún. Lo que hay es que acá nos preocupamos demasiado de lo que en Europa pueden pensar de nosotros y hemos llegado a sugestionarnos, convenciéndonos de que efectivamente piensan en nosotros.

Y no hay tal. De todos modos, entre las revoluciones nuestras y los atentados de los anarquistas en Europa, de esos anarquistas que a ti te están encantando, me quedo con las revueltas. Son más nobles. Y de resultados más saludables.

– ¿Porque muere más gente?

– Porque los hombres se baten frente a frente y no se asesina a nadie como hacen los anarquistas, esos tigres que asaltan al descuido a su víctima.

– Y pagan con su cabeza el acto que realizan.

– No; ¡si les deberían levantar estatuas!

– ¡Quién sabe!

– Mira. Lo mejor que podemos hacer es cambiar de conversación. Si yo fuera jefe de policía, esos gringos y gallegos que en vez de venir a trabajar, aprovechando la riqueza inagotable de nuestra tierra y la libertad sin límites de nuestras leyes, se dedican a escribir papeluchos como ese, los embarcaría en el primer vapor y los enviaría a su tierra. Que se metan allá en lo que quieran y se dejen de jorobar aquí. Si no les gusta esto, ¿para qué han venido? Que se marchen.

– Muy bien. Para trabajar como bestias, para hacer producir a los campos abandonados, para poblar el desierto y hacer del

país una nación, son buenos. Para pensar, para influir en la civilización como influyen en el progreso material, no los queremos; nos bastamos nosotros con nuestros partidos sin ideales; con nuestras revoluciones; con nuestras montoneras, y aunque ellos sufran las consecuencias de las torpezas de unos, los despilfarros y latrocinios de los agiotistas sin entrañas y los trastornos que dificultan la vida, detienen el progreso material y empobrecen al trabajador, deben callarse.

– ¡Muy bien; muy bien!

LOS PRIMEROS ANARQUISTAS

– ¿Repartiste muchos ejemplares? Yo todos, ¿y tú?

– También. Le di uno a un cajetilla, leyó el título y volvió la cabeza para mirarme. Vieras qué cara de espantado... Lo menos se le figuró que era una bomba lo que tenía en las manos.

– Yo tengo un marchante burgués. Un día le di un número y al poco tiempo me encontró en la calle y me preguntó si no tenía más. Al pronto creí sería un perro y me hice como que no sabía de qué me hablaba, pero al fin me di cuenta de que al hombre le había gustado la cosa y prometí enviarle el periódico siempre que saliera. Me dio las señas de su casa y se lo remito por correo dentro de *La Prensa*. Últimamente lo vi y me dio cinco pesos para la suscripción. Me preguntó si no había libros que trataran del anarquismo y le he dado una lista de folletos de los que hay en francés. Me ha prometido traducir algunos.

– Eso, eso es lo que hace falta. Folletos, muchos folletos en castellano para repartirlos gratis. ¡Qué propaganda se podría hacer!

– Sí, algo más se haría que con *El Perseguido*, pero no mucho, no creas. En este país no lograremos nada. Están todos fanatizados por el doctor Alem. Esperan otra revolución, la revolución salvadora, el Mesías que ha de darles maná llovido del cielo.

– Tienes razón. Entre tanto gente bruta como todos los días llega, ansiosos todos de enriquecerse, hablando cada uno distinta lengua, y los de aquí que creen que Alem es mejor que Pellegrini, y Mitre que Roca y Juárez, y que en subiendo los radicales todos vamos a ser millonarios y la policía no se va a meter con nadie, estamos aviados.

– Hay que desanimar a todos esos burros.
– Si todos los anarquistas tuviésemos el alma de Bakunin, a estas horas esta podrida sociedad estaría hecha pedazos.
– ¿Y cómo, si cada día vienen mil nuevos, más burros que los del día anterior?
– Yo no me desanimo por eso.
– Ni yo tampoco. Hay que propagar en todas partes sin cansancio.
– La propaganda más eficaz es la propaganda por el hecho.
– ¡Ah, si yo tuviera el coraje que me falta! Pero no puedo. Mis deseos más grandes serían hacer algo, pero no me acompaña el corazón. Qué quieres, soy así; no lo puedo remediar.
– Y yo, atado con tanta familia... Tenía razón Bakunin. El revolucionario debe ser solo.
– No estoy muy conforme con eso. El mismo Bakunin era bien revolucionario a pesar de tener familia. Creo por el contrario que la familia lo hace a uno más rebelde. Ver a los hijos sin pan, a la mujer enferma, careciendo uno de todo lo necesario, subleva al más cobarde.
– A mí, no; no es la familia quien me ata. Lo poco que hago, lo hago más por ella que por mí mismo. Lo que me falta es valor.
– Y luego esos adormideras del socialismo con su propaganda legalitaria, pacífica, que todo lo vienen a entorpecer.
– No son solo ellos. También entre nosotros habría que expurgar; y mucho. Ahí están los organizadores perdiendo el tiempo en formar rebaños, en organizar sociedades de resistencia. Eso es un socialismo disfrazado.
– Que lo digas. No sé adonde van a ir con los gremios. A ninguna parte.
– Son gentes que se sienten pastores.
– Es propaganda lo que se debe hacer. Y a ser posible la propaganda por el hecho, que es la más eficaz.
– Cierto. Dime, ¿cuándo se podrá sacar otro número de *El Perseguido*?
– No sé. No hay plata. Luego Antonio se comió el importe de una lista. Eran tres o cuatro pesos. Me dijo que estaba sin trabajo y con uno de los chicos enfermo. Qué quieres, ¡cosas de la vida!

– Antonio no es mal compañero, pero bien podía haber expropiado a un burgués y no disponer de la plata del periódico.
– ¿Cultivas ahora la moral?
– Ya sabes que no soy moralista. Eso no quita para que yo crea que siempre es mejor expropiar a un burgués que no comerse la plata de la propaganda.
– Uno echa mano donde puede. Eso que tú dices no deja de ser una moral. Lo que a mí me daña es malo, lo que me beneficia es bueno. Esa es la moral. Y un burgués diría lo mismo que tú, es decir que antes que lo expropiaran a él, bien podían expropiar a otro, comerse el dinero de la propaganda, por ejemplo.
– No es lo mismo.
– Sí que lo es. La verdadera moral, o sea lo amoral, que es lo que los anarquistas sustentamos, consiste en hacer siempre lo que nos beneficie. Y a Antonio lo beneficiaba más quedarse con la plata de la lista que expropiar a un burgués, pues esto último podría haberlo llevado a la cárcel y por lo tanto en vez de mejorar la situación de su hijo y la suya propia, la habría empeorado.
– Bueno; yo no las voy con eso. Y de Antonio no me volveré a fiar más.
– Está bien. Toma las precauciones que quieras, como las toman los burgueses colocando vigilantes en las puertas de sus casas, pero no niegues que eres moralista.
– No lo soy. Lo que es que hoy vivimos en una sociedad de cuyos engranajes no podemos escapar sin romperlos, y hasta tanto que no lo logremos, tenemos que fastidiarnos y atenernos a su modo de ser. En la sociedad futura, Antonio no tendría necesidad ni de expropiar burgueses, ni de quedarse con dinero alguno, ni correría el riesgo de ir a la cárcel o de que yo le rompa una costilla. Entonces se podrá ser todo lo amoral que se quiera, pero hoy por hoy la propaganda es antes que Antonio y está por encima de él y de su hijo. Si todos hiciéramos lo que él, no sé cuándo íbamos a concluir con toda esta podredumbre.
– Pero...
– No hay pero que valga.
– No, si no digo eso. Digo que a pesar de todo eres un moralista y nada me puede asegurar que en la sociedad futura no lo serías también, sino en las cuestiones de dinero porque no lo habría, en otras.

– Puedes creer lo que quieras. Lo que te aseguro es que Antonio no se comerá más plata de la propaganda, al menos con mi consentimiento. Y en cuanto lo vea voy a hacer que se le indigesten los tres o cuatro pesos. Ya estoy cansado de ver que los esfuerzos y sacrificios de unos se malogran por las pillerías de otros.

– ¡Cómo te enojas! Pareces un patrón al que sus obreros se le han declarado en huelga.

– ¿Y tú? ¡Vaya un amor que tienes a la Idea que ves que la propaganda se estanca por falta de medios y aun disculpas a los causantes de ello!

– Mira, yo creo que la propaganda no se hace solo con dinero. Sin un peso yo estoy haciendo propaganda en todas partes y a todas horas y no creo que sea menos eficaz que la que hace el periódico. Creo que es mejor aun la propaganda individual, de palabra, porque si le objetan a uno, se rebate y de la controversia sale la luz. ¿Estás? Y no merece ese pucho de centavos tanto alboroto. ¿Estás?

– Se acabó el bochinche. No hablemos más de esto. Tú sigue con las tuyas y yo con las mías. Esta es la verdadera libertad.

– Ahora sí que has hablado como un anarquista. Nada de imposición. Que cada uno obre como crea que debe obrar.

– ¿Vas a ir a la conferencia de los socialistas? Si vas, allí nos veremos.

– Sí, que iré.

– Bueno; hasta luego.

– Salud. Y no te olvides que debemos estar una hora antes de la anunciada para coparles la banca a los socialeros.

LA CONMEMORACIÓN DE LA COMMUNE

El centro socialista se hallaba instalado en una pequeña casa, ocupando dos habitaciones contiguas cuyo tabique medianero había sido volteado.

Unos cuantos bancos de madera y una mesa que servía para las reuniones del comité, presidir asambleas, doblar el periódico órgano del centro y de tribuna en días de conferencia, completaban el mobiliario del salón. Como único decorado, un retrato de Carlos Marx.

Se conmemoraba el aniversario de la *Commune* de París.

Dos líneas en los grandes diarios bonaerenses, perdidas en las inmensas columnas de prosa amazotada de aquellos tiempos, anunciaban el, en verdad, extraordinario hecho histórico.

Extraordinario por su mismo valer y extraordinario porque tal conmemoración en Buenos Aires indicaba que también en la Argentina empezaba a bullir el proletariado, con una orientación internacional bien marcada. A las siete ya el local estaba casi lleno.

El conserje, un alemán silencioso y taciturno, que balbuceaba con dificultad el castellano y a quien el pequeño núcleo socialista respetaba, tal vez por ese mismo mutismo y porque se sabía que conocía a Bebel –según declaración propia– y había leído la obra monumental de Carlos Marx –*El capital*–, que aún no había sido vertida ni al francés siquiera, estaba admirado al ver tan temprano lleno el local de concurrencia.

– Qué éxito –decía cuando algún socialista entraba.

– Son anarquistas –susurró receloso uno.

– Hay que echarlos –rugió más bien que dijo el alemán.

– ¿Por qué? –intervino un jovencito, estudiante de medicina, vivaracho y travieso que traía con sus agudezas y desplantes revuelto al Centro y desconcertado al conserje. Para celebrar el acto en familia –continuó– más valía no verificarlo. ¿No son socialistas? Pues mejor. Eso es lo que necesitamos para hacer propaganda.

– Sí, pero estos son anarquistas y en Alemania a los anarquistas no se les permite entrar en las reuniones del partido, ni en acto alguno.

– Bueno; échelos usted.

El alemán consideró la cosa asaz difícil y refunfuñando se internó en su habitación. Los anarquistas se habían apercebido del secreteo de los socialistas y unos a otros se pasaban la voz de no salir de allí de ninguna manera.

En esto, una voz clara y fuerte empezó a entonar la primera estrofa del Hijo del Pueblo, himno anarquista de vibrantes notas y de versos violentos, demoledores. Todo un himno de batalla.

Contagiados los demás, acompañaron al iniciador y un coro de doscientos hombres enardecidos hizo retumbar la casa atrayendo a los transeúntes y vecinos no acostumbrados ciertamente a serenatas de aquella especie.

Cuando la última nota vibró en la estancia, una formidable salva de aplausos aprobó el canto. Eran los mismos cantantes, quienes desbordando de entusiasmo aplaudían. Y como si el programa hubiese sido trazado de antemano con escrupulosidad, millares de hojitas sueltas volaron por el aire, cayendo sobre los concurrentes que se apresuraban a leerlas. Eran pequeños manifiestos en que se reivindicaba para los anarquistas el derecho a conmemorar el aniversario de la *Commune*, hecho violento y por lo tanto antisocialista, anárquico.

Los socialistas protestaban.

El salón ofrecía pintoresco aspecto.

La concurrencia se había dividido en pequeños grupos y en cada grupo discutían a la vez acaloradamente, sin entenderse ni casi oírse, uno o dos socialistas con cuatro o cinco anarquistas.

Se oían insultos, imprecaciones, amenazas. Se discutía en castellano, en italiano, en francés.

Aquello era una Babel. Un socialista, pintor de oficio, guape-tón y que entre los del centro era el que en todas las ocasiones mostraba más audacia, pretendió acallar el griterío, declarando empezada la conferencia.

Los grupos se deshicieron y una avalancha de hombres se precipitó sobre la mesa. Todos querían hablar primero.

Los socialistas pretendían que los anarquistas no hablasen.

El local era de ellos, para eso lo pagaban. Los anarquistas no reconocían derecho alguno de propiedad.

El escándalo fue aumentando cada vez más. En lo más agudo, sonó un tiro y la concurrencia se precipitó hacia la calle, dejando el salón casi vacío.

Cuando los agentes de policía llegaron, apenas si pudieron detener a una docena de personas.

Los bancos habían sido volcados, la mesa tenía una pata rota y el suelo estaba cubierto materialmente de manifiestos pisoteados.

Un socialista, el estudiante de medicina, había resultado ligeramente herido en un brazo por la rozadura de la bala.

Al día siguiente la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la crónica sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y de que se querían unos a otros como los gatos y los perros.

EL AGIO, LA POLÍTICA Y LOS OBREROS

Allá por la época a que hacen referencia los capítulos anteriores, la república atravesaba un agudo período de crisis económica.

La presidencia de Juárez Celman había comprometido por largo número de años las fuerzas productivas del país. El agio desmesurado había concluido en un crack espantoso.

La revolución del 90 creó un estado de cosas incierto, dejando subsistente la agitación revolucionaria, consecuencia de la derrota de los sublevados, derrota por otra parte incompleta ya que el presidente se vio obligado a abandonar el mando, sustituyéndole un gobierno provisorio sin mayor arraigo en la opinión pública y sin fuerza suficiente para imponerse a los vencidos, que veían en el nuevo ministerio una continuación del anterior.

Un gobierno en fin, que a pesar del talento del doctor Pellegrini, vicepresidente en ejercicio del P.E., era la menor cantidad de gobierno posible.

Las finanzas desquiciadas, el crédito del país en plena bancarrota, la inmigración casi interrumpida, la moneda nacional depreciada y la intranquilidad en todas las esferas sociales, eran la característica de la época. El malestar era más hondo, más intenso en los hogares obreros, que son siempre los que, carentes de reservas económicas, quienes primero y en mayor grado sufren las consecuencias de todo trastorno económico.

El oro que en la última decena de julio había llegado a cotizarse al 500 por 100, seguía fluctuando alrededor del 400 por ciento con diarias oscilaciones de una brusquedad de 50 puntos en más o en menos. Días hubo que pasó del 485 por ciento. En la Bolsa se jugaba desenfrenadamente. El agio que antes de la revolución había tenido como base las especulaciones sobre tierras, se había trasladado al campo monetario, alterando los valores de todas las cosas de una manera brutal y desconcertante.

Los jornales de los trabajadores, sin alteración alguna en su valor numérico, habían sufrido la depreciación inherente a la desvalorización de la moneda nacional, del billete-papel.

Los productos necesarios al consumo valían cuatro veces más, en tanto que los salarios continuaban lo mismo, sin variación alguna. El anhelo de enriquecerse que a la América fabulosa había atraído millares y millares de hombres aprovechando los pasajes subsidiarios facilitados por el gobierno argentino, se esfumaba.

La miseria en cambio, esa miseria que parecía patrimonio exclusivo de los países europeos sobrecargados de población, se enseñoreaba de los hogares proletarios.

Y las molestias, todas las molestias de la mala vida porteña, vida sin alegrías, vida sin animación, vida reducida a las mezquinas habitaciones de una ciudad improvisada a escape, se acentuaban con las dificultades que para atender a la propia subsistencia se presentaban y crecían de día en día.

Las añoranzas por la tierra natal se despertaban violentas en las multitudes, que al ver defraudadas sus ansias de riqueza se consideraban estafadas.

Empezó a germinar el odio al país, juntamente con el odio al gobierno.

Y la riqueza de los ricos despertó una feroz antipatía de clase.

Así resultó suficientemente predisuelta la tierra argentina para la siembra de las teorías socialistas y anarquistas en boga en Europa y de las que algunos espíritus idealistas se habían enamorado aun sin conocerlas a fondo.

La primera sociedad de resistencia, fundada algunos años antes mediante el concurso del revolucionario Malatesta, se vio pronto acompañada en su tarea asociacionista por incalculable número de pequeños núcleos de obreros que echaban las bases de sus respectivas sociedades de oficio.

Y después, cuando la revolución radical de 1893 puso fin a la agitación política de ese partido, que virtualmente quedó muerto con la derrota completa que sufrió, la masa trabajadora, sin esperanzas ya de conseguir que un gobierno salvador lograra colocar la república en las condiciones favorables que para su bienestar económico deseaba, se incorporó casi por completo a las sociedades de resistencia y se afilió a las ideas socialistas y anarquistas.

La desorganización del partido radical y la impotencia a que había quedado reducido, con más la actitud condescendiente que adaptaron los políticos de los demás partidos para con el gobierno, uniformó la acción política de tal modo, que bien podía decirse que en la Argentina no había más que un solo partido.

Por otra parte esa condescendencia no era algo insólito, algo que pudiese extrañar ni sorprender.

Los partidos políticos del país, en esencia, no eran y no son aún, distintos entre sí.

El mismo partido radical ha carecido siempre de líneas generales que lo diferenciaban de los demás.

El respeto a la ley, el cumplimiento de la Constitución, el no falseamiento del sufragio, la honradez administrativa, son tópicos de conducta y no característica ideológica de ningún partido. Además, no hay agrupación política que proclame lo contrario. El federalismo parece ser para los políticos argentinos la última palabra de la ciencia, o arte, de gobernar.

Y aunque en la práctica tal federalismo no es más que una burda mistificación, en la teoría todos están contestes y los ataques de unos a otros no se basan más que en el incumplimiento de las leyes, en el falseamiento sistemático de la fórmula federal.

Una preocupación, la de no pasar ante Europa como un país ingobernable, como un pedazo de esa *South America* que los capitalistas ingleses invocan cual fatídico anatema para que la tranquilidad se imponga y puedan así las acciones de sus ferrocarriles y empresas industriales dar altos dividendos, unió casi por entero a todos los profesionales de la política, matando con ello toda la vida pública activa de la nación.

El caudillo, el agitador, el jefe del radicalismo, el doctor Alem, no volvió ya a conmover las masas populares con sus arengas.

No había una voz que se alzase contra los gobernantes, fuesen o no desacertados sus actos, favoreciesen o perjudicasen al país.

En tan favorables circunstancias, socialistas y anarquistas aparecieron en el escenario de la vida pública.

Los locales obreros reemplazaron a los clubes políticos. Los propagandistas tomaron posesión de la calle.

Se propagaron las teorías sociológicas, se iniciaron reivindicaciones económicas, se realizaron manifestaciones públicas, se criticó en las plazas el proceder de los gobernantes, cada acto, cada medida, cada iniciativa del poder.

Y el manifiesto ocasional se multiplicó de día en día y los periódicos anarquistas y socialistas aumentaron en número y tiraje considerablemente, apareciendo entre los propagandistas jóvenes intelectuales de cultura bien desarrollada, que dieron a las ideas la forma de que antes carecían y un fondo más profundo.

El pueblo, abandonado por los políticos profesionales, tomó parte activa en la vida pública, siguiendo a los propagandistas y empañándose de más en más en las teorías de los sociólogos europeos.

LAS DIVISIONES

En uno de los capítulos anteriores hemos bosquejado ligeramente las diversas tendencias de los anarquistas.

En embrión se dibujaban ya en los primeros libertarios sus divisiones futuras.

Si en principio la doctrina tiene un mismo origen, una idéntica base fundamental, la bifurcación se nota en seguida, debiéndose no solo a los temperamentos individuales, tan varios, sino a detalles de importancia, a apreciaciones doctrinarias nacidas en los cerebros de los propagandistas más geniales o de los estudios y disquisiciones de otros hombres que aun sin militar en el anarquismo ni denominarse anarquistas han hecho labor anárquica.

La primera disensión seria fue una cuestión de táctica.

En Europa los anarquistas se habían dividido en colectivistas y comunistas.

El idealismo de los pueblos europeos hizo aparecer, en quienes eran una minoría exigua, esa divergencia de pleno carácter futurista.

El ambiente practicista de América, de estos países constituidos por hombres de acción, hizo que entre nosotros la divergencia primera fuese de un carácter práctico.

Así vemos a los anarquistas dividirse en dos grandes núcleos: organizadores y antiorganizadores.

Los primeros prestigiaban la asociación obrera.

Las sociedades de resistencia eran su campo de actuación y las huelgas su principal medio de propaganda y lucha.

La polémica entre unos y otros fue formidable y duradera.

Durante largo tiempo, más que a propagar sus ideales comunes, se dedicaron a destrozarse mutuamente, a combatirse, a controvertir y denigrarse.

Periódicos de una y otra tendencia aparecieron, publicándose no solamente en español sino en italiano, idioma este último en el que en todo tiempo se ha hecho gran propaganda, debido a la cantidad considerable de proletarios que de Italia han llegado constantemente a la Argentina. Esta división no era la única. Aparecieron también los individualistas, amoraes, y tan enemigos de los organizadores como de los antiorganizadores, por lo que éstos tenían de comunistas.

Los individualistas publicaron también periódicos, aunque de vida fugaz, sin lograr nunca llegar a ser una fuerza apreciable. Poco a poco los organizadores fueron imponiéndose, llegando a constituir casi por entero el anarquismo propiamente dicho. A su éxito contribuyeron la valía intelectual de varios de ellos, superior en mucho a la de los que actuaban en los otros grupos, y la predisposición general a la asociación que existía en el país, especie de compensación al individualismo supremamente egoístico del inmigrante y que las condiciones políticas y económicas de la república habían hecho fracasar.

Como factor importante en el triunfo decisivo de los organizadores cumple mencionar a los socialistas, cuya activa labor organizadora fue un estimulante poderoso para los anarquistas, que veían al pueblo ir a engrosar las sociedades obreras fundadas por sus adversarios, lo cual podía hacer que llegase un momento en que la propaganda del anarquismo no se pudiese efectuar con probabilidades de éxito por estar sugestionados y catequizados los trabajadores por los propagandistas socialistas. La acción de los antiorganizadores e individualistas no fue, sin embargo, nula. No consiguieron, es cierto, imponer su modo de ver, pero obligaron con su tenaz campaña a los organizadores a conservar dentro de los gremios obreros fuertemente marcada

su filiación y tendencia anárquica. Porque era ese, precisamente, el principal argumento de los antiorganizadores: que dentro de las sociedades de resistencia los anarquistas se anulaban, perdían su carácter de tales y concluían por desentenderse de todo lo que tuviera atinencia con el ideal, para preocuparse tan solo de las luchas gremiales, de las cuestiones relacionadas con los horarios y jornales de los trabajadores.

Posiblemente sin el acicate de los anarquistas antiorganizadores hubiera sucedido esto por completo.

Pero la crítica pertinaz, la censura constante, impidió que los organizadores cayeran dentro de las sociedades de resistencia en el gremialismo más estrecho, y conservaron su carácter de anarquistas dando a las sociedades de resistencia en que actuaban un marcado carácter anárquico.

Ocurrió lo que ocurre en toda lucha; que tanto el vencedor como el vencido se modifican, toman algo del contrario y le imponen parte de su característica principal.

Entre los obreros asociados sin otro objetivo que mejorar las condiciones de su vida, los anarquistas organizadores y los que de la antiorganización y el individualismo hacían bandera, resultó en la Argentina esa fuerza obrera, esa organización gremial que sin dejar de preocuparse por las cuestiones económicas de cada gremio ha hecho vida pública de intenso carácter político-social y mantenido un ideal netamente anarquista.

LAS HUELGAS

La organización obrera, aun siendo muy embrionaria, dio margen bien pronto a las huelgas.

Las pequeñas sociedades de resistencia, más bien agrupaciones o núcleos, encontraron en los trabajadores una disposición favorable a los paros.

El malestar económico de los obreros favorecía la acción de los rudimentarios organismos gremiales, y si se agrega a esto que los capitalistas no acostumbrados aún a las reclamaciones colectivas se sobrecogieron ante la avalancha obrera, se comprenderá fácilmente que los gremios obtuvieran sin grandes esfuerzos apreciables ventajas. El capital redituaba abundantemente. El trabajo, a pesar de todo, no escaseaba. Todo, pues,

era favorable a los trabajadores. El éxito de las huelgas robustecía las sociedades de resistencia haciendo que se incorporasen a ellas cada vez mayor número de obreros.

Y cuanto más fuertes se iban haciendo las asociaciones gremiales, más arreciaban las reclamaciones colectivas, más huelgas se producían y mayor era el influjo de los propagandistas anárquicos y socialistas. De la huelga parcial de un gremio se pasó a la total de todos los obreros de un mismo oficio.

Y de aquí empezó a germinar la idea de la huelga general de todos los obreros de Buenos Aires, y aun del país entero. El concepto de solidaridad fue arraigándose en la conciencia colectiva y poco a poco las huelgas empezaron a complicarse, prestándose solidaridad unos a otros gremios para conseguir así más fácilmente el triunfo. Se pensó en unir con un lazo efectivo a todas las sociedades de resistencia, y se constituyó finalmente la Federación Obrera Gremial Argentina.

En el nuevo organismo entraron por igual las sociedades en que los socialistas eran el elemento predominante y aquellas en que los anarquistas imprimían con mayor eficacia su carácter.

La unión no se hizo sin sacrificios de una y otra parte.

Las concepciones sociales de unos y otros quedaron relegadas a segundo término y el nuevo organismo era, por así decir, exclusivamente gremial, mejor dicho, corporativista. Poco duró sin embargo.

Las disensiones, los choques entre anarquistas y socialistas fueron en progresión creciente, de tal modo que la unión se hizo ilusoria.

Celebróse un congreso y la escisión se produjo, ruidosa y completa. Los socialistas se retiraron constituyendo un “comité de propaganda gremial” que poco después había de transformarse en la “Unión General de Trabajadores”, en tanto que los anarquistas siguieron manteniendo la Federación, para la cual adoptóse finalmente el nombre de “Federación Obrera Regional Argentina”, nombre que de por sí ya entrañaba un principio internacionalista, un desconocimiento del concepto de patria, ya que la palabra regional indicaba que se consideraba al país solamente como una región del mundo y no como una nación, como una entidad. Y es entonces cuando, constituida la Federación y separados definitivamente socialistas y anarquistas, la agitación obrera llega a su período más culminante y cuando en todas partes se notan síntomas de temor y recelo.

Los gobernantes, mientras tanto, vieron producirse las huelgas sin preocuparse mayormente del fenómeno, y concretando su acción a facilitar policía y soldados a los capitalistas para que les salvaguardasen sus intereses.

De cuando en cuando los grandes diarios dedicaban unos sueltos a la cuestión social, para concluir afirmando que ni existía en la Argentina ni tenía razón de existir.

Sin embargo, las huelgas se han ido produciendo constantemente, con regularidad matemática, acusando la existencia de esa cuestión social negada, alarmando a los capitalistas que ante la repetición del fenómeno se desesperan, y demostrando que en el país como en todas partes se está elaborando un derecho nuevo, un régimen social y político distinto al vigente.

El respeto a la idea de propiedad ha ido desapareciendo de la mentalidad de los trabajadores, dando en su lugar preeminente puesto a la idea del trabajo como única y legítima propiedad, como primer derecho, como base de todo cuanto existe.

Llegar a concebir que una cosa es ilegítima es predisponerse a destruirla. Y esto es lo que ocurre con el derecho de propiedad.

Un gran número de personas le niegan legitimidad.

Y otro número semejante, el mismo al fin, niega también que sea legítimo el derecho a gobernar, el derecho de unos hombres a mandar sobre otros, aunque éste se encubra con el título de democracia y se fundamente en un sufragio universal, cada día más puesto en tela de juicio y a cada momento más desacreditado. Estos fundamentos trascendentalísimos de la cuestión social, olvidados siempre por los que en la prensa argentina han tratado de ella, son los que dan la clave de su existencia, aquí y en todas partes, e independientemente de la mayor o menor riqueza del país, y de la abundancia o escasez de trabajo, que es lo único que los articulistas suelen tener en cuenta.

Y aun ateniéndose a estos dos puntos, sus consideraciones están equivocadas. La miseria, la escasez de trabajo, engendra, es, un problema de pauperismo.

Y en donde éste exista no hay lugar a huelgas, ni caben más que manifestaciones de desocupados y mitines de hambrientos. No es fácil que un país en que exista un gran sobrante de brazos se declaren en huelga los obreros solicitando mejoras.

Iría eso contra los propios intereses de los trabajadores ocupados, contra su egoísmo, y violaría la ley de la oferta y la demanda. Una huelga en esas condiciones equivaldría a dar ocupación inmediata a los desocupados, con grave perjuicio de los huelguistas. Solamente un elevadísimo concepto de solidaridad, superior a las mismas necesidades ineludibles de alimentarse, podría impedir que los obreros en huelga fuesen reemplazados en masa por los sin trabajo, en el caso a que hacemos referencia. Precisamente el abandono sistemático de las huelgas parciales, huelgas de un solo taller o fábrica que han hecho los trabajadores en todas partes, se debe a la facilidad con que un corto número de obreros puede ser reemplazado por desocupados.

De manera es que, aun ateniéndonos a las mismas declaraciones de los que desde hace años y años sostienen tesonosamente que en el país ni existe ni tiene razón de existir la cuestión social, la deducción que surge es una verdadera contraprueba. Es esa abundancia relativa de trabajo la que facilita las huelgas, la que las hace posibles y la que da a los trabajadores probabilidades de mejoramiento.

Necesario sería, para que el fenómeno no se produjese, que las facilidades de mejorar individualmente fuesen mucho mayores que lo que son, y que el sueño de enriquecerse que sirve de prólogo a todo inmigrante en su viaje se realizase, se pudiese realizar.

Esto no es posible.

No todos, ni una mayoría siquiera, pueden hacerse ricos.

Pensar o suponer lo contrario sería no solo negar la realidad, sino caer en el absurdo. Y las huelgas son entonces, y por así decir, fatales.

Negar el problema, cerrar los ojos a la evidencia, llevar veinte años considerando las agitaciones obreras como el resultado exclusivo de la propaganda de unos cuantos hombres, no llega siquiera ni a engañar a quienes lo afirman.

Están ahí los hechos, por encima de todo, demostrando la existencia de esa cuestión social, y a poco que se observe y analice se pueden hallar sus causas y bases, entre las cuales la propaganda oral y escrita no es más que una de ellas y tal vez la menos importante.

Hemos ido poco a poco señalando la marcha de los acontecimientos en estas páginas, y quien haya seguido esta reseña habrá visto cómo se han ido gestando y cuáles han sido sus causas y motivos.

LOS PROPAGANDISTAS

Si determinadas condiciones del país han influido eficazmente en el florecimiento de las ideas anarquistas, también a ello han contribuido los propagandistas en no pequeña parte.

Mejor aún, más exactamente, podemos decir que las condiciones políticas y económicas de la República Argentina y el estar poblándose con gentes venidas de todo el mundo con propósito de enriquecerse, ha facilitado a los propagandistas del anarquismo su tarea, haciendo que alcanzasen un éxito superior al obtenido en otros países.

Porque la verdad es que en la Argentina tanto en Buenos Aires como en Rosario, La Plata, Bahía Blanca y en muchas pequeñas poblaciones del país el número de anarquistas supera en mucho al que hay en las naciones europeas, hasta prescindiendo de la proporción de habitantes que tiene el país comparado con los demás. Y es que la propaganda ideológica ha tenido también a su favor la escasez de diversiones públicas que el extranjero echa pronto de menos en el país, la ausencia de esa alegría colectiva que caracteriza a los pueblos europeos y que es el resultado de la homogeneidad del lenguaje tomado en su sentido fonético, de la raza y las costumbres, todo lo que ha ido elaborando una serie de tradiciones que se traducen en fiestas y expansiones, en cantos populares que hablan al alma y alegran la vida. El cosmopolitismo argentino es un obstáculo a la vida colectiva, así como las habitaciones reducidas e incómodas no dan lugar tampoco a las gratas expansiones del hogar. Dijérase que todo se ha puesto de acuerdo para que en el país todo el mundo viva descontento, y principalmente aquellos que carecen de fortuna y no pueden darse los goces y distracciones que por su fastuosidad y costo elevado solo son patrimonio de los muy ricos, cuyo lujo estrepitoso es también un incentivo poderoso para fomentar más el descontento.

El espíritu humano es un tanto inquieto y no se aviene fácilmente a la vida material de comer, dormir y trabajar. Necesita algo más, y no encontrando ese algo más en la Argentina, por carecer el país de distracciones, lo ha buscado en el estudio.

En pocas partes, en efecto, se lee tanto como en dicha nación. Un cierto desahogo económico y la diferencia existente entre la moneda del país y las europeas facilita en sumo grado la adquisición de libros. Para un obrero europeo que tenga un

salario de cinco francos, la adquisición de un libro de un franco representa un gasto de la quinta parte del jornal. El obrero argentino, con un salario de cuatro pesos adquiere ese mismo libro por cuarenta centavos, lo que solamente le representa un dispendio de la décima parte de su salario.

Todo, pues, influye para que la lectura tenga más cultores en la Argentina que en Europa, y para que por lo tanto la difusión de las teorías anarquistas haya sido más rápida y extensa.

Se lee más y se asiste en proporciones mayores a las conferencias públicas que en Europa, ya que la asistencia a esos actos representa, en primer término, una distracción, tanto más apreciable cuanto que el país carece de diversiones populares, y satisfacen una necesidad espiritual ineludible para aquellos cuya vida se reduce a trabajar, comer y dormir.

El que ha visto la enorme cantidad de trabajadores que asisten en Buenos Aires a las conferencias públicas sean o no dadas por anarquistas y se encuentra en París en un acto semejante no sale de su asombro. Una treintena de individuos tomando cerveza mientras un orador de verdadera valía intelectual perora, es suceso harto común en la capital francesa.

En Barcelona la ciudad anarquista por excelencia ocurre, si no lo mismo, algo parecido.

En vez de treinta son cien o ciento cincuenta los oyentes, y rara es la vez en que se consigue se llene un teatro para escuchar a un conferenciante, a no ser que se trate de algún orador político de nota.

En Buenos Aires cualquier charlatán con pretensiones de conferenciante congrega varios centenares de personas, y nada raro es que dos o tres mil individuos escuchen a un orador que siquiera tenga una voz grata al oído.

Los propagandistas del anarquismo, tanto escritores como oradores, han tenido así en la Argentina gran facilidad para su propaganda.

Y cuanto entre ellos ha habido alguno, como Pedro Gori, de figura atrayente, de gestos elegantísimos y de una elocuencia florida y encantadora, deleitosa en la forma y profunda en el concepto, el éxito ha sido clamoroso y triunfal.

En no pequeña parte débese el incremento del anarquismo a ese poeta, sociólogo, jurisconsulto, orador sin rival y hombre cariñoso, bueno, sin pose, que se llamó Pedro Gori.

Su verbo atrajo a la juventud estudiosa e hizo sobreponer la tendencia anarquista a la socialista.

Sin él, es posible que el Partido Socialista hubiera crecido a la par de las falanges anárquicas, a pesar de contar el socialismo en su contra varios factores de importancia. Gori dio un impulso extraordinario al anarquismo en la Argentina, cuyo territorio recorrió en todas direcciones, dando conferencias y captándose simpatías por su carácter, tanto como por su talento.

LA PRIMERA VÍCTIMA

La intensidad y extensión del movimiento obrero hacían pre-sagiar que muy pronto las autoridades habían de iniciar la era de las represiones. No se podía concebir que en un país en que se negaba obstinadamente y a pies juntillos la cuestión social, sin que la repetición de los hechos sociales hiciese dudar siquiera a gobernantes y escritores, continuaran tranquilamente desenvolviéndose los sucesos.

En todas partes ha ocurrido lo mismo.

Ya el descontento del proletariado obedezca a la miseria, sea manifestación de pauperismo, ya tenga como causa el deseo de mejorar de posición, ese deseo propio de la época y que lo mismo se manifiesta en los capitalistas que en los políticos, en los intelectuales que en los obreros, ya sea una consecuencia inevitable del progreso, de la ley de evolución que va transformando los valores éticos y los conceptos sociales y políticos, en todos los casos los gobernantes han recurrido a la represión violenta.

La historia de la humanidad es un fiel trasunto de esto.

En todas las épocas los de arriba se han opuesto con la fuerza a las pretensiones de los de abajo.

En las esferas gubernativas el ideal consiste en el *status quo*; es un ideal de reposo. Nada de innovaciones.

Nada de progresos.

Y es que cada aspiración popular representa un privilegio atacado.

Así el rey absoluto se opone al constitucionalismo, que al menos teóricamente significa un derecho real cercenado; el rey constitucional resiste con todas sus fuerzas al republicanismo; el republicanismo unitario al federal; éste al socialismo, y todos,

finalmente, al anarquismo, que es la negación de todo privilegio. Pasando del campo político al económico, las cosas ocurren del mismo modo, y aun se agravan.

El señor se opone a la libertad de los esclavos, porque su autoridad queda quebrantada, deja de ser amo en la más amplia acepción de la palabra y su capital disminuye por la pérdida que del valor que le costare, los esclavos representa la manumisión de éstos.

Y no importa que después prácticamente su capital aumente, porque el asalariado resulte más económico que el esclavo. El señor no ve esto; no ve más que la pérdida de un capital, y se opone a la liberación del esclavo hasta con las armas, tal cual ocurrió en Norteamérica originando la ley libertadora de esclavos la Guerra de Secesión.

Igualmente el patrono se resiste a las reivindicaciones del proletario, porque el hecho de que éste las haga es ya un desconocimiento de la autoridad patronal, la negación del derecho del amo a pagar al operario lo que él cree justo o le parece oportuno.

Y es además un atentado –según su concepto– a sus intereses, ya que entiende que el mayor salario o la más corta jornada de trabajo significan una merma en sus ganancias.

Importa poco que esto sea o no cierto en la práctica, es el mismo caso de la esclavitud, puesto que lo primero que ve es un mayor desembolso en jornales, sin que la compensación que dando el producto al consumidor más caro le sea posible tenerla en cuenta, ya que a veces puede muy bien no obtener esa compensación, obligado por la competencia, por tener contratos que cumplir o por otras causas.

Las reclamaciones obreras tenían finalmente que traducirse en violencias y represiones.

Ya las primeras huelgas habían movido al gobierno a poner a disposición de los capitalistas soldados y policías, y no solo para que salvaguardaran sus intereses y custodiaran a los rompehuelgas, sino hasta para que reemplazaran a los huelguistas.

En 1901, la intervención gubernativa llegó más lejos. La manifestación obrera conmemorativa del 1° de Mayo fue disuelta en Buenos Aires por la policía a sablazos, produciéndose el tumulto consiguiente.

La represión se había iniciado.

Pocos meses después, en octubre, los obreros de la Refinería Argentina, ubicada en Rosario, se declararon en huelga. La policía intervino brutalmente y el obrero Budislavich fue muerto de un balazo, en momentos en que huía de la carga policial y se encontró detenido en su fuga por un alambrado.

La primera víctima del movimiento obrero había caído. La sangre de un trabajador regó el suelo argentino, ese suelo que los productores fecundan con su sudor, enriqueciéndolo de día en día, más y más. La emoción que este hecho produjo en todo el proletariado argentino es indescriptible. Cuatro días después los trabajadores rosarinos en masa realizaron una grandiosa manifestación de protesta. La policía tomó precauciones extraordinarias armando con fusil y bayoneta no solo a los vigilantes sino al cuerpo de bomberos y al batallón de guardias de cárceles. Por un momento se creyó que la fuerza armada iba a fusilar a los manifestantes. Hubo un instante de pánico, pero por fin el acto se realizó sin mayores consecuencias

1902

En el año 1902 raro sería el gremio que no había conseguido alguna modificación favorable en las condiciones del trabajo.

La organización obrera era poderosa en toda la república, y a su frente había hombres como Ros, que tenían verdaderas cualidades de directores.

Principalmente, los obreros del puerto de Buenos Aires estaban organizados férreamente, manteniéndose permanentemente en un estado de resistencia a la clase patronal.

Los conflictos se sucedían y reproducían sin cesar, lo que finalmente determinó a los consignatarios, barraqueros y demás capitalistas interesados en las operaciones portuarias a dar una batalla decisiva a la sociedad de resistencia de estibadores, para concluir con ella.

Se produjo una huelga y los patronos resistieron con empeño, dispuestos a no ceder hasta conseguir que se aniquilaran en la contienda los obreros.

Esto no era fácil de alcanzar, puesto que los trabajadores del puerto, además de un gran espíritu de solidaridad y de una gran

fuerza de resistencia, procedían revolucionariamente, causando con sus actos de violencia todos los perjuicios que podían a los patronos.

El gobierno intervino directamente en la lucha.

Parlamentó con obreros y patronos y llegó al convencimiento de que era materialmente imposible que los capitalistas resultasen vencedores si no entraban en la liza otros factores más eficaces que los que hasta entonces se habían empleado. Ya las luchas de los gremios y la activa propaganda anarquista habían inducido a los gobernantes a tomar una participación activa y directa, participación de puro carácter policial y represiva.

Una nueva sección de policía se había organizado.

A su frente estaba un individuo que pasaba por anarquista y que probablemente fue el organizador de la nueva sección y el inspirador del gobierno, tanto para constituirla como en cuanto a las medidas represivas que había que adoptar. Y fue el conflicto portuario el que dio pie a la adopción de las medidas de represión que indudablemente hacía tiempo se premeditaban.

El Congreso argentino, en una sola sesión, votó la ley de residencia contra los extranjeros y proclamó el estado de sitio. Después de medianoche terminaron las Cámaras de Diputados y Senadores la sesión en que tales resoluciones tomaron, y media hora después el presidente de la República firmaba la nueva ley y ponía el cúmplase a la declaratoria de estado de sitio. Antes de amanecer la policía había detenido ya a centenares de trabajadores, utilizando las facultades extraordinarias que la suspensión de las garantías constitucionales le concedían.

El día 22 de noviembre quedó iniciada la era de represiones, e incorporada a la legislación nacional una ley contra los extranjeros, en virtud de la cual la policía puede expulsar a todo habitante del país que no haya nacido en él, sin formación de causa, sin someterlo a juez alguno, sin conceder derecho de defensa y sin tener en cuenta si el extranjero está radicado en el país desde hace un día o cuarenta años, si tiene o no mujer e hijos argentinos, si cuenta con propiedades muebles o inmuebles en el país o carece de todo bien de fortuna.

Y la policía ha procedido rigurosamente, ha aplicado la nueva ley sin vacilaciones, expulsando hasta a los prófugos y desertores de los ejércitos extranjeros que en todo el mundo son

respetados, llegando a enviarlos directamente a sus países de origen y dando así lugar a que sean castigados en sus patrias por los delitos de deserción y eludición del servicio de las armas, con las penas y recargos que los códigos militares señalan al caso.

La Argentina cuenta con millares de prófugos entre sus habitantes.

País formado por inmigrantes, muchos de éstos han venido de jóvenes para eludir el servicio militar, y otros muchos han sido traídos por sus padres en muy temprana edad.

La policía no ha reparado en nada para las expulsiones, extrañando a extranjeros que se hallaban en el país desde la edad de uno y dos años, así como ha expulsado a ancianos que hacía cuarenta años que residían en la República.

La ley de residencia respira ese odio al extranjero, al bárbaro, peculiar de la antigua Roma.

Y es este un achaque propio de todas las naciones.

El malo, el perturbador, es siempre el extranjero.

Tales o cuales hechos, se clama con énfasis, no han podido ser realizados sino por turbas de extranjeros.

Los hijos del país se deshonrarían si hiciesen algo semejante, y su cultura nos garantiza de que no han hecho nada de eso, se suele decir. Y en la Argentina es cierto que extranjeros son los agitadores y los huelguistas, por la sencilla razón de que extranjeros son en su mayor parte los obreros industriales, esos obreros que han pretendido mejorar su situación de asalariado y siquiera muchos de esos extranjeros, sean espiritualmente argentinos por el número de años que llevan residiendo en el país, por haberse instruido en las escuelas nacionales y por tener las costumbres y el modo de ser de los nacidos en la República. También son extranjeros los capitalistas, y sin embargo...

Porque bien podría decirse que esos capitalistas, por el hecho de ser extranjeros, les importa muy poco del bienestar de los trabajadores, y antes que ver mermadas esas sus ganancias extraídas del sudor del proletariado colocan a éste ante el dilema del hambre o el motín.

Y de provocadores del desorden podrían ser tildados, y de no amar a un país que no es el de su nacimiento y al que llegaron, en general, sin recursos, y al cual deben su riqueza, una

riqueza producto de la explotación de los trabajadores y quién sabe de cuántos negocios inconfesables.

El gobierno argentino, así como el Parlamento, no pensaron ni por un instante en nada de esto.

Vieron que los propagandistas del anarquismo y los secretarios de las sociedades obreras eran casi en su totalidad extranjeros –¡raro fenómeno por cierto en un país en que los extranjeros son casi una mayoría!–, y dictaron la ley de residencia a pesar de que con ella violaban abiertamente la Constitución Nacional, y a pesar de que en los demás países que tienen leyes semejantes no llegan a tener alcance sobre el extranjero radicado en el país, ni mucho menos sobre los que tienen familia nacida en la nación en que residen, ya que la expulsión en este último caso alcanza a los hijos del país, sin culpa alguna porque su padre, o el esposo, sea extranjero y profese tales o cuales ideas o haya tomado parte en cualquier huelga –lo que no es tampoco delito, dicho sea entre paréntesis–, o bien la expulsión del uno trae como consecuencia la desorganización de la familia y un estado de miseria dolorosa para la mujer y los hijos que se quedaran en su patria natal.

Apenas promulgada la ley de referencia y decretado el estado de sitio, se expulsó a cuanto elemento activo en el movimiento obrero y la propaganda ideológica pudo echar mano la policía, lo que por el momento no produjo el fracaso de la huelga en el puerto de Buenos Aires, sino que por el contrario fue un acicate para ella, convirtiéndose en paro general, puesto que se extendió a todos los gremios de la capital y repercutió en Rosario y otras poblaciones del interior, provocándose numerosos hechos violentos y choques entre la policía y los trabajadores. Durante los días que duró la huelga general, la revista literaria y sociológica *El Sol* se transformó en hoja diaria de combate y propaganda.

Florencio Sánchez, el que años después había de llenar el teatro nacional con sus obras dramáticas, de vida intensísima, y en las que se debaten las grandes luchas psicológicas y los conflictos sociológicos de esta época, el formidable dramaturgo que ha llevado al teatro sus sentimientos de anarquista, llenó *El Sol* de artículos vibrantes, de frases que eran anatemas, continuando en aquellos tres o cuatro días la obra que cuando la muerte de

Budislavich realizara en Rosario desde las columnas del diario burgués *La República*, en el cual había entrado para ejecutar pequeñas tareas administrativas, llegando en poco tiempo a ocupar la dirección y dándole un carácter tan avanzado que más era ya imposible dentro de una publicación burguesa. Terminó la huelga y concluyó el año sin más incidencias, quedando para el siguiente la ardua tarea de reorganizar todo lo que había desquiciado la represión autoritaria.

Entre los periódicos que hacían propaganda anarquista había alcanzado singular aceptación *La Protesta Humana*.

Fundado el 13 de junio de 1897, tuvo la suerte, puede decirse así, de que a poco de aparecer llegase a Buenos Aires José Prat, cuya pluma razonadora, cultísima, de estilo tan sencillo como armonioso, introdujo en el periodismo anárquico una nueva modalidad, superior en mucho a la que en la Argentina era corriente.

Pronto *La Protesta Humana* atrajo nuevas inteligencias, y en sus páginas dejaron su fecunda huella Altair, pensador profundo, de un casticismo en el lenguaje difícilmente alcanzable; Bastera, escritor ingenioso; Guaglianone, orador elocuentísimo y escritor de valía; Pellicer, sociólogo de grandes conocimientos, y otros muchos. *La Protesta Humana* defendía la organización obrera y la propaganda con tesón, sin dejar por eso de ser una publicación anarquista, divulgadora de la filosofía anárquica.

La ley de residencia y el estado de sitio de 1902 redujo considerablemente el número de propagandistas.

Unos fueron deportados, otros dejaron de tomar participación activa en la propaganda. Entonces empezó para el periodismo anarquista un período de verdadera crisis. *Ciencia Social*, una hermosa revista, desapareció con la expulsión de Serantoni, que la editaba, y a quien la policía destruyó la librería con que atendía a su sustento. *El Rebelde*, periódico antiorganizador que chocaba constantemente con *La Protesta Humana*, también dejó de aparecer por la expulsión de sus dos redactores principales: Reguera y Locascio.

L'Avvenire, organizador, escrito en idioma italiano, publicó algunos números, muy pocos, después del estado de sitio, muriendo definitivamente por falta principalmente de redactores, ocurriéndole casi lo mismo a *Nuova Civiltà*, antiorganizador, escrito en italiano, y a *Solidaridad*, semanario anarquista que se publicaba en Rosario de Santa Fe.

En 1903 la vida de las publicaciones anarquistas era difícil.

Sin embargo, aparecieron algunas, adoptando el aspecto y las modalidades propias de las revistas, en vez del de periódicos de combate que caracterizó a casi todos los periódicos de los años antecedentes. Aparte de los obstáculos materiales, falta de escritores, escasez de recursos por el pánico que la represión había originado, era factor importante para la no publicación de periódicos la actitud de la policía, que no se concretaba a deportar a los propagandistas y a quienes en una forma u otra ayudaban a la propaganda, sino que presionaba a los dueños de locales e imprentas para que no pudieran aparecer los periódicos anarquistas. Esta actitud policial se extremaba sobre todo con *La Protesta Humana*, cuya influencia en el proletariado era conocida.

La colección de aquella época es de una originalidad estupefaciente. Cada número se imprimía en distinto establecimiento, y se comprende que las imprentas que se prestaban a editar el periódico no eran de las que tenían mejor material.

Desde el título hasta la última línea se veía la más desconcertante variedad de tipos de letra.

Lo único que conservaba el genuino portavoz del anarquismo argentino era buena redacción.

Altair seguía colaborando, y con él escribían Alfredo C. López (Jean Valjean), cuya pluma brillante y agresiva daba carácter de combate al periódico, y Florencio Sánchez, que durante mucho tiempo escribió casi solo y por entero el periódico con toda la fuerza de su temperamento de escritor de fibra.

No todos los números llegaron a poder circular.

La policía secuestró la edición en no pocas ocasiones, teniendo finalmente que recurrir a actos de verdadera audacia para contrarrestar la acción policial.

Una vez, el doctor Juan Creaghe, anciano médico y hombre en quien el ideal anárquico constituía una especie de segunda naturaleza, tomó un carruaje, cargó en él gran cantidad de ejemplares de *La Protesta Humana* y salió a venderlos por las calles centrales de Buenos Aires, voceando el título del periódico, en tanto que con el revólver empuñado mantenía a raya a los empleados de la sección Orden Social de policía, que no se determinaron a secuestrar la edición, como lo habían hecho otras veces, intimidados, posiblemente, por la actitud del doctor, que

indicaba bien a las claras su disposición de terminar en drama el abuso policíaco.

El doctor Creaghe era el alma y el nervio de *La Protesta Humana*. Sostenía el periódico con su peculio y afrontaba resueltamente la situación. Cansado de aquel mudar de imprentas, resolvió instalar una por su cuenta, y así lo hizo, dotando al anarquismo de un medio definitivo y eficaz de propaganda. Y es de ese taller nacido por presión policial y el recelo de los dueños de imprentas de donde surgió la posibilidad de convertir el periódico de vida incierta de 1897, en diario, el día 1° de abril de 1904, suprimiendo de su título la palabra *Humana*, para hacer más fácil su pregón a los vendedores de diarios.

1° DE MAYO

Hace un mes que *La Protesta* aparece diariamente.

La organización obrera es más potente aún que en 1902.

El número de sociedades de resistencia que constituye la F.O.R.A. es mayor, y todas cuentan con una cantidad de asociados superior al que tenían cuando se promulgó la ley de residencia.

Nuevos elementos han entrado en acción reemplazando a los expulsados y a los que por temor permanecen inactivos. Ha llegado el 1° de Mayo.

La célebre fecha se conmemora en toda la República entusiásticamente.

La manifestación obrera en Buenos Aires asume proporciones inusitadas.

Jamás la capital había presenciado un acto tan grandioso, ni aun en los tiempos en que los partidos políticos –inexistentes en la actualidad– habían hecho vida democrática.

La enorme columna se dirige hacia la plaza Mazzini.

Al pasar por el edificio en que *La Protesta* tiene instalados sus talleres la multitud prorrumpa en aplausos y vítores, que la redacción contesta agitando una bandera.

Es la consagración del diario anarquista como órgano del proletariado.

En el trayecto se han producido algunos incidentes con los conductores de tranvías, único gremio que aquel día labora en Buenos Aires.

Constituido por elementos sin oficio, inhábiles para todo trabajo que demande alguna competencia, permanecen sumisos a las empresas, temiendo que el menor gesto de rebeldía les acarree la destitución, y con ella días de hambre y miseria, días de vagabundeo penoso por las calles de la metrópoli.

Se saben inaptos y fácilmente reemplazables en su rutinaria labor por esa multitud de fracasados que pulula en todas las grandes ciudades.

Y siguen en su tarea, aguantando impertérritos el insulto de los manifestantes, la amenaza y hasta el garrotazo. Desemboca la cabeza de la manifestación en la plaza Mazzini, atronando el espacio con sus cánticos revolucionarios y los vivas a la Anarquía.

Son cuarenta o cincuenta mil hombres enardecidos, auto-sugestionados por el propio entusiasmo y el éxito de la manifestación. De repente un tranvía obstaculiza la marcha de la columna.

Se produce un tumulto y suena un disparo de revólver.

Instantáneamente la detonación es seguida de otras muchas, y en pocos momentos la plaza se convierte en campo de batalla. La gente se refugia en la recova del Paseo de Julio, en tanto que los agentes del Escuadrón de Seguridad machetean y hacen disparos continuados con los Colt. El fuego termina al fin, y púedese observar que tanto la policía como los obreros han sufrido numerosas bajas.

Un grupo de trabajadores coloca en una escalera un cadáver y se lo lleva, pasando por la Avenida de Mayo, al local de *La Protesta*, primero, y al de la Federación, después.

Los trabajadores custodian aquel cuerpo, revólver en mano, y tras ellos, a paso lento, va un piquete de agentes de policía a caballo, sin intentar despojarles del lúgubre trofeo.

El muerto es un obrero oscuro, apellidado Ocampo, de raza indígena, nacido en el selvático y misterioso Chaco. Ha muerto haciendo fuego contra la policía. Ha muerto matando.

No es solo él quien ha caído.

Varios vigilantes han muerto en la refriega y los hospitales se llenan de heridos pertenecientes a los dos bandos, amén de los muchos obreros que en sus casas se asisten de las heridas recibidas en la contienda.

A la Federación es enviado el Cuerpo de Bomberos para rescatar el cadáver de Ocampo, y aunque los obreros se resisten a entregarlo por fin ceden, evitándose una nueva hecatombe.

Los hechos ocurridos el 1° de mayo de 1904 en Buenos Aires conmueven al pueblo entero de la República.

En todas las poblaciones de alguna importancia se verifican mitines de protesta contra la policía bonaerense, en tanto que la prensa burguesa discute los sucesos y clama ora contra la policía, ora contra los manifestantes, según le conviene aparentar que los causantes de lo ocurrido son unos u otros.

Cuestión de lectores y de anhelo de popularidad.

UNA EMBOSCADA

En Buenos Aires se han declarado en huelga los dependientes de comercio.

El paro se extiende a otras ciudades, y en Rosario se complica con una huelga de panaderos.

Un grupo de estos últimos se dirige al local de los dependientes, impidiéndoles el acceso un oficial de policía.

Los huelguistas desacatan la orden y el oficial hace fuego matando a un joven panadero.

Los compañeros de éste hieren al matador de varias puñaladas.

La Federación local rosarina declara la huelga general y resuelve ir al día siguiente al cementerio a conducir el cadáver. La policía, de mañana bien temprano, arranca a los deudos de Pereyra el cadáver y lo entierra silenciosamente.

Cuando los obreros se enteran de ello se exasperan, y resuelven de todos modos ir al cementerio.

Son las dos de la tarde de un día caliginoso del mes de noviembre de 1904. Del local de la Federación parten silenciosamente unos trescientos trabajadores, dirigiéndose al Centro Socialista, en donde se les une otro núcleo de obreros, y continúan su marcha hacia los locales de los pintores, carpinteros y dependientes, para que los miembros de estos gremios se incorporen a la manifestación de duelo. Ni un agente de policía encuentran por el camino.

Y la marcha se realiza silenciosa, solemne, de duelo y un si es no es de zozobra.

Hay en el ambiente algo lúgubre que los nervios anuncian y que es indefinible. Se ha llegado al local de los pintores. Se detiene un momento la columna, y cuando va a reanudar la marcha, aparecen por las dos calles que convergen al local dos líneas de bomberos y vigilantes armados con máuser y bayoneta calada escoltados por otras dos filas de agentes del escuadrón, que en tanto con una mano tienen las riendas de los caballos que montan con la otra apuntan con los mortíferos Colt a los manifestantes.

En la cola de la columna se inicia el desconcierto.

Algunos obreros huyen.

La fuerza armada viene a paso de carga. No se oye ni un grito.

De la fila de los bomberos sale una voz que dice: “¡fuego”, y empieza una serie de descargas de máuser y Colt que sobrecogen a los manifestantes y disuelve en pocos instantes la columna.

Después se recogen cuatro cadáveres de obreros y cerca de un centenar de heridos, casi todos en las piernas. Los bomberos estaban borrachos. A la hora de ocurrir los sucesos le era entregado al jefe de policía un documento de felicitación por haber reprimido tan enérgica como certeramente a los anarquistas.

El documento estaba suscrito por los principales comerciantes de Rosario. La Federación mantuvo la huelga general durante tres días, y en Buenos Aires se llevó a cabo un paro de todos los gremios por cuarenta y ocho horas.

EL 4 DE FEBRERO

Después de la revolución de 1893, el Partido Radical había quedado virtualmente muerto. Su jefe, el doctor Alem, decepcionado tal vez, desconfiado del triunfo que obstinadamente había perseguido, abandonado por muchos de sus principales amigos y partidarios, se suicidó en plena vía pública, en la calle que fue siempre el escenario de su labor activísima de agitador de las multitudes, de arengador entusiasta del pueblo y de revolucionario de acción.

El Partido Radical, que estaba ya agónico, quedó para todo el mundo muerto con la desaparición de su jefe.

Y he aquí que en 1905 se realiza un movimiento revolucionario en la Capital y en varias provincias, organizado por el Partido Radical.

El hecho causa general sorpresa, por cuanto que el radicalismo hace una docena de años que no denotaba su existencia. El nuevo jefe era un hombre de naturaleza antípoda al doctor Alem.

Reservado en extremo, ni siquiera su rostro era conocido por sus partidarios y mucho menos por el público.

Ni peroraba, ni siquiera escribía.

Su labor era de conspirador misterioso. Fue conquistándose la adhesión de los militares, sin buscar para nada al pueblo.

Y la revolución que había organizado fue más que nada una revolución militar, un motín de cuartel.

La delación de un comprometido hizo fracasar en Buenos Aires el movimiento revolucionario, triunfante sin obstáculos en las provincias.

Por un momento se creyó en la posibilidad de que la revolución se convirtiera en guerra civil, pero el jefe de los radicales, en vista del fracaso del alzamiento en la Capital, ordenó la suspensión del movimiento, evitando días de dolor, sangre y miseria al país. En Buenos Aires se ignoraba el resultado de la revolución en las provincias y solo se conocía el fracaso que el movimiento había sufrido en la misma ciudad.

El gobierno nacional decretó el estado de sitio y prohibió la publicación de detalles relativos al movimiento revolucionario. La prensa acató la orden y únicamente *La Protesta* apareció transformada en proclama bélica anunciando el triunfo de los sublevados en las provincias...

El gobierno clausuró el diario anarquista y ordenó la prisión de sus redactores y de cuanto anarquista conocido había en la Capital.

Los presos radicales fueron conducidos a un buque de guerra y los anarquistas a otro, sometiéndose a éstos, sin embargo, a un régimen distinto; peor.

Terminado el estado de sitio, *La Protesta* reaparece y reanuda la labor anárquica olvidando la veleidad radical de un momento, veleidad que para unos anarquistas fue un bello gesto de desobediencia al gobierno, y para otros un desacierto y señal de que la redacción del diario tenía ciertas concomitancias con el Partido Radical. Y es posible que sin la estadía de gran número de trabajadores en las bodegas de un buque de guerra, lo que llevó la acción de todos los anarquistas a auxiliar a los castigados, se habrían producido entre los anarquistas disensiones

de importancia. El radicalismo apoyándose en el Ejército, sin programa alguno que señale un paso adelante en la vida nacional, contando entre sus principales hombres con caracterizados católicos, no podía ser visto con simpatía por quienes del anarquismo tenían un concepto amplio y claro.

Solamente algunos obsesionados por la idea de violencia vengía de donde viniere podían acoger con agrado al Partido Radical, llamado a entronizar el militarismo y a robustecer la Iglesia Católica, consecuencias ambas directas de buscar para la obra revolucionaria a los militares y de ser los conspicuos del partido católicos fervientes.

Pasó el 4 de febrero con sus prisiones, y vuelto el país a la normalidad, se continuó la propaganda sin mayores incidencias. Algo sin embargo quedó latente en el anarquismo argentino.

Cierto síntoma de descontento y desconfianza empezó a surgir, sin exteriorizarse, pero cuya labor había de manifestarse más adelante, a poco que cualquier otro hecho provocase su aparición.

OTRO ESTADO DE SITIO

El año 1905 transcurrió sin sucesos de importancia.

Salvo la extraña coincidencia de haberse producido en Rosario en la misma noche del 30 de abril al 1° de mayo nueve conatos de incendio en aserraderos y grandes depósitos comerciales, todos ellos intencionales, y que la opinión pública consideró como un acto de represalia contra el alto comercio que suscribió la felicitación al jefe político de la ciudad por la masacre que la Fuerza Armada ejecutó en la manifestación obrera de noviembre del año anterior, la propaganda anarquista y la acción obrera siguieron su marcha normal.

A fines de año no obstante se produjo una gran huelga que terminó con la declaración de otro estado de sitio por el gobierno nacional.

Los estibadores de Rosario iniciaron el movimiento reclamando la disminución del peso habitual de bolsas, canastos y fardos.

Los obreros de los demás puertos fluviales del país secundaron el paro, extendiéndose éste al puerto de Buenos Aires.

El gobierno no encontró mejor salida que suspender nuevamente las garantías constitucionales.

Fueron clausurados los centros obreros, se volvió a conducir a un buque de guerra a los militantes más activos y se deportó a los que por su nacimiento eran tenidos como más peligrosos.

La Protesta no fue clausurada.

Se le comunicó como a los demás diarios que no podía ocuparse de las huelgas, y en vista de esto la redacción resolvió suspender la publicación del diario. Nada más.

En este relato no mencionamos una por una las huelgas que en la Argentina se han producido, porque la tarea sería inacabable, así como tampoco hemos de referir los sucesos sangrientos ocurridos y que son numerosos.

No ha habido huelga que no haya tenido sus víctimas; no ha habido casi acto público alguno que no haya originado choques entre la policía y los manifestantes.

Si en algún país la historia del proletariado está escrita con sangre, es en la Argentina. Las mismas libertades públicas, esa amplitud de derechos que la Constitución Nacional concede a los habitantes de la República, han hecho que las autoridades, ante el fenómeno anarquista, hayan recurrido al único medio coercitivo que tenían a mano: la violencia.

Después, cuando la legislación ha sido remendada, cuando las leyes represivas han desvirtuado el espíritu de la ley fundamental, anulándola y haciendo que la nación pierda por entero su característica liberal para caer en el extremo opuesto, más propio de los países cuya evolución política se halla estancada en formas antiguas, en los que no se ha iniciado aún esa evolución, ha sido ya tarde para que la policía abandonara la característica brutal que en su lucha con el proletariado había adquirido.

Así se vio que en la manifestación obrera del 1° de Mayo de 1905 realizada el 21 por haber durado el estado de sitio promulgado a raíz de la revolución cuartelera del 4 de febrero hasta el 4 de mayo so pretexto de que los manifestantes pretendieron enarbolar una bandera roja, insignia prohibida por una ley dictada en aquellos mismos días, la policía cargó a balazos sobre la manifestación hiriendo a varios trabajadores y matando a un fotógrafo que, ajeno al acto, presenciaba el desfile.

Había penalidad para los que infringieran la flamante ley, pero en vez de aplicar el castigo señalado, se atropelló revólver en mano a todo el mundo, aunque el autor de la pequeña falta había sido uno solo. Es más; se había dispuesto por el gobierno que antes de atacar al pueblo se harían tres toques de corneta, para que así los curiosos y los que no quisieran entenderse con el machete policial se retiraran, y se prescindió de los toques, empezándose por los tiros.

La brutalidad triunfante, podría titularse la acción policial de todos los días en las cuestiones e incidentes de la vida proletaria.

Y este proceder no es exclusivo de la policía; es común a todos los cuerpos armados del país.

En cierta ocasión la marinería de guerra atacó en Bahía Blanca a unos huelguistas en el interior del local obrero en que estaban reunidos, matando a uno e hiriendo a varios. Y al día siguiente, cuando el huelguista era llevado al cementerio, la misma marinería cargó sobre el fúnebre cortejo, viniendo las balas a perforar el ataúd y a destrozar el rostro del cadáver.

Otro caso: en un teatro de Tandil, un empleado policial pretendió, sin que ni siquiera para ello existiese ley alguna que lo facultara, impedir que la oradora Virginia Bolten continuase hablando en la forma que lo hacía.

Como la oradora no le atendiese y en el público se levantarán voces de protesta contra la intromisión de aquel empleado, que era un simple escribiente de la comisaría local, entró en juego el revólver, resultando varios concurrentes heridos, que ni aún eran anarquistas y ni siquiera obreros.

¿Para qué citar más casos?

La Justicia en cambio ha observado un procedimiento más recto.

Con frecuencia ha absuelto a los obreros a quienes la policía acusaba como autores de delitos.

Y no ha sido por falta de empeños policiales que han fracasado las tentativas de la policía para que algunos elementos fueran fusilados o condenados a presidio por largo número de años.

Uno de los procesos más importantes fue el conocido con el nombre de "Panadería de la Princesa".

Durante una huelga de panaderos, fueron muertos en la fonda en que estaban comiendo cuatro trabajadores de la Panadería de la Princesa, reemplazantes de los huelguistas. Los autores del hecho iban enmascarados y ni fueron conocidos por nadie ni lograron ser detenidos.

En la fuga dejaron caída una barba postiza, que es por lo que se vino a comprender que habían realizado tal acto disfrazados. La policía bonaerense prendió a varios trabajadores de los más significados en el gremio por sus condiciones de propagandistas, y los sindicó de autores de esas muertes. A tal punto llegaron las cosas, que se creyó serían condenados los detenidos, lo que originó una gran efervescencia en el proletariado de toda la República, resolviéndose declarar la huelga general si para un día señalado de antemano no habían sido puestos en libertad los acusados.

La Justicia sobreyó la causa la víspera del día fijado para el paro, con lo cual fracasó el complot policial.

Algo parecido ocurrió con el llamado “crimen de la calle Especial” en el que fueron envueltos varios obreros estibadores de Buenos Aires por la policía, que los sindicaba como autores de la muerte de un rompehuelgas.

Después de unos meses de angustiosa prisión, el proceso fue sobreyó por falta absoluta de pruebas.

Estas prácticas policiales de resolver todo incidente callejero por la fuerza, y de querer fuesen condenados los que la policía señalaba como autores de los hechos sangrientos ocurridos en las huelgas entre los huelguistas y los reemplazantes de éstos, han sido la causa originaria de los escasos atentados anarquistas que en la Argentina se han producido.

El primero de ellos lo realizó el obrero tipógrafo Salvador Planas.

Una tarde, cuando se dirigía al palacio presidencial desde su domicilio, el doctor Manuel Quintana, presidente de la República, Planas le disparó su revólver, fallándole el tiro por la mala calidad de las balas. El autor del atentado fue detenido y condenado a trece años de penitenciaría, condena que no cumplió por haberse fugado de la penitenciaría a los cinco años del hecho.

El presidente Quintana había promulgado los dos estados de sitio a que en otro capítulo hemos hecho referencia y durante su

gobierno ocurrieron la masacre de obreros rosarinos que se relata en el capítulo titulado “Una emboscada”, así como la carga policial que con motivo de haber pretendido izar una bandera un manifestante el 21 de mayo en la plaza Lavalle de Buenos Aires se realizó y de la cual resultó muerto un fotógrafo.

El presidente quedó ileso, pero su vida fue ya muy breve. Desde el atentado de Planas no tomó parte en ningún acto oficial, y poco después fallecía sin dejar de su gobierno huella alguna remarcable, a no ser la de que gobernó casi permanentemente bajo el estado de sitio.

“LA PROTESTA”

Poco más de dos años han transcurrido desde que *La Protesta* aparece diariamente.

De ese tiempo, más de medio año ha permanecido sin publicarse a causa de los dos estados de sitio que se han producido.

Y en tan relativamente corta vida han desfilado por ella un sinnúmero de redactores.

La primera redacción, aquella que inició la publicación diaria del periódico, duró muy poco.

Le siguió otra de no más durable vida.

Y luego, hubo una tercera, que si bien es cierto permaneció al frente del diario más tiempo, tuvo los dos descansos de los estados de sitio, a la terminación de cada uno de los cuales se reanimaba el entusiasmo por el diario y se hacía más posible su existencia.

La Protesta ha tenido como defecto principal su administración.

Y es que en las filas anarquistas, constituidas por obreros e intelectuales, no es fácil encontrar hombres que reúnan las condiciones de método y orden que la administración de un diario requiere.

Por otra parte los redactores de una publicación anarquista están colocados en una situación poco grata, por cuanto que los lectores son apasionados, toman una injerencia en el diario que resulta molesta, y dados los matices tan varios que entre los anarquistas existen, siempre hay un número considerable de descontentos con la redacción. Otras publicaciones no tienen

nada que temer del público lector. El que lee un diario, si en él encuentra algo que no le gusta, lo pasa por alto y sigue leyendo lo demás. En el campo anarquista las cosas pasan de otro modo.

Lo que no agrada se comenta, se critica y llega hasta promover actos de desagrado. Por esto *La Protesta*, cuando los atropellos policiales no desviaban la atención de los lectores hacia la policía o cuando la agitación obrera era tan poco activa que no distraía a los anarquistas, sufría las consecuencias de la crítica, del espíritu inquieto de los habituales lectores. La tercera redacción del diario consiguió durar gracias a los paréntesis de los estados de sitio y a la importancia de los sucesos que durante su actuación habían ocurrido.

Mas llegó el año 1906, año en general tranquilo y en el cual las hostilidades policiales se concretaron a detener propagandistas y mantenerlos en prisión durante una veintena de días pretextando que llevaban armas, y esto concluyó por no interesar finalmente a diario; se acostumbraron a ello los lectores de *La Protesta* y dejaron de hacer caso a la consiguiente noticia y comentarios del cuchillito misterioso.

Es probable que la redacción estuviera también cansada de la propaganda diaria, asaz pesada, y que descuidase un tanto la confección del diario, en verdad algo deficiente. Sea como fuere, el hecho es que *La Protesta* iba decayendo visiblemente.

Se sostenía a fuerza de préstamos y donativos que las sociedades de resistencia le hacían, pero su circulación era cada vez menor y el disgusto entre los anarquistas iba en aumento.

Un cúmulo de factores contribuía a esta situación y a ella vino a agregarse el haber sido encargado de redactar la crónica de las huelgas y reuniones obreras un miembro del Partido Socialista, que precisamente acababa de ser candidato a diputado nacional. Un diario anarquista que tenía como redactor a un candidato a diputado, a un miembro del Partido Socialista, era algo paradójico. Y es entonces cuando se dio el extraño caso de que junto a *La Protesta* que no podía sostenerse, pudiese vivir un periódico anarquista *-Fulgor-* mal redactado y presentado con dudoso gusto.

En agosto de 1906, un núcleo de anarquistas indicó a la redacción la conveniencia que había para la continuidad del

diario, de que cediera su lugar a otros elementos. La redacción tomó en cuenta lo indicado y resolvió entregar *La Protesta* a la Federación Obrera.

Aunque la Federación había en todo tiempo marchado de acuerdo con *La Protesta* y para todos el diario era un órgano oficioso de ella, la resolución de los redactores o mejor dicho del director fue acogida con general desagrado y protesta.

La Federación tenía un matiz anárquico, pero en su esencia era un organismo obrero, dentro del cual había trabajadores sin ideales sociológicos y había socialistas. *La Protesta*, como diario perteneciente a la Federación, corría el riesgo de dejar de ser una publicación anarquista, a nada que predominasen en ella otros elementos que no tuvieran el ideal anárquico.

Entre los mismos anarquistas de la Federación se tuvo esto presente, y en una reunión a la que asistieron delegados de las sociedades de resistencia y de grupos anarquistas, se resolvió que el diario continuase siendo independiente de la Federación, se nombraron los nuevos redactores, se suprimió el cargo de director por considerarlo un tanto autoritario en un organismo tan característicamente anárquico como debía ser el diario destinado a propagar los ideales anarquistas y se nombró un comité administrativo que regulase la marcha de la administración, hasta entonces sin control de ninguna especie.

Se inauguró entonces una nueva vida para *La Protesta*, sin que sin embargo se lograra regularizar debidamente su administración, pues el comité administrativo, a pesar de su buena voluntad, se encontraba en las mismas inadecuadas condiciones que habían en general caracterizado a los diversos administradores que habían tenido el diario: carecían de competencia. *La Protesta*, con un tiraje de cerca de dos mil ejemplares, arrasaba una vida lánguida, mísera, y todavía durante un tiempo continuó lo mismo; pero poco a poco fue mejorando su estado económico y logró tener una tirada de cinco mil ejemplares, lo que si bien no le aseguraba por completo la vida permitía que se desarrollase mejor. Y con esa cifra permaneció mucho tiempo, casi todo el año 1907, recibiendo después un nuevo impulso que la llevó a tirar nueve mil ejemplares, alcanzando en 1910 a quince y dieciséis mil diariamente, hasta que los sucesos del centenario impidieron su publicación.

En 1907, *La Protesta* inauguró una máquina rotativa, elemento de progreso que fue de incalculable valor para su desarrollo. La nueva máquina, que reemplazó al pequeño artefacto en que se imprimía el diario desde su fundación, fue adquirida por suscripción entre los anarquistas, suscripción iniciada a consecuencia de un notable artículo del redactor Lorenzo Mario (Ernesto J. Ortir), cuya pluma brillante sabía conmover hondamente.

En ese artículo explicaba por qué muchos días *La Protesta* llegaba tarde a los suscriptores, y contaba cómo se quejaba, cómo gemía la vieja máquina, que también, como los obreros ancianos, necesitaba reposo.

El éxito del artículo del malogrado camarada no es para referido. En pocos días se reunió gran cantidad de dinero y *La Protesta* pudo adquirir una rotativa, con la cual no había que temer tropiezos ni atrasos, por mucho que su tirada diaria aumentase.

En el Partido Socialista se había producido una escisión. Un grupo de jóvenes instruidos y entusiastas quedaron fuera del Partido al cual habían intentado modificar su marcha.

Estos daban mayor importancia a la acción gremial que a la política, y consideraban que en el Parlamento los socialistas debían ante todo hacer labor obstruccionista.

El Partido no lo entendía así. Tenía un diputado en el Congreso, el doctor Palacios, elevado al cargo por una condescendencia del gobierno, que permitió se presentaran tres candidatos gubernistas por la misma circunscripción, lo que naturalmente fraccionó mucho sus fuerzas, y gracias a los votos de otras agrupaciones partidistas de oposición que se plegaron a la candidatura socialista, convencidos de que únicamente con un mismo candidato podrían vencer al gobierno, a pesar de tener éste tres candidatos.

La minúscula minoría socialista había ido sosteniendo el programa del Partido en el Congreso, frente a la enorme mayoría gubernativa, lo mejor que a su representante le había sido posible.

Los disidentes socialistas entendían que el doctor Palacios debería haber procedido de otro modo, y afirmaban que en lo sucesivo era necesario que el Partido se cuidara preferentemente de la organización obrera, despreocupándose de la política, que había llegado a ser casi por entero la exclusiva preocupación de los socialistas. Separados del Partido, constituyeron una agru-

pación que denominaron sindicalista, adoptando el nombre que en Francia e Italia habían tomado los partidarios de la organización gremial.

Los sindicalistas argentinos dirigieron su vista hacia la Federación.

Vieron en ella un organismo sindical que respondía en gran manera a sus concepciones de lucha, e intentaron realizar una fusión con los escasos gremios que constituían la Unión General de Trabajadores, y que aun siendo un organismo de origen socialista se manifestaba en general más afín a los sindicalistas que a sus antiguos organizadores.

En la Federación había causado entusiasmo la idea de refundir en un solo cuerpo las dos grandes asociaciones obreras del país. Se vio así la posibilidad de incorporar al mismo una gran cantidad de sociedades obreras que permanecían independientes, sin incorporarse ni a una ni a otra entidad, pretextando el hecho de ser dos y no querer elegir ninguna en menosprecio de la otra, y en realidad porque los anarquistas y socialistas que en esas sociedades había preferían siguiesen autónomas antes que el empeño en adherirlas a uno u otro organismo federativo hiciera que se desmembraran.

Empero había un obstáculo, o mejor dicho varios, para que tal fusión se realizase. Por un lado, los sindicalistas eran, para la Federación, sospechosos de socialismo, por haber pertenecido al Partido Socialista hasta hacía muy poco y por mantener en las bases de la agrupación que habían constituido la acción parlamentaria.

Por otro lado, los sindicalistas atacaban frecuentemente los ideales anarquistas y declaraban que los organismos obreros no debían tener ideologías.

Como es natural, con estos antecedentes no era posible esperar se realizase una fusión en la que había de entrar en primer término un fuerte núcleo de anarquistas. Entre sindicalistas y anarquistas se trabó una lucha feroz.

Se discutió y controversió cuanto de humano había discutible.

La lucha de clases, el materialismo histórico, la importancia de los hechos, la influencia de las ideas, todo, en fin, lo que constituye el fondo del marxismo y las teorías anárquicas, fue desmenuzado con pasión y encono, llegándose de una y otra

parte a toda clase de exageraciones y a emplear el insulto y la injuria cuando el argumento no bastaba o no llegaba a tiempo a la pluma o la palabra.

La agitación de aquellos días era extraordinaria.

Por todas partes no se oían más que discusiones y apóstrofes.

Vida intensísima, aquella en que se debatían dos doctrinas con la pujanza que dan la pasión y el amor propio.

Las sociedades obreras, los centros, los cafés, las redacciones de los periódicos, los salones en que se daban veladas, funciones y conferencias se habían convertido en verdaderos campos de Agramante. Por fin, los sindicalistas llegaron a comprender que no era el mejor modo de realizar la fusión que prestigiaban aquel constante batallar, injuriar y atacar a los anarquistas en sus ideales, y se avinieron a transigir, a modificar sus pretensiones primeras, a admitir que en las sociedades obreras se pudiese hacer propaganda ideológica, libertad ésta que querían negar a los anarquistas.

Colocados en este terreno fue ya más fácil llegar a celebrar el congreso de fusión, y éste tuvo por fin lugar. En los anarquistas había quedado subsistente el recelo.

Se sospechó que el grupo sindicalista pretendía introducirse en la Federación para finalmente conseguir la anulación de la propaganda anarquista hecha en los gremios desde hacía casi veinte años, y se procuró que las bases del futuro organismo federal constituido por la Federación, la Unión General de Trabajadores y las sociedades autónomas fuesen en un todo las mismas que tenía la Federación Obrera Regional Argentina.

Se contaba para esto con la superioridad numérica de las sociedades que constituían la Federación, y se tenía por descontado el éxito.

Las sesiones del congreso de fusión atrajeron un público enorme. La misma prensa burguesa prestó gran atención a aquel acto, alrededor del cual hacía tiempo se había producido gran agitación y por cuyo desarrollo y fin existía intensa expectativa.

En el congreso tomaron parte, en calidad de delegados, socialistas, sindicalistas y anarquistas.

Las sesiones fueron tumultuosas.

Varias veces estuvo a punto de fracasar el acto ruidosamente.

Los delegados socialistas, cuando vieron que la acción política era por completo rechazada, se retiraron.

Quedaron solos sindicalistas y anarquistas, y ya estaban aprobadas casi del todo las bases del nuevo organismo cuando una moción de un delegado anarquista vino a servir de punto de ruptura entre unos y otros. La moción consistía en la incorporación a las bases federativas de una cláusula por la cual en las sociedades obreras se recomendaba hacer propaganda antipolítica y divulgar en cambio los principios del comunismo anárquico.

Un congreso de la Federación había ya en otro tiempo incorporado a sus acuerdos una moción semejante, y su repetición en éste no tendía más que a dar a la nueva asociación idéntico carácter que el que tenía la F.O.R.A., tal como entre los anarquistas se había convenido.

Los sindicalistas no quisieron continuar más tiempo en el congreso y se retiraron en medio de grandes protestas, provocándose un enorme tumulto.

El congreso quedó así terminado, sin que se realizara la fusión, cuyos preliminares habían durado más de un año

EL AÑO DE LAS HUELGAS

Las discusiones teóricas, las polémicas, las controversias y, en una palabra, la batalla trabada entre sindicalistas y anarquistas, no fue un obstáculo para las luchas gremiales.

El año 1907 fue el más fecundo en huelgas, desde que el movimiento obrero había tomado carta de naturaleza en la vida argentina.

Dos grandes paros generales se llevaron a cabo en el país: de solidaridad, el uno, con los cocheros de Rosario, que se habían declarado en huelga protestando contra una ordenanza municipal, y de protesta, el otro, contra la marinería de la Armada, por sus atropellos contra los huelguistas de Bahía Blanca, a que en otro lugar nos hemos referido.

La importancia de esos dos grandes actos colectivos no fue sin embargo lo más característico del año.

Por primera vez en la República se verificó un paro de ferrocarriles completo, por haberse solidarizado los maquinistas y fogoneros de todas las líneas férreas con sus compañeros de la

provincia de Mendoza, que se declararon en huelga protestando contra ciertas disposiciones de la empresa ferrocarrilera del Gran Oeste Argentino.

El paro de los ferrocarriles sorprendió a todo el mundo, porque, aun estando organizados, aun teniendo constituida una asociación gremial, era ésta de un carácter tan marcadamente conservador, basada como estaba en el socorro mutuo, y tan alejada se hallaba de las demás sociedades obreras, que nadie esperaba se produjese una huelga ferrocarrilera.

Además, los maquinistas estaban remunerados lo suficiente para que la vida les fuese cómoda, y en su mayoría eran pequeños propietarios, dueños, por lo menos, de las casitas independientes en que habitaban.

Los que han reducido la cuestión social a un problema de pauperismo, creyendo que únicamente razones de hambrientos pueden mover a los hombres en sus actos, fueron sin duda los más sorprendidos por esta huelga de ferrocarriles, de esos maquinistas a quienes impulsó al paro un alto espíritu de solidaridad, y que no vacilaron ni ante el riesgo que para su relativamente buena posición representaba la huelga. Todavía se produjo otro acto social de mayor trascendencia aún.

Nos referimos a la llamada huelga de inquilinos.

Buenos Aires es una ciudad que crece desmesuradamente.

El aumento de su población es extraordinario por preferir la mayor parte de los inmigrantes quedarse en ella a ir a vivir al interior del país, cuya fama es desastrosa. Las pésimas policías de la campaña, la verdadera inseguridad que existe en el campo argentino, del que son señores absolutos los caciques electorales, influyen en el ánimo de los europeos, aun sabiendo que hay posibilidad de alcanzar una posición económica desahogada con mucha mayor facilidad que en la Capital, a quedarse en ésta, en la que de todas maneras hay más seguridad, mayor tranquilidad para el espíritu.

La edificación no progresa lo suficiente para cubrir las necesidades de la avalancha inmigratoria, y esto hace que los alquileres sean cada día más elevados y que para alquilar la más mísera vivienda sean necesarios una infinidad de requisitos. Si a un matrimonio solo le es difícil hallar habitación, al que además tiene hijos le es poco menos que imposible, y más imposible

cuantos más hijos tiene. De ahí que las más inmundas covachas encuentren con facilidad inquilinos, ya que Buenos Aires no es una población en la que sea dado andar eligiendo. Esa misma carestía, consecuencia de la escasez de habitaciones, ha hecho que las familias se habitúen a vivir en una sola habitación de cuatro metros por otros cuatro o cinco, en la que hay que comer y dormir, revueltos padres e hijos, y en la que las mujeres tienen que estar metidas el día entero respirando una atmósfera mefítica de la que nunca desaparecen los olores de los alimentos y el vaho de la respiración.

Y es imposible aspirar, al menos los trabajadores, a tener dos o tres piezas, pues el alquiler de una les insume la tercera parte del jornal mensual.

Desde muchos años atrás esta formidable y casi insolucionable cuestión de las viviendas había sido tema de batalla para los oradores de mitin.

Socialistas, anarquistas y hasta algunos políticos sin contingente electoral habían en todo tiempo clamado contra la suba constante de los alquileres, excitando al pueblo, ora a la acción directa, ora a la electoral, según que el orador era un anarquista o tenía tendencias políticas. Parecía que la población bonaerense se hubiese acostumbrado a mal vivir, y que toda la prédica había caído en el vacío, pero así como los maquinistas no escaparon al contagio huelguístico, demostrando con el paro que realizaron que la idea de solidaridad había arraigado en sus cerebros, así los inquilinos de Buenos Aires probaron con los hechos que la propaganda en contra de los alquileres y en pro de la huelga de inquilinos no había sido perdida. Un buen día se supo que los vecinos de un conventillo habían resuelto no pagar el alquiler de sus viviendas en tanto que el propietario no les hiciese una rebaja. La resolución de esos inquilinos fue tomada a risa y chacota por media población. Pronto cesaron las bromas.

De conventillo a conventillo se extendió rápidamente la idea de no pagar, y en pocos días la población proletaria en masa se adhirió a la huelga.

Las grandes casas de inquilinato se convirtieron en clubes.

Los oradores populares surgían por todas partes arengando a los inquilinos y excitándolos a no pagar los alquileres y resistirse a los desalojos tenazmente. Se verificaban manifestaciones callejeras

en todos los barrios, sin que la policía pudiese impedirlos, y pronto, con un espíritu de organización admirable, se constituyeron comités y subcomités en todas las secciones de la Capital.

En los juzgados de Paz las demandas por desalojo se aglomeraban de un modo que hacía imposible su despacho. Empezaron los propietarios a realizar algunas rebajas, festejadas ruidosamente por los inquilinos, y sirviendo de incentivo en la lucha a los demás.

En algunas casas de departamentos, habitadas por personas que no podían considerarse como proletarias, inicióse también la resistencia al pago de los alquileres, amenazando convertirse la llamada huelga de inquilinos en algo formidable, en una especie de revolución, en un atentado serio contra el derecho de propiedad, ese derecho que hace de un propietario un señor feudal, un dueño absoluto sobre el que nada puede, ni aun la necesidad de vivir, el derecho a la vida inherente a todos los humanos, que es el primero de todos los derechos, porque en él reposa la vida, es la vida misma.

Las autoridades, como siempre, contemplaron los sucesos sin tomar otras disposiciones que la de mandar refuerzos policiales a las calles en que tenían conocimiento se había organizado una manifestación.

Mas el problema se agravaba; se iba convirtiendo en conflicto, y entonces resolvieron intervenir de la única manera que le es dada, del único modo que está en su mano, porque es para lo que únicamente tienen condiciones: reprimiendo violentamente.

Un gran grupo de anarquistas, entre los que figuraban dos redactores de *La Protesta* Roberto D'Angló y Mariano Forcat, fue encarcelado y deportado a Europa, en virtud de la famosa ley de residencia.

El jefe de policía empezó a visitar los grandes conventillos, haciendo presión sobre los inquilinos, amenazándolos con prisiones y deportaciones, y la resistencia empezó a decaer.

Fueron desalojados de sus viviendas algunos inquilinos, utilizándose para llevar a cabo los desalojos al cuerpo de Bomberos, originándose en uno de los inquilinatos un choque con la fuerza armada del que resultó muerto un transeúnte llamado Miguel Pepe, que tuvo la desgracia de encontrarse en el lugar del conflicto.

El entierro de Miguel Pepe, colosal, extraordinario, convertido en grandiosa manifestación de protesta, fue, puede decirse, el último acto de la huelga de inquilinos, que duró casi tres meses. Las deportaciones de anarquistas y la muerte de Miguel Pepe hicieron entender a los habitantes de Buenos Aires que la policía estaba dispuesta a todo para concluir con la huelga, y ésta se terminó, realizando numerosos desalojos el cuerpo de Bomberos provisto de las mangueras para inundar las habitaciones en que se encastillaban algunos, y con los máusers prontos a hacer fuego al menor conato de resistencia violenta.

Durante varias semanas la población presentó un aspecto extraño. Por todas partes se veían piquetes de bomberos y agentes del Escuadrón corriendo de aquí para allá, realizando atropellos.

La multitud no está en vano constituida por individuos autónomos, en los que la conciencia social, el espíritu colectivo, está en embrión.

Cada uno mira por sí; teme ser la víctima entre todos, y cobardemente cede. Es el instinto de conservación predominando sobre todo razonamiento.

La huelga de inquilinos vencida, más bien empeoró la situación de los vecinos de la capital argentina, puesto que los propietarios reforzaron las cláusulas de los arrendamientos para que no fuese posible perdieran alquileres, en el supuesto de que el movimiento volviese a reproducirse, ya que por lo menos los meses que duró la huelga no los cobraron.

UN BAÚL CON EXPLOSIVOS

La Federación permaneció impasible ante las deportaciones efectuadas con motivo de la huelga de inquilinos y los atropellos realizados con los huelguistas.

Pocas veces hubo un ambiente más propicio para realizar un acto de solidaridad con los inquilinos, ni tan oportuna ocasión había para realizarlo.

Empero el Consejo Federal se dejó influenciar por los sindicalistas, que sostenían la conveniencia de aplazar la huelga general en señal de protesta por los actos policiales para más adelante, dando así tiempo para poder hacer una activa propaganda en pro del paro.

Demasiada propaganda había en los hechos que se estaban produciendo, sin que necesaria fuese la oral, que si en algunas ocasiones es eficazísima pierde su influencia cuando las circunstancias determinantes pasan, calmándose los espíritus.

Los sindicalistas, consejeros del Consejo Federal de entonces, fueron en aquella ocasión inconsecuentes con sus mismas teorías, ya que para ellos la propaganda ideológica carece de virtualidad y el móvil de todas las acciones son los hechos mismos.

Un hecho engendra otro u otros hechos.

Esta es su tesis, cierta en muchos casos, y que no es óbice para que las ideas sean engendradoras, a su vez, de hechos, pudiéndose decir con entera exactitud que un hecho lo que engendra es la idea de realizar otros hechos, sirviendo así la idea de intermediario entre unos hechos y otros, siendo efecto y causa a la vez.

Dejando estas digresiones aparte, que por el momento carecen de objeto, el caso es que la Federación declaró la huelga general para dos meses después, para el 13 de enero de 1908, plazo que sirvió para que los ánimos decayesen, para que contra la misma declaración de huelga se pronunciasen algunos anarquistas relacionados íntimamente con los sindicalistas, y para que finalmente el paro llegase a ser el más mediocre de los realizados en la Argentina.

Contribuyó sin duda a este resultado también la acción policial, más eficaz de lo que a primera vista parece en el movimiento obrero de la República.

La policía tiene organizado un servicio completo de confidentes en todas las sociedades obreras y en cuantas agrupaciones anarquistas ha podido introducir algún elemento suyo o sobornar a algún miembro de ellas.

Esos confidentes están encargados de informar a la policía de cuanto oyen en los organismos obreros, y al mismo tiempo de lanzar iniciativas, verter especies calumniosas e insinuar insidiosamente desconfianzas respecto a los hombres más activos en la organización y la propaganda.

En el proletariado es tarea fácil conseguir esto.

Hay en unos poca perspicacia.

Tienen otros un carácter envidioso que los lleva a ver con desagrado la influencia que algunos logran alcanzar.

En suma, entre los obreros hay quienes tienen las mismas pasiones y bajos sentimientos que se observan en los hombres de las demás clases sociales, agravados con una mayor incultura y una menor agudeza. La policía consigue con esos agentes saber, no solo lo que se proyecta, lo que por lo común entre los trabajadores es el secreto a voces, cosa harto natural, ya que rara es la vez que tienen algún propósito que requiera extrema reserva, sino quiénes entre los propagandistas están enemistados, cuáles son los defectos y cualidades personales de cada uno de ellos y qué chismes circulan con mayores o menores visos de verosimilitud.

Nada más fácil entonces que atizar las pasiones y hacer creer la chismografía, obteniendo así a lo mejor la retirada del campo de la lucha de algún buen elemento o la anulación de otro por desconfiar de él los demás.

Ese servicio de confidentes facilitó a la policía el conocimiento de la existencia de un baúl conteniendo ingredientes químicos apropiados para fabricar explosivos.

Que la policía sabía esto hacía mucho tiempo es indudable.

Lo calló y dejó que tales elementos continuasen en poder ya de unos ya de otros, sin procurar secuestrarlos.

Esperó un momento apropiado para dar al secuestro toda la resonancia teatral a que la vanidad de la policía es tan apegada.

Y contó al mismo tiempo con que realizando el descubrimiento en momentos propicios, podría influir en el fracaso de cualquier acto colectivo.

De este modo, en la noche del 12 de enero de 1908, víspera de la huelga general declarada por la F.O.R.A. como acto de protesta contra la actitud policial en la huelga de inquilinos, secuestró en el local de la Sociedad de Resistencia de Obreros Caldereros los ingredientes químicos aludidos, deteniendo al secretario del Consejo Federal y a otros dos obreros que con él allí estaban.

La detención se realizó con acompañamiento de periodistas y fotógrafos, con lo cual al amanecer del día 13 los diarios publicaron el descubrimiento sensacional de la policía, agregando al relato rotograbados espeluznantes de frascos, embudos de cristal, paquetes, recortaduras de hierro, etcétera.

A la misma hora, en Rosario hacía explosión un petardo de pólvora, elevado a la categoría de bomba de dinamita por

la información policial, y que apenas si destrozó una pequeña partícula de revoque en el edificio de un colegio regentado por monjas.

El autor de esta explosión no fue descubierto jamás.

Con tales noticiones en los diarios, y los antecedentes que hemos mencionado, nada de extraño es que la huelga general fuese un simple conato.

Los trabajadores se asustaron, vieron la posibilidad de que se considerase la huelga algo así como un acto de complicidad con la labor de los terroristas, y los pequeños grupos que en la mañana del 13 no fueron a sus tareas habituales lo hicieron por la tarde.

El día 14 puede asegurarse que la huelga general no era ya ni huelga individual.

LA GUERRA

Un enorme descontento nótase en la clase obrera.

Hay desaliento, desgano, desorganización. El año se ha iniciado de mala manera. La huelga general fracasada; el descubrimiento de explosivos en poder del secretario de la F.O.R.A., en forma tal que para muchos se trata de un complot policial: las disensiones entre anarquistas y sindicalistas reproducidas nuevamente con tanta o más crudeza que antes, hacen del momento un engendro de hastío y cansancio. En los talleres del F. C. del Sud están los obreros en huelga.

La lucha contra la poderosa empresa es difícil.

Menudean los conflictos entre los huelguistas y sus reemplazantes.

Una tarde, en un tren de obreros, bajo uno de los asientos de un coche, una mano anónima coloca una canasta conteniendo una bomba de las llamadas de reloj.

Cuando el convoy está en marcha, el artefacto hace su obra destruyendo la vida de un obrero e hiriendo a otros varios.

La bomba se ha incorporado a los conflictos entre obreros y patronos, a las luchas gremiales de la Argentina.

Anteriormente se usaba el palo, que lastima; después se apeló al cuchillo, como en el caso de la Panadería de la Princesa; luego, reunidos los rompehuelgas del puerto con revólveres, las contiendas entre unos y otros se resuelven a tiros.

Ahora le llegó su turno a la bomba. Sigue el progreso en la matanza.

Las exhaustas venas del proletariado derraman el líquido vital en una lucha sin fin contra la policía y en esas internas cuestiones entre los que quieren mejorar su condición y los que hambrientos e ignorantes aprovechan los claros que la huelga deja en los lugares de trabajo para satisfacer sus más imperiosas necesidades. ¡Cuántas muertes! ¡Cuántos hogares doloridos!

Y principalmente, es el puerto de Buenos Aires el que mayor número de víctimas tiene a su cargo.

La Sociedad de Resistencia de Estibadores, casi destruida, es impotente ya para luchar contra los grandes capitalistas.

El puerto ha pasado de hecho a manos de la sociedad patronal, organizada con elementos traídos del interior del país y con los que huyendo de la guerra civil, enfermedad endémica de la República Oriental del Uruguay, se ven en la dura necesidad de acogerse a cualquier trabajo para mitigar su miseria.

El hambre y la más completa inconsciencia, luchando contra el espíritu reivindicador de los obreros asociados y vencidos. Y las bombas siguen.

En enero se sorprenden los preparativos de Lourido, secretario de la F.O.R.A., Cotti y Serrano.

En el mismo mes estalla la bomba del Ferrocarril del Sud.

En febrero, Solano Regis atenta contra la vida del presidente de la República, Figueroa Alcorta, arrojándole una bomba que por su defectuosa construcción no estalló. Y, además, en el mismo año disuelve en el Tandil una función teatral la policía, asaltando a tiros al público, en tanto que en Rosario un patrón mata a golpes a un obrero, secundado en su obra por la policía y logrando que cuando la justicia intervino desapareciese el cadáver del cementerio, imposibilitando el reconocimiento médico.

Hay publicistas que creen necesaria, de una imprescindible necesidad, la guerra. Dan a ésta como un factor de primer orden para la formación del carácter, para la misma persistencia del hombre sobre la tierra.

Y hay quienes la consideran tan natural, quienes ven en la Naturaleza misma la raigambre de la guerra, de tal modo que consideran que ir contra la guerra es tanto como ir contra la Naturaleza misma.

Entendemos que los respetables panegiristas de la guerra se referirán a estos violentos cuerpo a cuerpo, a estos entreveros espontáneos de hombres, en que cada uno pone toda su furia para vencer.

Ahí sí que se ve obrar a la Naturaleza; ahí sí que se forman caracteres, caracteres medrosos de los que huyen, caracteres ruines de los que para herir se esconden en lo más oscuro, caracteres violentos e impetuosos de los que arrollan de frente sin mirar cuántos son los que se les oponen.

Y suponiendo que este luchar directo no modifique el carácter prístino, es probable que sus sucesores tengan más acentuadas las cualidades de fugitivos, de tenebrosos o de impulsivos de sus progenitores.

Porque no cabe admitir que los proclamadores a voz en cuello de la guerra supongan que es la guerra de las naciones armadas hasta los dientes, en las que los enemigos no se ven y en la que el acto de matar se reduce a mover automáticamente un cerrojo sin saber siquiera si se enterró el proyectil en el suelo o destrozó media docena de hombres; la guerra que forma caracteres, la guerra necesaria.

Esa guerra creará autómatas, disciplinará hombres, convertirá a éstos en seres inconscientes, sin iniciativas, prontos a moverse al silbido del oficial.

Trabajo mecánico como el de una fábrica no puede formar caracteres, ni mucho menos.

No teman, no, los panegiristas de la guerra, los que creen que la influencia de ésta es necesaria para el fortalecimiento de la especie, para el desarrollo de las cualidades humanas de lucha y supervivencia. La guerra existe.

Todos los días son de guerra.

Y de guerra de verdad, con todas sus crueldades, con todas sus violencias, con todas sus mañas.

Es la guerra del cuerpo a cuerpo, la que estimula condiciones y cualidades, la que se produce a diario a despecho de la paz armada oficial de las naciones. En esas contiendas entre obreros y obreros, entre proletarios y policías, hay víctimas, hay emboscadas, hay choques que forman caracteres y destruyen hogares y vidas. ¿Acaso alguna guerra puede igualar a ésta de todos los días, de todos los momentos, que dura años y años y cuyo fin no se vislumbra?

Porque si en la Argentina ocurre lo que dejamos relatado, siquiera sea sucintamente, pasando por alto detalles y aun sin mencionar los choques diarios, esos choques que ya pasan desapercibidos a fuerza de ser el pan nuestro de cada día, lo mismo sucede en los demás países, porque en todas partes hay huelgas y obreros y policías, y rompeshuelgas.

Vivimos en huelga permanente, continua. Es difícil decir de un país que durante una semana siquiera no haya habido en él ni una huelga.

Y la huelga es la guerra.

Es un verdadero estado de guerra.

Y de guerra natural, sin todos esos disfraces de la guerra oficial, que la desfigura y le hacen perder sus características humanas, para transformarla en una función de mecánica.

Estamos en guerra; en plena guerra social.

POR LA PAZ SOCIAL

El jefe de policía de Buenos Aires, coronel Falcón, entendió que era necesario pacificar la República.

Había presenciado la huelga de inquilinos y tomó en ella activa participación.

Una gran cantidad de hechos violentos se produjeron durante su mando, y considerándose por su puesto el llamado a mantener el orden público, ya que se había convencido de que para ello no bastaba la acción de los bomberos, vigilantes y agentes del escuadrón, creyó del caso pedir al gobierno dictase una ley que llevara la deseada calma a toda la República. Esa ley no tocaba para nada la cuestión de los alquileres, ni se refería a la jornada de trabajo, ni a los salarios, ni a nada en fin que tuviese atinencia con las huelgas.

Esa ley reclamada por el coronel Falcón era una ley de imprenta.

Creó ver en la publicación de artículos periodísticos la causa de los movimientos obreros y la razón de ser de los actos violentos.

No pensó, no se detuvo a pensar, de dónde procedían los actos violentos de las fuerzas policiales y del mismo Ejército, a quienes sin duda no era posible achacar obrasen a influjo de la

prensa avanzada ni de ningún impreso periodístico, ya que nadie los excitaba a la violencia en contra de los trabajadores.

No vio las causas inmediatas de todos los actos colectivos, esas causas que residen en el malestar económico de los unos y el lujo de rastacueros de los otros, y una infinidad de factores de orden económico, independientes en absoluto de la prédica de los propagandistas.

No vio más que al periodismo que criticaba sus proceder y los de sus subordinados y contra él fue en un célebre proyecto ley que propuso al gobierno prohijara.

La opinión pública se pronunció abiertamente contra ese proyecto. Los mitines se multiplicaron.

Toda la prensa protestó contra la tentativa liberticida, y el gobierno abandonó el famoso proyecto.

Por una vez siquiera se tuvo en cuenta el precepto constitucional de la Argentina que al consagrar la libertad de imprenta prohíbe expresamente hasta reglamentarla. Los diarios todos vieron la posibilidad que aun yendo la ley de un modo manifiesto contra la propaganda anarquista, podía llegar un día en que se aplicase indistintamente a toda clase de publicaciones.

En las provincias existe un infinito número de partidos políticos locales. Son núcleos capitaneados por caciques, y el que alcanza la gobernación vapulea sin duelo los que quedan abajo. Una serie de pequeñas revoluciones es la historia de las provincias argentinas, serie de violencias vergonzosas, tanto de parte de los que triunfan como de los vencidos.

Dar a los gobernadores provincianos una ley de imprenta equivalía a proporcionarles un nuevo medio de hostilizar a los núcleos opositores.

Hasta sin ley, los empastelamientos de imprentas y el asesinato de los periodistas han sido en el interior del país, y son, vulgar práctica.

No hay comisario de campaña que no considere invulnerable su personalidad, y que deje pasar sin correctivo la menor crítica a sus proceder de funcionario.

Y merecen los tales, por lo común, tantas críticas...

El periodismo argentino tuvo por un momento la clarividencia del porvenir, presintió las consecuencias que la ley de imprenta podía acarrear en un país en que los gobernantes son

propensos en demasía a alzarse con toda la suma del poder público. Los constitucionalistas que redactaron la Constitución Nacional habían sufrido la tiranía de Rosas, habían pasado por aquel período de opresión política en que a las plumas no les era dado escribir nada que no fuesen halagos al dictador, y rodearon la libertad de imprenta de toda suerte de defensas para que no se pudiera, sin pasar por encima de la misma Constitución, –pobre valla al fin para los gobernantes que cuentan con las bayonetas y los cañones–, coartarla.

Y triunfó el buen sentido, pasando el proyecto de ley de Imprenta del jefe de policía de Buenos Aires a la reserva, al depósito en donde se guardan los trastos inservibles, hasta que una oportunidad los hace utilizables.

Desgraciadamente, la ocasión llegó.

LA ODISEA DE SERRANO

El juez ordenó su libertad.

¿Cómo? ¿En libertad? No puede ser. Alguna equivocación, dijeron en la policía. Y antes de largar al preso fue enviado al mismo despacho del juez un empleado para que averiguara si en verdad había decretado la libertad de Serrano. Serrano era un muchacho que estaba durmiendo en el local de la Sociedad de Caldereros, cuando lo allanó la policía para secuestrar los explosivos que allí había destinados a... hacer fracasar la huelga general de enero de 1908. El juez no logró comprobar la complicidad de Serrano.

Lourido declaró que los tres, él, Cotti y Serrano tenían el propósito de hacer volar los depósitos de las aguas corrientes y unos cuantos edificios públicos más. Serrano lo desmintió; afirmó que él no sabía nada; que cuando la policía invadió el local, dormía, y en un careo hizo que Lourido le descartase del complot, de aquel complot terrorista para cuya realización contaban con materiales químicos –según el análisis oficial– inservibles.

Y el juez ordenó la libertad de Serrano.

La policía tuvo que rendirse a la evidencia, y lo libertó.

Pero no completamente.

A los pocos metros de la puerta de la prisión, lo hizo detener de nuevo. Serrano se resistió.

Se lió a golpes con los empleados de la policía de investigaciones.

Se arrojó al suelo y promovió un escándalo que hizo intervenir a la policía uniformada, a los agentes de servicio.

– Llévenme a la comisaría –dijo a los guardias.

Pensaba con esto salir de la jurisdicción de la policía de investigaciones, cumplir la pequeña condena que se aplica a los detenidos por escándalo y lograr así finalmente una libertad, que veía problemática.

Los pesquisas insistieron en llevarlo a investigaciones, y los agentes obedecieron. Fue encerrado en un calabozo subterráneo sin dejarle ropa alguna que hiciese las veces de cama.

Pasó un día, dos, tres, y siguió así en incomunicación más absoluta, sin que la policía ni los jueces, ni nadie le interrogara.

Cansado, resolvió no comer.

Rechazó la comida una y otra vez, hasta que se apoderó de él una fiebre altísima. Fue sacado de allí en un estado de postración alarmante, y conducido a un hospital con la consigna especial de “incomunicado”. La madre de Serrano andaba como loca buscando a su hijo.

En la prisión contestaban que había salido en libertad.

En el juzgado le afirmaban lo mismo.

La policía sostenía que no sabía de él. El hospital no es un calabozo subterráneo. La incomunicación en donde hay varias personas no es, no puede ser absoluta. La madre del preso llegó a tener noticia de su hijo.

Y Serrano fue trasladado otra vez a la oficina de investigaciones y remitido a otro hospital; al de enfermedades infecto-contagiosas.

Se le encerró en la sala de tuberculosos. Escandalizó, quiso maltratar con sus débiles fuerzas a los enfermeros y logró lo trasladaran a la sala de enfermedades de la piel, junto con los sífilíticos.

Permaneció allí varios días.

La comunicación con la calle era en aquel local de aislamiento más difícil. El director del hospital constató que no tenía enfermedad alguna, y mucho menos de carácter infeccioso, y que la extrema debilidad que la “huelga de hambre” le había causado iba desapareciendo con la alimentación del establecimiento.

Ordenó le remitieran a investigaciones de nuevo, y allí retornó el preso sin causa ni proceso.

Pasó la noche en un calabozo de las azoteas del Departamento, y al día siguiente fue definitivamente puesto en libertad. La prisión no le había vuelto loco, ni le había hecho contraer una enfermedad aguda, ni siquiera adquirir la tuberculosis o la sífilis.

En Montjuich se torturaba bestialmente a los presos inculpados de terrorismo. En Buenos Aires, un auto de juez declarando la inocencia de un detenido, su inculpabilidad, servía a la policía de base para, sin brutalidad, muy refinadamente, enviar un muchacho, casi un niño, a calabozos insalubres y a hospitales que son antesalas de la muerte...

LA MASACRE

Un extraño sino dijérase presidía los actos oficiales del país. Cuando los conflictos no tenían su origen en el eterno alegato de obreros y patronos por diferencia en las condiciones del trabajo, partía de las alturas alguna disposición inconsulta, alguna medida inoportuna y no de gran necesidad que soliviantaba los ánimos de los trabajadores y era causa de protestas y trastornos.

La policía bonaerense había pretendido identificar a todos los habitantes del país por medio del sistema dactiloscópico. Fue esta pretensión uno de los tantos proyectos de Falcón, como el de suprimir el derecho de manifestación pública, el de hacer que los transeúntes conservaran la derecha en las aceras de las vías públicas y tantos otros por el estilo que terminaron en el mayor fracaso.

El plan de identificación era precisamente con el que más encariñada estaba la policía. Y ya que no pudo hacer adoptar la cédula de identidad para todo el mundo, pretendió que a lo menos los conductores de vehículos no pudieran ejercer su profesión sin previa identificación dactiloscópica.

El argumento de fuerza aducido por la policía consistía en la necesidad de impedir que la gente de “mal vivir” pudiese desempeñar puestos de cocheros y conductores de carros, con lo que decía se evitarían o dificultarían muchos robos.

En el fondo, esto equivalía a declarar la inutilidad de la policía, y muy principalmente de la de investigaciones, ya que ni los cocheros ni los carreros van tan escondidos que les sea imposible a los pesquisas reconocerlos.

Por lo visto no servían para nada la galería fotográfica y el reconocimiento a que todo detenido por hurto, robo, estafa, etc., es sometido en las oficinas de la policía secreta, de cuya admirable organización se hacían a menudo lenguas los cronistas policiales de los grandes diarios bonaerenses.

Los gremios de conductores de carros y cocheros protestaron y resolvieron ir a la huelga para hacer imposible la aplicación de la nueva ordenanza municipal, en que el jefe de policía había logrado intercalar la identificación dactiloscópica. Para mayor desacierto se fijó como fecha para la vigencia de la nueva disposición el día 1° de Mayo...

La F.O.R.A. había, como de costumbre, organizado una manifestación pública para el día, legendario ya, de los trabajadores. El acto prometía ser de grandes proporciones.

Los cocheros y carreros, en huelga completa, se habían adherido a la conmemoración del 1° de Mayo, en la que iban a tomar parte casi todos los gremios de la capital.

Se organizaron diversas columnas en diferentes plazas, designándose como punto de concentración para después continuar todos en columna hasta el lugar designado para el mitin: la plaza Lorea. Una de esas pequeñas columnas seccionales vino chocando durante todo el camino con los tranvías, que también, como siempre, seguían circulando, desentendidos sus conductores del todo con los demás gremios obreros.

Sin duda la escasez de fuerzas no permitió a la policía proceder con los manifestantes en el trayecto, pero apenas éstos llegaron a la plaza Lorea, en donde dos piquetes de agentes del escuadrón vigilaban la organización de la columna, unos empleados de la policía de investigaciones que habían acompañado al núcleo obrero de referencia, y presenciado los incidentes ocurridos con los conductores de tranvías, intentaron detener a uno de los obreros. Se produjo un pequeño tumulto y sonó un disparo —el disparo anónimo preliminar de todos los conflictos—, tras del cual los dos piquetes del escuadrón empezaron a hacer fuego en todas direcciones. Ocho, nueve,

diez muertos y un número extraordinario de heridos fue el resumen de la jornada.

Y aquella misma noche la huelga general era proclamada en todas partes, una huelga general en la que el sentimiento herido del proletariado había de manifestarse en toda su fuerza.

Fue una semana entera de lucha.

Se sentían las detonaciones de las armas de fuego a cada instante, en todos los barrios, hasta en las calles más centrales. Una bomba estalló en el momento en que el motorman del tranvía en que había sido depositada, bajaba la canasta que la contenía a la acera, receloso por el tictac de reloj que dentro de ella se percibía. La explosión mató a un niño e hirió a varias personas.

Las prisiones estaban llenas de detenidos y sin embargo la huelga continuaba.

Por fin, para concluir con aquella situación anormal que llevaba camino de producir una gran revuelta, el gobierno pactó con los huelguistas; quedó derogada la ordenanza municipal protestada por carreros y cocheros y fueron puestos en libertad todos los detenidos durante el período huelguístico, hasta aquellos a quienes la policía había prendido por hacer disparos de armas de fuego.

Se esperaba la renuncia del jefe de policía, ya que su destitución no se había resuelto el gobierno a decretarla, pero no se produjo.

El coronel Falcón continuó impertérrito en su puesto, sin pensar ni por un instante que con ello comprometía su vida. Pocos meses después, Radowitzky arrojaba una bomba al carruaje en que iba el jefe de policía juntamente con su secretario, resultando ambos muertos. La tragedia del 1° de Mayo de 1909 tuvo el 14 de noviembre del mismo año su sangriento epílogo.

LA FURIA REACCIONARIA

Conocerse la muerte del coronel Falcón en las esferas policiales y procederse inmediatamente a dar caza a los anarquistas, todo fue uno.

Se decretó el estado de sitio por dos meses, se clausuraron los locales obreros, se asaltó la imprenta de *La Protesta* empastelándose todo y rompiendo cuantas máquinas y enseres estuvo en la fuerza de los empleados de policía romper, y se dio una batida en las calles del barrio en que los rusos más abundan.

Radowitzky, el autor del atentado, era de nacionalidad rusa, y esto llevó a la policía a atropellar a cuantos rusos halló en su gira vengativa, a pesar de que casi en su totalidad los rusos radicados en Buenos Aires son hebreos que huyeron de Rusia para librarse de las matanzas tan frecuentes en el país del zar, y no tienen de revolucionarios ni el más pequeño asomo. En las comisarías se golpeaba a todos los detenidos sin excepción, procedimiento que luego era continuado en la prisión anexa a la oficina de la policía de investigaciones. Después los detenidos eran conducidos a bordo de un buque de guerra, en donde eran recibidos por la marinería a culatazos, resultando algunos presos heridos. La vida a bordo era intolerable. El golpe estaba siempre en el aire. Clasificóse a los detenidos. Los extranjeros fueron embarcados por tanda para sus países natales, después de cortarles el pelo a punta de tijera y de obsequiarles con otra serie de culatazos por las dos filas de marineros que se extendían desde la bodega a la escala de salida del buque de la Armada Argentina. Los hijos del país, los nacidos en el territorio de la Nación, continuaron en la bodega del buque hasta la terminación del estado de sitio, sometidos a dura disciplina, obligados a hacer el ejercicio y golpeados a cada descuido, a cada torpeza en los movimientos militares, a la menor infracción a la disciplina de a bordo. Dos días antes de terminarse el estado de sitio fueron rapados, para que conservaran en tierra el recuerdo de la prepotencia militar.

Y el 16 de enero de 1910, *La Protesta* salía de nuevo a la calle, alcanzando un éxito extraordinario, aumentando su tirada en varios millares y reemplazando el tipo de imprenta con máquinas linotipos.

UN MITIN GRANDIOSO

En la cárcel de encausados se pegaba a los presos.

En todas las cárceles se maltrata.

Como se maltrata en los cuarteles, en las escuelas, en donde quiera que hay una colectividad y unos hombres con mando sobre ella.

Es una fatalidad.

No se puede gobernar, no se puede dirigir, no se puede manejar una multitud si no es con un palo.

Y lo mismo en la calle que en los locales cerrados.

Por eso los gobiernos siempre pegan a los pueblos en cuanto éstos se congregan, forman un conjunto, una multitud, una colectividad.

El gobierno, la autoridad, es siempre, y en todo tiempo, imposición.

Y las imposiciones no tienen virtualidad sin el garrote.

Se dice que los hombres son ingobernables, y por eso hace falta el palo.

No se ve muy clara la necesidad de una institución, su utilidad y ventajas, que para existir necesita imponerse por la fuerza, a palos.

Si son ingobernables: ¿por qué gobernarlos? No es fácil explicarse esto.

¿Y en virtud de qué los ingobernables pueden ser gobernantes?

Más difícil es aun concebir esta noción.

El hecho es que en la cárcel de encausados se pegaba y que los presos se quejaban de ello.

La Protesta inició una campaña activa contra las autoridades de la prisión, logrando conmover a la ciudad entera, Buenos Aires se interesó vivamente por los presos de tal modo, que cuando se convocó a un mitin de protesta contra las autoridades carcelarias, la convocatoria alcanzó un éxito superior a las que con motivo del fusilamiento de Ferrer se habían hecho meses antes.

Realizóse la manifestación y mitin tomando parte en el acto millares de personas, y como la policía dejó en relativa libertad a los manifestantes, haciendo que en la columna solo fueran dos agentes del escuadrón, el acto se realizó sin incidentes. El estado de ánimo del público se exteriorizó de una manera elocuente. Durante el trayecto se daban, mezclados a los gritos de protesta contra el alcalde de la cárcel de encausados, vivas a Radowitzky y a la futura huelga del Centenario. Las represalias policiales del último estado de sitio habían hecho germinar un espíritu de venganza en las filas populares. La Argentina se aprestaba a conmemorar fastuosamente el Centenario de la Revolución de Mayo, primer acto de su rebelión contra la autoridad española, y ya gran parte del pueblo intuía una ocasión propicia en aquellos festejos para vengarse de los atropellos policiales de noviembre. El gobierno tuvo en cuenta, ¡por una vez siquiera!, los anhelos populares y destituyó al alcalde de la cárcel de encausados.

“LA BATALLA”

La proximidad del Centenario origina una actividad extremada en los preparativos de las fiestas.

El trabajo abunda y los brazos escasean.

Es la característica oficial del país; todo se deja para última hora.

Y el apremio se hace angustioso.

Las huelgas se suceden sin interrupción, unas a otras, consecuencia natural de ese exceso de trabajo y de esos apuros oficiales de último momento.

Las huelgas tan continuadas sirven magníficamente para intensificar más y más la propaganda anarquista.

La Protesta es el diario obligado de los trabajadores.

En su crónica del movimiento obrero siguen todos la marcha de las huelgas, y los que únicamente interesados en éstas adquieren el diario, leen después sin casi quererlo el editorial ideológico y los demás sueltos de propaganda.

La tirada sigue aumentando y se hace normal en quince y diez mil ejemplares. *La Protesta* cubre sus gastos con holgura y aun tiene un remanente.

¿Qué hacer? ¿Aumentar las páginas de lectura?

Una idea surge entonces en la redacción: publicar otro nuevo diario anarquista, que complementa por la tarde la obra que *La Protesta* realiza por la mañana. Hay una razón poderosa para atender esta iniciativa en vez de la de aumentar el formato del diario.

No se sabe, no es posible saber, si después del Centenario conservará *La Protesta* el número de lectores adquirido.

Es probable que no, y su vida se habrá angustiado con ese aumento que casi ha de duplicar los gastos.

Reducir luego otra vez el diario a su formato primitivo sería darle un verdadero golpe de muerte.

Indicaría un retroceso, una decadencia peligrosa.

Es mejor, pues, sacar otro diario más.

Las circunstancias, por otra parte, aconsejan como más eficaz este procedimiento. Se está en vísperas de algo sensacional, que probablemente hará época en la vida del proletariado argentino.

Existe un gran ambiente huelguístico. La huelga del Centenario es cosa hecha. Se palpa su existencia por todas partes.

Y en la redacción se ve el movimiento obrero que se cierne sobre las fiestas conmemorativas de la independencia argentina como algo trascendental. No hay, sin embargo, una confianza plena en el poder del proletariado, en su consistencia, solidaridad, decisión y espíritu de rebeldía, para poder admitir como posible un triunfo sobre el gobierno. Se supone que éste, por poca energía que tenga, por débiles y apocados que sean sus hombres, reaccionará violentamente y asestará un golpe mortal a la organización obrera y a la propaganda de ideas. No cabe ir contra el propósito de huelga que hay en la multitud, que ha surgido, puede decirse, en ella misma. Se procura por lo menos encauzar la aspiración del proletariado a un mínimo que haga posible un triunfo sin lucha, y se proyecta reclamar para el Centenario la libertad de Planas, Regis y de los demás presos existentes por cuestiones sociales, así como una amplia amnistía para los prófugos y desertores del Ejército, que en la Argentina son innumerables, puesto que cada año solamente responden al llamado a filas un cincuenta por ciento de los que les corresponde según la ley militar. Empero, la revista literaria y sociológica *Ideas y Figuras* ha prestigiado la derogación de la ley de residencia, y aunque esa ley hace muy poco daño ya y es eludida con facilidad, es tan antigua la campaña realizada contra ella, se ha arraigado tanto en los anarquistas, y en gran parte de los obreros el odio a ella en los ocho años transcurridos desde que se dictó, y en los cuales se la ha combatido tenazmente con artículos y discursos, que en todas partes es acogida con entusiasmo la idea de fundamentar la huelga en el pedido de derogar dicha ley.

Quedan así de hecho tres motivos para el paro del Centenario, y se hace más difícil conseguir el triunfo sin lucha, existiendo, en cambio, grandes probabilidades de que termine ésta con una derrota desastrosa de los trabajadores.

En *La Protesta* se resuelve definitivamente la aparición del nuevo diario anarquista, confiando en que tal vez el gobierno, al ver que son dos los diarios que apoyan a los trabajadores en su acción, vacile y opte por acceder a los deseos de éstos, evitando los trastornos consiguientes a toda lucha. Puede ser que así suceda, se dice en la redacción de *La Protesta*. Puede ser que antes de malograr los festejos con medidas de fuerza y de dar lugar al estallido de una gran huelga general, se acceda en las alturas al deseo de los de abajo.

Y *La Batalla* surgió, nuevo vocero del anarquismo escrito con una impetuosidad que se llevaba todo por delante. En sus páginas se dio albergue a los escritos del argentino de más talento, de Alberdi, figura odiada en el país, por lo mismo que era superior a todos, por ser el único filósofo de Sudamérica. Y se argumentaba con él, como con una maza.

La Batalla vivió.

Vivió porque vivir es ser tenido en cuenta y el nuevo diario fue considerado como un elemento de potencia, más aun fuera del campo anárquico, que entre los anarquistas mismos.

Su agresividad solo era comparable a la de las primeras publicaciones anárquicas del país, con la ventaja inmensa del estilo que en *La Batalla* lucía como un florete: tenía brillo; era de una fuerza original sin ejemplo. Y así se fue preparando la gran derrota del Centenario, mayor aún de lo que en la redacción de *La Protesta* se presentía.

EL MIEDO

Si en *La Protesta* había recelo, un recelo que no impedía llevar adelante la campaña en sus columnas con tesón, en las esferas del gobierno había miedo.

Se parlamentaba con los miembros del Consejo Federal de la F.O.R.A. directa e indirectamente. Se ofrecía llegar a un arreglo y se regateaban las bases de éste como la mercadería que se despacha en las tiendas de los turcos.

Y en realidad se quería ganar tiempo y concluir probablemente con un engaño, cuando ya fuese imposible realizar la huelga, cuando iniciado el período de las fiestas no hubiese cómo ir a un paro, ni qué paralizar.

La principal base de arreglo era la de no hacer declaración alguna de huelga, la de no amenazar con el paro general, la de dejar al gobierno que obrase de modo que pareciese lo hacía por impulso propio y no obedeciendo a la presión callejera.

Y del arreglo se descartaba la derogación de la ley de residencia, para lo cual se argüía que no había tiempo hábil, por no corresponder al gobierno sino al Congreso la derogación y estar éste muy atareado con otros asuntos. Empero se prometía reformarla después.

Los miembros del Consejo Federal parecían predispuestos a transigir con el propósito del gobierno, aunque tal vez sospecharan que podían ser engañados.

Ello es, que no hacían manifestación alguna que diese a conocer su pensamiento.

Los sindicalistas, por su parte, se apercibieron de la actitud silenciosa y un tanto equívoca de los hombres que estaban al frente de la Federación, y dieron un golpe de efecto declarando la huelga general para el 18 de mayo, si para ese día el gobierno nacional no derogaba la ley de residencia, decretaba la libertad de los presos por cuestiones sociales y daba amplia amnistía a los prófugos y desertores del ejército. Esa declaración de huelga general comprometía muy poco a los elementos de la Unión General de Trabajadores, que eran muy poca cosa para un paro de ese género; pero el efecto moral que causó entre los anarquistas fue grande, ya que con ella se presentaban los sindicalistas como más revolucionarios que la F.O.R.A., a pesar del abolengo revolucionario de esta institución. Los miembros del Consejo Federal continuaron, no obstante, callados. Y para contestar a los anarquistas que personal o públicamente les censuraban, mostraban reservadamente una serie de manifestos que tenían ya impresos, declarando la huelga general, y daban cuenta de los trabajos hechos con ciertos gremios –los de la empresa de la usina eléctrica, entre ellos– para que en plena fiesta se declararan en huelga, reclamando mejoras. El hecho es que el Centenario se temía abajo y arriba, en todas partes, y que faltaba resolución para encarar la situación de un modo franco en todos lados.

EL 8 DE MAYO

Se organizó una manifestación pública para el domingo 8 de mayo.

Y el acto resultó extraordinario, colosal, como jamás en Buenos Aires se había efectuado otro.

Setenta mil personas asistieron a él.

En ocho o diez tribunas a la vez, dirigían la palabra al pueblo los oradores anarquistas, que a voz en grito proclamaban la huelga del Centenario.

Y no hubo siquiera uno a quien se le ocurriese declararla para aquel mismo momento, a contar desde aquel día. Fue un desacierto.

Se señaló el día 18 para iniciar el paro, y hasta el secretario de la Federación hizo lo mismo, subyugado por el entusiasmo de aquella muchedumbre inmensa. El gobierno no pudo ya dudar de que la tormenta se le venía encima, y convencido de que no podía evitarla sin acceder a las reclamaciones hechas en el mitin, lo que parece le resultaba desprestigiado para su carácter de autoridad —¡oh estupenda democracia y grandiosa soberanía popular, que haces que los representantes tuyos se consideren humillados por acceder al deseo del pueblo!—, tomó calladamente las medidas represivas necesarias para hacer abortar la huelga general proyectada.

Y no reparó en que la fecha a conmemorarse era una fecha revolucionaria, una fecha de libertad.

Prescindió hasta de lo insólito que era celebrar bajo el estado de sitio, bajo la ley marcial, la gran fiesta de la independencia.

La autocracia, el autoritarismo, la cesación de las leyes constitucionales, la vuelta a un régimen parecido al existente en 1810, cuando el absolutismo real era la forma de gobierno en el país, es lo que los republicanos federales de la Argentina pusieron en vigencia para celebrar el Centenario de la Revolución de Mayo, de aquella revolución que proclamó la libertad, los derechos del hombre, la soberanía popular... El fracaso de la democracia significaba aquella declaración de estado de sitio, hecha a los seis días de la gran manifestación obrera del 8 de mayo de 1910.

Y un reconocimiento explícito del poderío de los anarquistas, a los cuales no era posible gobernar sino autoritariamente, bajo el imperio de la fuerza. El centenario de la independencia se convertía así en fiesta de la autocracia, del absolutismo. Se daba toda razón de ser al régimen español caído hacía cien años. Y el 8 de mayo fue el último día que los anarquistas cantaron libremente su himno de guerra y vitorearon la sociedad futura de amor y armonía, que es su más caro ensueño.

PATRIOTISMO POLICIAL

El 13 de mayo la policía empezó a detener obreros, sin que aun se hubiese decretado el estado de sitio.

Los redactores de *La Protesta* y *La Batalla*, los miembros del Consejo Federal de la F.O.R.A. y los del Comité Central de la Unión General de Trabajadores (que poco antes había cambiado su nombre por el de Confederación Obrera Regional Argentina) fueron los primeros en ser detenidos. Se había alquilado un inmenso local para encerrar a los presos, precaución necesaria sin duda alguna, ya que las numerosas cárceles que tiene Buenos Aires están siempre recargadas de detenidos, síntoma éste harto revelador de la belleza del presente régimen social, al cual no le son suficientes nunca las prisiones para albergar a tanto y tanto trasgresor de la ley. Por la tarde la Cámara de Diputados votó la ley de estado de sitio, pero la de Senadores tuvo a bien no reunirse, a pesar de la, para el gobierno, urgencia del caso, y hasta la tarde del día siguiente la suspensión de las garantías constitucionales no fue efectiva.

Mientras tanto, la nueva cárcel se iba llenando de detenidos.

Fue una sorpresa en toda regla aquella detención en masa de propagandistas y elementos activos del movimiento obrero. Se estableció una incomunicación rigurosa y lo poco que en la prisión se sabía de lo ocurrido en la calle se debía a los nuevos detenidos que a cada instante llegaban. Mientras tanto, en la ciudad se organizaban columnas de patriotas, que al amparo del estado de sitio iban sembrando el terror por todas partes.

El sentimiento patriótico no se había sentido herido por los vivas a la Anarquía y a la huelga del Centenario lanzados por millares y millares de hombres en el mitin de protesta contra el alcalde de la cárcel de encausados, ni en el realizado el 8 de mayo.

Ni siquiera la explosión patriótica se produjo al día siguiente de la grandiosa manifestación, y cuando por la crónica de los diarios nadie podía ignorar los propósitos de los manifestantes y cuáles habían sido sus declaraciones públicas.

Fue necesario que el estado de sitio rigiese y que se supiera que en la cárcel se hallaban encerrados centenares de trabajadores, para que el patriotismo hiciera explosión y se manifestara ruidosa y brutalmente. Nada en verdad más alejado del sentimiento patriótico, que es por su naturaleza, por ser

sentimiento, espontáneo, que aquellos malones organizados y dirigidos por la policía.

Si en verdad los patriotas se hubiesen sentido lastimados por la actitud de los trabajadores –y no podían sentirse desde que éstos no pretendían más que la celebración del centenario de la libertad con actos de libertad: con la derogación de una ley opresiva e injusta en alto grado, verdaderamente retrógrada; con el indulto de unos hombres que al fin ni siquiera habían herido a nadie, y la amnistía de los emigrados al extranjero por haber eludido el servicio militar–, su ataque, el ataque de los patriotas, habría sido inmediato.

Que el sentimiento no aguanta esperas; es rápido en accionar.

Y no creemos que ese aplazamiento de la furia patriótica se debiese al miedo, pues precisamente el patriotismo tiene como principal cualidad la valentía.

No; las turbas del 14 de mayo y días siguientes no estaban animadas de sentimientos patrióticos.

Fueron la acción deliberada y fría; el plan metódico y el cálculo previsor los que las movieron y animaron.

Obra policial, encabezada por la policía, consentida y estimulada por las autoridades policiales, tuvo el propósito de aterrorizar a los trabajadores impidiendo que éstos, movidos a impulsos de la solidaridad, respondieran a las prisiones y declaración del estado de sitio con el paro general. Se habían suspendido las garantías constitucionales para impedir la huelga general, y no era lógico que esa misma suspensión fuese un acicate impulsador de la huelga, un nuevo motivo para ella.

La policía sabía bien que la huelga podía producirse, lo mismo bajo el estado de sitio que sin él.

Era preciso impedir a todo trance que hubiese huelga, para que las fiestas del Centenario se realizasen tranquilamente, con todo el brillo que era posible esperar de la presencia de la nieta del rey español destronado por la revolución que se conmemoraba, y de unos festejos que la imprevisión oficial había zurcido a última hora y que de antemano se podían considerar fracasados.

Con los palacios de las exposiciones sin terminar y con todo a medio hacer, era suficiente el más pequeño paro para que el Centenario fracasase estrepitosamente como fiesta conmemorativa. Y se organizó el terror, como se organiza la caza del zorro.

Era un nuevo número de los festejos, número no anunciado, que iba a servir para atemorizar a los obreros, para hacer ver que en la Argentina el sentimiento de patria estaba muy desarrollado, y para demostrar que el estado de sitio no coartaba libertad alguna, ni la de manifestación, ni la de asaltar, incendiar y andar a tiros por las calles.

¡Verdadera República!, dirían los monárquicos palatinos que acompañaban a la Infanta Isabel.

¡Esta sí que es libertad!, exclamaría cualquier huésped paraguayo, de esos que cuando no están comprometidos en una revolución desde abajo, lo están desde arriba. Se incendió la imprenta de *La Protesta*; se destruyó cuanto había en el local de *La Batalla*, incluso la ropa de sus redactores; se empasteló la imprenta del diario socialista *La Vanguardia*; se asaltaron librerías, cafés, prostíbulos, pequeñas casas de comercio de ciudadanos rusos, locales obreros y se gritó por las calles: ¡Abajo los trabajadores! ¡Muera la Anarquía! ¡Mueran los anarquistas!

Se ha divulgado tanto esta página sombría del centenario argentino, que no es necesario detallarla más. Fue un escándalo formidable, que tuvo sus víctimas sangrientas porque no en todas partes la lacra policial fue recibida pasivamente.

Y sin embargo, lo que se quiso evitar no se evitó.

Hubo huelga.

Los tranvías circularon con deficiencias, teniendo que ser custodiados por soldados del Ejército.

Los conductores de carros paralizaron el trabajo, y lo mismo otros gremios. Finalmente, para hacer terminar la huelga, se lanzó un manifiesto apócrifo con el sello de la Federación, dando por concluido el acto de protesta.

Y hubo más.

La iluminación, el festejo popular por excelencia, no lució integralmente ni una sola noche.

Manos desconocidas realizaron una labor de sabotaje tan eficaz como la huelga misma. Mientras tanto, allá en la prisión continuaban como prisioneros de guerra centenares de obreros, chocando a diario con la fuerza armada que guardaba el establecimiento carcelario, y que en más de una ocasión –casi todos los días– amagaba con un fusilamiento general a los detenidos.

EL GOLPE FINAL

El anarquismo ha sido golpeado en la calle, sacudido rudamente por la policía y los elementos que ésta ha reclutado.

Pero se tiene la convicción, se sabe, que una vez terminado el estado de sitio se ha de rehacer y volverá de nuevo a conquistar las vías públicas.

Es necesario, pues, soterrarlo para siempre; impedir que resurja; hacerle muy difícil, hasta ser imposible, que pueda volver a ser un factor de importancia, el más importante, tal vez, en la vida argentina. En el Congreso se han formulado varios proyectos de ley tendientes a concluir con el anarquismo.

Se ha buscado en la ley, lo mismo que se había practicado sin ella, convencidos los gobernantes de que no siempre era posible echar mano de los recursos violentos, de que no se podía erigir la violencia en procedimiento diario de gobierno; entiéndase bien: la violencia ilegalizada. Y se proyecta legislarla, darle carácter legal, para que su aplicación no disuene de una manera extraña.

Los proyectos de ley siguen sin embargo siendo proyectos.

Las Cámaras no tienen prisa en estudiarlos ni, según parece, el gobierno tampoco. El estado de sitio declarado sin plazo es sobrada garantía de tranquilidad. Ninguna ley será más eficaz, sin duda.

Diputados, senadores y ministros pasan agradablemente el tiempo en los banquetes del Centenario, las fiestas sociales del Centenario, la colocación de infinito número de primeras piedras de futuros monumentos de héroes y personajes de la Revolución de Mayo y guerra de la independencia, y en otros innumerables actos semejantes. No hay prisa para legislar.

Y además sobra tiempo.

El estado de sitio nadie sabe cuándo concluirá.

Es probable que dure hasta la terminación de las fiestas.

No sería imposible que siguiera rigiendo hasta que en octubre ocupe la presidencia el presidente electo, doctor Sáenz Peña. Y hasta hay quien cree no se levantará mientras el almanaque conserve una hoja del año del Centenario.

Una noche, a fines de junio, estalla en el teatro Colón un petardo.

Quedan destrozados los forros de dos butacas y ligeramente lastimadas algunas personas, no se sabe bien si por efecto de la

explosión o por el atropellamiento con que el público de la platea se dirigía a la puerta, presa del pánico consiguiente. Al otro día, el Congreso vota apuradamente la ley de defensa social, resumen de los diversos proyectos de ley que esperaban ser discutidos.

Se aprueba todo con prisa, tomando un artículo de aquí, otro de allá y formando un conjunto incongruente y confuso. El estado de sitio no era suficiente... La libertad de imprenta ha muerto.

Los derechos de reunión, manifestación y asociación quedan suprimidos, o lo que es lo mismo, sometidos al criterio policial.

Se ha conferido por los legisladores a la policía la suma del poder público sobre los ciudadanos.

Por lo demás, poco importa que sea la policía u otro organismo cualquiera el que disponga del *summum* de la autoridad. El hecho es que las libertades legendarias del país han desaparecido.

Y esto es lo importante.

Es asombrosa la facilidad con que el Parlamento argentino aprueba leyes trascendentales.

Del mismo modo que en un periquete hizo la ley de residencia, largó ese engendro llamado ley de defensa social.

Y así resultan ellas.

En las naciones europeas esas leyes que alteran profundamente el modo de ser del país, que cambian la norma general de la legislación, se estudian minuciosamente, se discuten con prolijidad, se someten primero a la opinión pública, mediante informaciones parlamentarias en las que toman parte cuantos centros, sociedades e individuos quieren hacerlo, y, finalmente, en vez de darles carácter permanente, se les fija un plazo, durante el cual se ve si surten el efecto buscado, si en la práctica dan o no el resultado perseguido.

Leyes de excepción, con las que se procura contrarrestar lo que se cree un mal, algo insólito, no es posible incorporarlas de un modo definitivo a la legislación.

O extirpan el supuesto mal, en cuyo caso su acción es innecesaria una vez extirpado, o son inútiles al fin propuesto y por lo tanto están de más.

Por eso a esas leyes excepcionales se les suele señalar un período, tras del cual quedan sin valor a no ser que vuelvan a ser prorrogadas en idéntica forma o modificadas de acuerdo con las enseñanzas que su aplicación ha dado.

A esa madurez legislativa no ha llegado aún el Parlamento argentino, poco dado, por otra arte, a estudiar, a profundizar el derecho y a preocuparse de la sociología, rama de los conocimientos humanos hoy imprescindible, que es forzoso tener en cuenta para poder legislar.

Esa imprevisión, esa impremeditación, ese modo tan especial de ser del Parlamento argentino, da como resultado una ley cual la de residencia, desatinada e inconsulta, y la que durante ocho años ha carecido de penalidad para los que la infringían, lo que naturalmente la hacía inocua.

¡Extraño olvido en hombres de leyes, como son en su mayoría los diputados y senadores de la Nación!

Y ahora, después de la ley de defensa social, se ha visto palpablemente su inservibilidad, por cuanto que a pesar de ella la agitación obrera ha alcanzado proporciones iguales, sino superiores, a las de los años de más actividad gremial, y la propaganda anarquista ha continuado, si no con la extensión de otros tiempos, con la suficiente intensidad para no dejar de ser un factor determinante en las luchas proletarias, pudiéndose afirmar que la diferencia entre el hoy y el ayer más se debe a otras causas accidentales, independientes de la ley social, que a influencias de la ley misma. En vigencia la flamante ley, se procedió a expulsar a los extranjeros detenidos por la policía a raíz del estado de sitio, incluyendo en la expulsión a los que tenían carta de naturaleza, y se trasladaron al presidio de Ushuaia, en la Tierra del Fuego, helada región del país, a aquellos de los detenidos que habían nacido en la Argentina, permaneciendo en la prisión hasta los primeros días de octubre, en que el estado de sitio fue levantado.

La verdad es que para expulsar del país a unos y para trasladar de una prisión a otra a los demás, no era necesaria la ley de defensa social.

Pocas veces tan sin culpa, tan sin motivo, ante la simple amenaza de una huelga general cuya iniciativa había partido del pueblo mismo, antes que de los propagandistas, se habrá extremado el rigor gubernativo tan cruelmente.

PÁGINAS ÍNTIMAS

He salido de la prisión.

Estoy a bordo del trasatlántico que me conducirá a Europa.

Atrás, a popa, queda la gran ciudad. En la dársena un gentío inmenso despide a los viajeros. Muchos pañuelos rojos son agitados por manos que reputo conocidas, amigas.

El alcanzar la libertad, el encontrarme libre, no me causa placer alguno.

Por el contrario, siento una pena que se apodera de todo mí ser.

Siento alejarme, quiero saber si para siempre, de la Argentina, en la que he pasado gran parte de mi juventud, he empezado a encanecer, he amado y he sufrido.

He vivido amplia, intensamente. Que eso es la vida: gozar y padecer; sentir y pensar. Allí queda mi familia. Mis amigos. Mis conocidos.

Es todo el ambiente de muchos años el que desaparece en aquella bruma que poco a poco va esfumando, ocultando la inmensa urbe.

El vapor marcha, prosigue su ruta con el ruido isócrono de las máquinas.

Vamos dejando cada vez más lejos la tierra, insumiéndonos en pleno océano.

Y el viaje sigue monótono, aburrido, entre la charla insustancial de los pasajeros de tercera que hablan mal del país que han dejado y del que llevan el amargor del calificativo criollo despectivamente pronunciado, con el orgullo vano de quienes se creen superiores por estar en su casa, por haber nacido en aquella tierra en la que a lo mejor carecen de todo.

En segunda y primera, la gente come y come y come y come sin cesar.

Dijérase se han embarcado solamente para masticar.

La monotonía cansadora del viaje me produce tedio aumentándose con él la dolorosa sensación de pesar que allá en lo más íntimo siento, que es mi compañera de viaje.

Llegamos a Cabo Verde.

El islote poblado de negros míseros, me tienta y bajo a tierra.

Aunque la atmósfera es irrespirable, causa ahogos, fatiga los pulmones, me siento relativamente contento.

Veo mujeres que empujan pesadas carretillas llenas de carbón, en tanto que otras más jóvenes ofrecen sus cuerpos de bronce a los viajeros, tentándolos en su curiosidad con el placer desconocido de lo nuevo.

Y con lástima me digo: ¡Esta es una colonia europea! ¡Para esto conquistan el África los hombres del viejo mundo!

No se ve más que miseria.

Miseria en los cuerpos y en las almas.

Vuelvo al trasatlántico.

Sí, es una cárcel también este buque, observo al notar que de nuevo se apodera de mí una gran pesadumbre.

Llegamos al estrecho de Gibraltar.

He ahí España.

¿Qué siento?

Nada.

La tierra nativa no despierta en mí ni sensaciones, ni casi recuerdos.

En la mente tengo una idea de España que se ha superpuesto sobre la que en la niñez debí tener.

Es la de una España sombría, tétrica, torturada, atenazada por el hambre y la tiranía.

Una España cruel y pobre, atrasada, moribunda, triste como un agónico que siente la muerte, que la ve venir inevitablemente y que quisiera vivir.

Ve la España que se ve en todo el mando, que todos los extranjeros tienen en la mente.

Una España hecha con noticias telegráficas y correspondencias periodísticas de cronistas quejumbrosos. Sigue el trasatlántico bordeando la península. No se ven más que rocas y rocas.

Unas rocas altísimas y escarpadas, formidable muralla ciclópica opuesta a los avances del mar.

Y detrás de esas rocas, otras más altas aún, y otras y otras.

Montañas de nieves perpetuas enseñan sus blancas crestas heladas, símbolo de silencio, de quietud, de muerte. –¡Qué país! –exclama uno. –Parece una tierra de cabras –musita otro. Un griterío, me distrae.

–¡Montjuich! ¡Montjuich! –vociferan unos cuantos catalanes, con júbilo que demuestra intensa alegría por la llegada a la tierra nativa.

El castillo es para ellos un amigo.

Les es familiar y se regocijan al reconocerlo.

Todo el paisaje miro atentamente.

Me fijo en los rostros de los pasajeros, y frente al alborozo de los catalanes, resalta la gravedad de los demás viajeros.

Montjuich evoca en los cerebros trágicas historias, lúgubres recuerdos, la inmensa tragedia de los torturados y fusilados, la sombra de Ferrer agrandada, hecha un símbolo y un ídolo.

El mar está riente.

Sus aguas, de un verde claro, tienen brillo de sedas.

Infinitas barcas pescadoras, ostentan gallardas la gracia exquisita de la vela latina.

Montjuich muestra abajo un cementerio, al que en días de marejada deben casi llegar las olas, y arriba lo coronan las polvorientas murallas del fuerte.

Contrasta poderosamente la belleza alegre de las aguas con el sombrío aspecto de la montaña; cementerio y lugar de torturas y de extinción de vidas.

Detrás se ve la ciudad con sus elevadas chimeneas, sobre las cuales sobrepasa su altura la estatua de Colón.

Y más lejos, limitando la urbe, se ve una cadena de montañas, cubiertas de vegetación y en las cuales se destaca el blanco de palacetes y casitas camperas.

Parece aquello una decoración de teatro.

Y atraen poderosamente aquellas colinas, suaves, encantadoras, de las que emana algo así como la alegría de la Naturaleza, la belleza de la vida.

Desembarco sin tropiezos ni obstáculos, a pesar de que no hace más que tres días que Maura ha sido herido de dos balazos, y suponía que la policía barcelonesa tomase algunas precauciones al desembarcar los anarquistas expulsados de la Argentina.

Pero ni a mí, ni a mis camaradas de deportación nos molestan. Colón me sirve de guía.

Llego al pie del monumento, contemplo la esbeltez de los leones, los bajorrelieves, ya ruinosos cual símbolo histórico de lo que fue impero colonial de España, y después de echar un último vistazo al Descubridor que señala la ruta hacia América como en los días del descubrimiento, guío mis pasos por una vía amplia, de suave pendiente, irregular en su trazado, carente de

edificación de valor arquitectónico, pero cuya animación es extraordinaria, no tiene parecido con ninguna calle de Buenos Aires.
Es la Rambla.

Barcelona es una ciudad hermosa y alegre.
Las gentes discurren plácidamente por las calles, sin gran apresuramiento, como quien pasea más bien que como el que va a un objeto determinado.

En sus rostros sonrientes, de gesto agradable, demuestran una vida más placentera, más feliz que la que indica el ceño de preocupados, característico de los habitantes de América.

Se sienten acordes musicales por todos lados; en las casas y en los cafés, y se oye con frecuencia corear el estribillo de los couplets de moda.

Me sorprende la cantidad enorme de sitios de diversión, siempre llenos, a pesar de que los días de trabajo funcionan teatros y biógrafos tarde y noche, hasta muy avanzada hora de madrugada, en tanto que los domingos abren sus puertas desde las once de la mañana.

Y los cafés también están siempre repletos de gente que lee periódicos y revistas, discute y juega.

Los días festivos, los alrededores de la población, pintorescos y gratos, en los cuales se respiran con placer las emanaciones de los pinos, son verdaderos lugares de esparcimiento.

Media población se traslada a ellos, merienda allí, baila y se divierte.

Estoy en verdad desorientado.

Barcelona es una ciudad de recreo, de diversión continua.

Sin embargo, carece de ebrios, las riñas son escasas y hasta los robos son poco frecuentes y de importancia nimia.

No se ve el hambre en los rostros de rosado cutis de las mujeres barcelonesas, ni la alegría general da una sensación de esa miseria torva que agría los caracteres.

El ideal de vida de esta población empieza a serme más grato que el de Buenos Aires.

Late aquí un sentido artístico más desarrollado y no existe esa angurria, ese afán de enriquecimiento que atosiga a las gentes en la Argentina.

Se trabaja, pero se trabaja despacio.

En el puerto he visto descargar carbón en unos cestos tan pequeños que fácilmente los manejaría un niño de doce años.

En Barcelona se disfruta de la vida.

Las exposiciones artísticas se suceden incesantemente unas a otras, asistiendo a ellas un público numeroso.

Conferencias científicas, literarias, políticas, sociológicas, las hay a diario y tampoco carecen de concurrentes.

Y sobre todo, los lugares de diversión están siempre llenos.

La España tétrica, sombría, no alcanza a vislumbrarse. Sin embargo los diarios entonan sin cesar la misma cantilena.

España es un país perdido, sin remedio...

¿Qué querrán estas gentes? –me interrogo.

¿Anhelarán una vida a la americana, vida de amarguras, aguijoneada por la caza del centavo?

No sé.

Es posible que sea cierto aquello de que la felicidad siempre la vemos en los otros y nunca en nosotros mismos.

España es un país políticamente curioso.

En ella existen todas las tendencias imaginables desde el carlismo –actualmente jaimismo– que prestigia la monarquía absolutista, hasta el salvajismo, que es dentro del anarquismo una pequeñísima fracción preconizadora de la vuelta del hombre a la naturaleza, libre de todo cuanto el progreso ha creado, desde las ropas hasta el aeroplano.

Hay quienes sostienen la sustitución del actual parlamentarismo por las viejas cortes de Castilla, en las que los representantes del pueblo serían designados por los gremios y las corporaciones, tanto de patronos como de obreros, tanto de los centros y academias de profesionales, como de las agrupaciones artísticas.

Hay monárquicos defensores del *status quo*, de que todo siga como en la actualidad, y los que quieren incorporar a la monarquía, lentamente, el programa democrático de los republicanos.

Hay republicanos de cinco o seis clases distintas.

Hay socialistas.

Hay sindicalistas de la acción directa y sindicalistas partidarios de la base múltiple, que admiten las cooperativas, la acción parlamentaria, la huelga general, el boicot y el sabotaje.

Y hay finalmente anarquistas.

Dividido y subdividido el país en tantas tendencias –sin contar los separatistas y los regionalistas catalanes divididos entre sí en izquierda y derecha, o sea en republicanos y clericales– es naturalmente imposible un cambio de régimen.

Los que mandan se sostienen por el desequilibrio que entre los demás existe.

Esta situación da a las luchas políticas una pasión, un calor, una agresividad, de que en Argentina no hay idea.

Y como la división de fuerzas alcanza a la masa proletaria, más fraccionada aún que en Buenos Aires, por ser los obreros republicanos de varios matices, socialistas, sindicalistas de dos tendencias diversas y anarquistas, amén de los que en Barcelona militan en el catalanismo en sus distintas fases separatista y regionalista, hasta la misma acción gremial tropieza con obstáculos para triunfar en las lides proletarias contra los patrones.

Barcelona no es una población netamente catalana, aunque sus habitantes tengan mucho en conjunto de catalanistas.

Aragoneses, valencianos y andaluces constituyen la gran masa ciudadana.

Y aunque cordialmente se detesten unos a otros, y aunque sean todos menospreciados por el catalán genuino, ocurre el mismo fenómeno que en la Argentina, en donde los extranjeros procedentes de todo el mundo llegan a constituir un todo bastante homogéneo, adquiriendo determinadas características generales, comunes a todos ellos, que no borran, sin embargo, sus diferencias de nacionalidad, ni amenguan sus antipatías de origen, ni hacen que el hijo del país los mire jamás como a sus iguales.

En Barcelona, repito, todo el mundo es un tanto catalanista, siente animadversión al poder central y a las demás provincias de España.

A esta regla no escapan los mismos anarquistas, tocados un tanto de catalanismo, tal vez con alguna razón porque

evidentemente hay cierta superioridad en Barcelona sobre las demás provincias de España, superioridad que tiene sus causas en la misma vida industrial de la población, sin equivalente en el resto del país.

Sin embargo, los anarquistas de Barcelona son oriundos de todas las regiones del país, sin que pueda afirmarse que predomina el elemento catalán, que tampoco predomina, por su número, en la cantidad de habitantes de la ciudad.

Se habla de la Argentina.

Mi presencia lo justifica.

Y en todos los círculos se vitupera ferozmente a la República. Existe un ambiente adverso insospechado,

Al oír los dicerios que se aplican al país de mí larga residencia, con el que me he connaturalizado por completo, viene a mi memoria cuanto de España se piensa en todas partes.

Con cambiar el nombre de la nación, basta.

Lo demás es lo mismo.

Y esto no ocurre sólo en los centros obreros de ideas avanzadas y entre los anarquistas.

Es general.

Los concejales barceloneses, los artistas, industriales y comerciantes que visitaron la Argentina cuando el centenario, llaman por igual, salvaje, al país.

En un mitin, un orador republicano aboga por las excelencias de la república.

Y advierte: “Nuestra república, la república que queremos para España, no es una república como la que hay en la Argentina, verdadera oligarquía sin sufragio, sin leyes, sin respeto a las ideas y a los hombres y en la que el sable del polizonte es la suprema *ratio* como si en vez de un presidente republicano, mandase en aquel país el execrable Maura”.

Y así la fama de la Argentina, una fama triste y dolorosa se extiende por todo el mundo, sirviendo de tema a los oradores de mitin.

El País, diario republicano de Madrid, dice sobre poco o más o menos lo que el orador de referencia.

Contendiendo con el diario *La Época*, órgano maurista que ensalza la ley argentina de defensa social, replica que no es extraño que *La Época* aplauda esa ley por cuanto que es un calco de la del terrorismo que Maura impuso, y cuyo fracaso no se hizo esperar.

El País agrega que no es a los gobernantes argentinos a quienes en España se debe imitar, ni a las turbas que asaltan e incendian, retrogradando ésta nuestra época de civilización, derecho y libertad, a los días luctuosos de la edad media.

Justo es declarar, que poco después, ese mismo diario publicaba un número dedicado a la Argentina, festejando la toma de posesión del poder ejecutivo por el doctor Saenz Peña y en el que, entre las estadísticas demostrativas de los progresos económicos de la república, había un artículo redactado en estilo cancilleresco en el que se elogiaba el patriotismo de la juventud argentina, demostrado con tanto denuedo como en los días de la independencia.

El número en cuestión, número extraordinario y en cuya confección no entraba ni una línea de la redacción de *El País*, pertenecía a la categoría con los que los representantes de la Argentina hacen propaganda emigratoria en Europa.

Y no sé qué asqueaba más al público, si *El País*, alquilando sus columnas para que en ellas se refutara lo que días antes había publicado por propio impulso, o quien pagó la *reclame* en el mismo diario que tan duramente había vapuleado a la Argentina.

En España, como en Francia, como en Italia, se sabe que la República del Plata es un país rico, en el que se encuentra trabajo con relativa facilidad y en el que hasta es posible enriquecerse.

Pero se sabe igualmente que en política ocupa un rango inferior al de los países más autocráticos de Europa, que las leyes en él son letra muerta y que la policía es algo tenebroso, terrible.

Como España, goza en el exterior de una fama deprimente.

Y ya es desgracia para un país, alcanzar en el extranjero un renombre semejante al que tiene España.

El origen de ese siniestro renombre se debe a los hechos más o menos brutales que se han venido sucediendo, y que han originado campañas de descréditos en el extranjero semejantes a

las que hacen los españoles que huyen de España para eludir las rachas represivas de los gobernantes, realizada por los expulsados de la Argentina,

Es esa la consecuencia directa de desparramar hombres por todo el mundo sin ton ni son, muchos de ellos sin que ellos mismos sepan por qué, arrojándolos de un país en el que se consideran como hijos propios por estar habituados a su modalidad y costumbres, por ser en realidad hijos espirituales suyos.

Porque no es a raíz de los hechos inicuos e injustificables del Centenario que la Argentina ha empezado a ser tenida en un mal concepto en Europa, sino desde mucho antes, desde que la primera aplicación de la Ley de Residencia envió a Europa un centenar de jóvenes criados en la Argentina y reducidos a la cualidad de extranjeros en sus países natales, de los que también habían perdido usos y carácter.

Vuelvo a América.

Sé que los tribunales no han anulado mi derecho a residir en Buenos Aires y regreso con ansias de abrazar a los míos y de estrechar las manos de mis amigos.

El viaje de retorno se me hace menos monótono y penoso.

Charlo curiosamente con los españoles que emigran.

Son campesinos casi en su totalidad, y muchos vienen con sus mujeres e hijos.

No es gente mísera.

Todos traen dinero en abundancia.

Han vendido los unos sus tierras; las han hipotecado otros por varios miles de pesetas que se prometen reintegrar en plazo breve.

Son alucinados por la propaganda emigratoria de los agentes de la Argentina, y muy principalmente por el literato español Blasco Ibáñez, metido a negociante.

Viajan llenos de ilusiones.

Pequeños propietarios de la tierra, se sienten agobiados por los impuestos y huyen a la América feliz, de la que tienen un concepto extraño.

Se me hace imposible que comprendan lo que es la Argentina, cuál es la vida que en ella se hace.

No me entienden. No sueñan más que con riquezas. Y van picaneados por el odio al gobierno de España, un gobierno de ladrones –dicen– y atraídos por el señuelo del oro de América. Son decepcionados de la revolución. La han anhelado tenazmente.

Han confiado en que vendría la república y en que España entraría con ella en un período de bienestar inmenso.

Es gente que habría tomado el fusil en sus manos con entusiasmo, para fusilar al recaudador de contribuciones, a los empleados de los felatos, al alcalde y el juez del pueblo y al cacique electoral del distrito.

Los jefes –los jefes republicanos, dicen– son unos cobardes unos traidores, se han vendido a la monarquía.

Y ya que la república en España no viene, ellos se van a la república; a América.

No conciben que haya pobres en la Argentina; pobres a pesar de llevar trabajando años y años.

Ni creen en el conventillo bonaerense, en la choza campera y en la alimentación casi exclusiva de carne de la campaña.

Tienen una sorprendente idea de lo que es América y de lo que es la república como forma de gobierno.

En realidad están más cerca en sus concepciones del anarquismo que de la república.

No sé si los jefes de los partidos republicanos no implantan la república en España porque no quieren, pero la verdad es que para ellos es mejor que la república no exista nunca, porque se verían con ese pueblo republicano, que tiene tan extraordinaria idea de lo que es una república, en conflicto permanente.

Hay quienes vienen en el vapor para instalar en Buenos Aires una fábrica de soda, bebida ésta que creen no se produce en la Argentina y se recibe del extranjero. Otros se sorprenden de que haya viñedos. Les han escrito desde Buenos Aires que allí se toma cerveza, y creen que no hay vino, y mucho menos que se labore en el país.

Resulta en verdad divertida esta buena gente, que realiza un viaje costoso y largo, trastornando por completo su lugar para ir a un sitio del que tan pocas y equivocadas nociones tienen.

A bordo he encontrado a un anarquista de Buenos Aires que había hecho un viaje a España por asuntos de familia y que retornaba a la Argentina.

¿Ves estos? –me dice– son futuros anarquistas.

Cuando la decepción llegue; cuando sus ilusiones de hoy se desvanezcan; cuando la realidad brutal les hiera, se irán su republicanismo y americanismo al diablo.

Van engañados y el descontento los enfurecerá.

Sí –le contesto–. Si en vez de ilusionarlos les expusieran un cuadro real y verdadero de lo que es la Argentina, vendrían igualmente, porque aunque la vida en América es más ingrata que en España, siempre hay alguna mayor ventaja económica y no tendrían luego que desesperarse y volver contra el país, siendo elementos de desorden, dicho sea usando el vocabulario y modo de ver de los gobiernos.

Y aunque sea doloroso para estas pobres gentes, tal vez sea mejor así. El progreso requiere, como los dioses antiguos, sus víctimas.

¡Montevideo!

Ya estoy en tierra americana.

Es por de pronto el fin de mi viaje.

Desembarco y espero en la aduana la revisión del equipaje.

Tengo unos folletos para un librero, folletos que contienen la conferencia dada por el doctor Queraltó en el congreso internacional de medicina celebrado pocos meses atrás en Barcelona.

Al aduanero le choca el título del folleto y lo relee en voz alta, recalcando la palabra “social” que en él figura.

Se aproxima un personaje que estaba a pocos pasos y después de mirar también él el folleto me detiene.

Debe ser sin duda una cosa terrible esa conferencia del médico catalán, cuando así despierta el recelo de los aduaneros.

Es claro, se intitula “Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis” y esto de “social” y “lucha” son palabras mayores.

Sin embargo, Montevideo no es una ciudad argentina; es la capital de otra nación, de la república Oriental del Uruguay, y que yo sepa al menos, ni en ella existen leyes de residencia, ni de defensa social, ni el anarquismo representa una fuerza tal que explique siquiera la represión gubernativa

En la oficina de la policía de investigaciones se me comunica que aquella misma tarde seré embarcado para Buenos Aires.

Protesto inútilmente.

Quiero enviar los folletos a la persona a quien venían consignados, y no se me permite.

Decididamente el congreso internacional de medicina ha debido ser un congreso anarquista y la conferencia del doctor Queraltó una bomba de dinamita.

Lo más curioso es que ese folleto circula por Montevideo y por la Argentina, hace ya más de un mes.

Por correo se han enviado desde Barcelona numerosos paquetes y nadie ha impedido ni su circulación, ni su venta.

Y en España, en la España inquisitorial en la que rigen leyes de imprenta terribles, ha sido impreso sin que el fiscal haya encontrado nada punible.

Bien es verdad que la ley sólo rige para los periódicos y no para los libros.

¿En dónde estoy? –me pregunto–. ¿En tierras republicanas?

Me hubiera gustado que los emigrantes, compañeros míos de viaje, hubiesen presenciado mi detención.

Regreso a Buenos Aires antes de lo que pensaba.

En la dársena quedo detenido, y durante un mes voy de una prisión a otra, cual si fuera un huésped incómodo, hasta en las mismas cárceles.

La justicia finalmente resuelve el punto de mi detención y ordena se me ponga en libertad por no estar dentro de las disposiciones de la ley de residencia.

Por fin veo cerca el término de estas andanzas.

Mejor dicho; me hago la ilusión de que van a terminar pero me equivoco.

Los tribunales han resuelto una cosa, y el jefe de policía otra.

Sin decirseme ni palabra, sin dejarseme ni recoger la ropa y la pequeña cantidad de dinero que tenía en las oficinas policiales, soy sacado de la prisión y embarcado de nuevo a España.

En este viaje me acompaña Antonio Zamboni, víctima del mismo abuso.

Pesa sobre mí el enorme crimen de haber sido redactor de *La Protesta* durante los últimos cuatro años de su existencia y esto la policía no lo olvida.

Además había retornado al país en un mal momento.

Salvador Planas y Francisco Solano Regis, autores respectivamente de los atentados frustrados contra los presidentes Quintana y Figueroa Alcorta, acababan de escaparse de la penitenciaría.

Y eso ha puesto de malhumor a policías y gobernantes.

Héteme otra vez en Barcelona.

Estrecho las manos a quienes ya son amigos viejos para mí, y principalmente a Anselmo Lorenzo, de quien me despedí tres meses hace sin pensar en que lo volvería a ver.

Y es en medio de mi pesadumbre gran alegría de departir con este anciano, modelo de hombres, cuya clara inteligencia está al servicio de un gran corazón.

Una mañana, quince o veinte días después de mi llegada a Barcelona, voy a la redacción de *Tierra y Libertad*.

La casualidad hace que llegue en el momento en que el local ha sido allanado por el juzgado militar que ha ido a recoger los ejemplares existentes del número del periódico en que se publicó algo referente a un folleto antimilitarista editado en Francia.

El juez, un capitán, me interroga: me hace registrar por dos empleados de policía, y se impone de lo que dicen sobre mi expulsión unos diarios argentinos que acababa de recibir y llevaba en los bolsillos.

– ¿Usted es anarquista? –me pregunta.

– Sí, señor –respondo.

Y con estupefacción veo al capitán incorporarse, extender las manos, y con acento trágico decir: ya lo han oído ustedes, se declara anarquista.

– ¿Es algún delito ser anarquista? –le pregunto.

– No, no; nada de eso –se apresura a contestarme.

Y entonces le digo si estoy o no detenido.

Me contesta negativamente, mas al intentar retirarme, no me lo permite.

No estoy detenido, pero no puedo marcharme.

Cuando el juzgado concluye de revolver papeles, uno de los empleados policiales me invita a seguirle, y me lleva a las oficinas de investigaciones.

Se me somete a una identificación escrupulosísima, empleando el sistema dactiloscópico y el antropométrico de Bertillón.

La policía barcelonesa tenía ya antecedentes relativos a mi actuación en la Argentina y a mi expulsión, y después de un breve interrogatorio y de afirmarme que *ni estoy ni he vedado, ni he estado detenido* y de decirme que la policía española y el gobierno nacional no usaban procedimientos tan brutales como el gobierno y la policía argentina, me dejan marchar a donde quiera.

Solamente que desde entonces voy seguido a todas horas del día y de noche por un empleado de policía.

Son cuatro hombres los que han sido destinados a ese espionaje, los cuales se relevan entre sí cada seis horas.

Y cuando duermo, sé que allá frente a la puerta de mi domicilio monta guardia un *perro*.

No deja de molestarme el verme seguido en todo momento, pero por fin me acostumbro a aquel ridículo espionaje y hago caso omiso de él.

Como yo, hay un centenar de anarquistas, o tal vez más, vigilados en Barcelona.

Lo que no es un obstáculo para que de cuando en cuando se encuentre una bomba en la vía pública.

Por lo demás los barceloneses hacen tanto caso de las bombas como de las coplas de Calatayud.

Cuando algún objeto sospechoso es hallado por algún transeúnte, el público se aglomera formando una masa compacta, no de centenares, sino de dos o tres mil personas que empeñosamente, empujándose unas a otras, tratan de ver el explosivo y allí se están rodeando al que muy bien puede ser mortífero artefacto, hasta que el carrito blindado de la municipalidad lo recoge y se lo lleva para hacerlo explotar y analizar.

Asombra la tranquilidad con que esta gente contempla las terroríficas y anónimas bombas.

He recibido cartas de América.

Puedo con toda seguridad residir en Montevideo.

El nuevo presidente de la República Oriental del Uruguay procede de distinta manera que su antecesor en lo relacionado con los expulsados de la Argentina.

Y resuelvo cruzar otra vez el Atlántico, único medio de reunirme con los míos.

Además mi situación en España es original.

No soy español porque la constitución declara que pierden la ciudadanía los que toman carta de naturaleza en otro país, y corro el riesgo de ser tratado como extranjero a nada que se le ocurra a la policía.

No tengo ganas de ir a parar a Francia el día que se les antoje suprimirme la vigilancia, dándome en cambio el pasaje para Marsella, como suelen hacer aquí con los extranjeros que no les son gratos.

Y como ya se me ha insinuado algo, preguntándome uno de los empleados policiales si estaría dispuesto a volver a América, pagándome el pasaje el gobierno español, contesto que sí, y poco después retorno a Montevideo, juntamente con otros expulsados de la Argentina a quienes la policía española devuelve al punto de partida, alegando que bastante quehacer tiene con los anarquistas barceloneses como para que se le aumente el trabajo con los que América les envía.

En el fondo se trata de una expulsión.

Uno de los camaradas que viene conmigo, Antonio Loredó, se negó a embarcar, se resistió a efectuar el viaje, y sin embargo lo hizo.

Era la segunda vez que de España lo enviaban a América.

Poco antes de embarcarme, otro deportado de la Argentina, Vidal, era enviado desde Barcelona al Brasil.

Vidal estuvo ocho días escasos en Barcelona, y fue considerado, por los malintencionados antecedentes que la policía argentina había enviado a la barcelonesa, tan peligroso, que en seguida le facilitaron el viaje de vuelta, eso sí, con mucha cortesía y dejándole elegir el punto de destino.

Por cierto que en esos ocho días de estadía de Vidal en Barcelona ocurrió algo muy cómico.

Los encargados de vigilarlo perdieron su pista durante 48 horas, y esto, unido a los informes que la policía tenía del expulsado argentino, alarmó grandemente a las autoridades, habiendo teleografiado a Sevilla, punto al cual acaba de dirigirse Alfonso XIII, recomendando se extremase la vigilancia, pues Vidal había desaparecido de Barcelona.

Cuando muy tranquilamente sentado en el Centro Obrero lo hallaron, la policía barcelonesa respiró, y de nuevo telegrafió a todas partes comunicando que el terrible anarquista había aparecido.

El viaje a bordo del *León XIII* ha sido un viaje de presos. Apenas llegábamos cerca de un puerto los cuatro expulsados de Barcelona éramos encerrados en la enfermería y durante el tiempo que el buque estaba anclado una nube de policías nos daban guardia.

Así me he ido despidiendo de España, con el corazón oprimido, pensando qué de malo habré hecho en este mundo para ir de un lado a otro siempre con la visión policial detrás, siempre hostigado como el perro de que Octavio Mirabeau habla en uno de sus cuentos.

He llegado a Montevideo.
Soy libre.
Nadie me sigue.
Nadie me interroga, ni detiene.
Puedo ir por donde quiera, sin obstáculos.
Parece mentira que esto que es lo corriente para la generalidad de las personas, tan corriente que en ello casi ni reparan, me produzca tanta alegría; tanto bienestar; LA FELICIDAD...

FIN

APÉNDICE I DE LA PRESENTE EDICIÓN

En 1915, Gilimón contestó desde las columnas de “La Protesta”, al viejo camarada Pedro Esteve sobre el fundamento del Comunismo anárquico, como finalidad sindical, a propósito de la desviación que impusieron a la F.O. R. A. algunos anarquistas que luego pasaron al campo enemigo.

Ahora se repiten otra vez las tentativas que en 1914 estuvieron a punto de echar por tierra las organizaciones obreras vinculadas a nuestra propaganda.

Leyendo el trabajo del camarada Gilimón comprobamos la existencia de los mismos factores negativos que trabajaron en 1915 en el recio golpe al proletariado revolucionario. La historia se repite, y también “La Protesta” enarbolará, como en tiempos de la marejada precedente, su bandera ideológica y salvará del naufragio a las organizaciones obreras que pusieron su entusiasmo en el camino de la revolución.

¡Meditad, camaradas, este folleto y defended a la F.O.R.A. Comunista contra los vientos de destrucción que la azotan; defendedla de la traición que la amenaza, y defended la Anarquía!
(Editorial “La Protesta”, Mayo de 1921).

EL ANARQUISMO EN LOS GREMIOS

No hay para mí asunto más enojoso que el suscitado en el último Congreso de la Federación. Y lo es en tanto mayor grado, cuanto que tengo la seguridad de que los anarquistas europeos han de estar en esta cuestión, como en otras muchas del lado de los sindicalistas. Han llegado a sentar el dualismo siguiente: en los gremios, son sindicalistas, en la escuela, antianarquistas; en los grupos y periódicos anárquicos, anarquistas. Pero aún en estos organismos genuinamente libertarios, tan pronto como tienen que referirse a las sociedades obreras o a las escuelas, se ponen del lado opuesto del anarquismo. Yo entiendo que el anarquista es anarquista en todas partes, debe serlo, está obligado consigo mismo a serlo Y no se está profundamente convencido de la verdad de las propias ideas, o es de rigor que en el gremio, en las escuelas y en todas partes se sostengan y propaguen.

Sin embargo, no se hace esto y lo que es peor aún, se censura a quienes lo hacen o a quienes sostienen que se debe hacer.

Unos aducen que los gremios son agrupaciones de intereses idénticos y que llevar a ellos las ideas es romper la unidad de intereses.

Otros, que en la escuela hay que respetar la libertad del niño y no influir en su inteligencia con ideas hechas, con nuestras ideas; lo que excluye lo principal de toda enseñanza: la del sistema social en que vivimos.

Todo resto es sencillamente incongruente. Y, además, peligroso para la difusión del ideal, que desgraciadamente tropieza con demasiados obstáculos para llegar al conocimiento de las grandes multitudes.

No estamos en el caso de los partidos políticos que, sin desperdiciar la escuela y el gremio, cuentan con la gran prensa como un medio eficazísimo de difundir sus planes. Entre nosotros no hay adinerados capaces de fundar diarios en las diversas poblaciones, o si los hay, se contentan con contribuir a la miserable existencia de nuestros semanarios o quincenales con cantidades parecidas a las que da el obrero de jornal más reducido. Y así vemos periódicos que tras varios años de vida angustiosa siguen teniendo el mismo tiraje que cuando empezaron a publicarse, sin que en lo que ellos se dice lo lean otros que los que ya son partidarios de nuestras ideas. No adelantamos nada, en proporción al menos a los esfuerzos realizados y a la magnitud que entraña la obra de transformación social

Al revés; casi podríamos decir que retrocedemos. De concesión en concesión absteniéndonos un día de llevar a los gremios nuestras ideas, haciendo lo propio otro día en la escuela, hemos llegado hasta esa extraña solidaridad con los gobiernos y los patriotas que la conflagración europea ha producido.

Cualquiera diría que hemos llegado a considerar tan necesario respetar la patria, no perturbando con nuestras ideas esa unión más o menos estrecha de intereses nacionales, costumbres nacionales, leyes y libertades nacionales, como hemos llegado a considerar necesario respetar la integridad mental del niño —esa integridad que es la herencia de generaciones plenas de prejuicios, y el producto del ambiente tendencioso y malsano de la calle— y los intereses comunes de los trabajadores, unos intereses que al fin y al cabo representan un *minimum*, puesto que el

interés integral del trabajador consiste en liberarse de patrones y autoridades, de la tiranía, de la propiedad privada y de la del gobierno. Es decir: su interés es anarquista, la Anarquía.

Un anarquista que en cualquier momento opina en contra del anarquismo es un contrasentido. Un anarquista que secciona su naturaleza en dos partes: obrera y humana, es un absurdo.

Para algunos en todo esto hay más que una cuestión de rótulo, de etiqueta. Precisamente eso es lo grave. Eso es lo que más daño hace a nuestras ideas, a su clara comprensión de parte del pueblo.

Vamos prescindiendo del rótulo, de la etiqueta lo que, dicho sea de paso, es poco encomiable y revela cobardía, o hipocresía, o falta de convicciones, y para la multitud va quedando como única expresión del anarquismo la bomba. Y es inútil que a cada hecho violento realizado por un anarquista, más o menos tal, nos desgañemos gritando que la Anarquía no es la bomba, pues contra nuestras débiles voces, están los millones de ejemplares de los diarios políticos de todo el mundo, acusando al anarquismo de criminal con la prueba material del atentado, que es un hecho, que es indestructible como ejemplo, en un ambiente lleno de prejuicios y que no conoce en manera alguna nuestras ideas, porque nosotros mismos nos cerramos los caminos para propagarlas, o las propagamos sin decir que son anarquistas, que eso es el anarquismo. Y naturalmente la generalidad tiene que creer que el anarquismo es la bomba, y nada más, sin que ni siquiera se les alcance las razones determinantes del atentado, por otra parte difíciles de comprender en un sentido ideológico, puesto que en la mayoría de los casos los atentados no son más que actos de venganzas, algo a modo de trasplante a nuestro campo del criterio de los jueces, que condenan a muerte al que delinquirá en esta o en otra forma.

Yo lamento ese extraño criterio de la generalidad de los anarquistas, y del mismo modo que no concibo que quien, habiendo dejado de ser colectivista —como Esteve—, no se resuelva a declarar su ideal económico so pretexto que el comunismo no será practicado por la humanidad, lo que no debía ser obstáculo para que si lo cree mejor que el colectivismo, el individualismo o cualquier otro sistema lo propagase; no concibo quien siendo anarquista se abstenga en el gremio o en la escuela de propagar sus ideas, de decir que es anarquista.

Bastaría ver el resultado que los anarquistas han obtenido en España, después de levantar en los gremios la valla sindical, para comprender el error de táctica que han cometido. Hoy, frente a la deficiente organización obrera de ayer, está la cada día más robusta de los socialistas, de la Unión General de Trabajadores, en la que habrá obreros que vayan a misa, pero que es una fuerza al servicio de los pseudoideales de los reformistas y en la cual nuestros periódicos, nuestros hombres, nuestras voces no pueden entrar de manera alguna. Parece que la forma no es nada; sin embargo es el todo, es el fondo mismo, desde que los objetos, las concepciones del cerebro, todo en fin, lo conocemos por la forma, se nos hace tangible y comprensible por ella misma. Una entidad que se intitule anarquista, posiblemente llegará a hacer obra anárquica. Una que prescindiera de este rótulo, considerándolo pernicioso para su robustez, jamás realizará obra anárquica y cerrará sus oídos a toda prédica anarquista. Un niño al que se le enseñen las iniquidades del régimen actual, explicándole las causas que originan el presente estado económico y la dependencia política de unos hombres respecto a otros, así como el sistema social en que no podrían producirse esos fenómenos, llegará a hombre considerando natural que haya pobres y ricos, gobernantes y gobernados, y no pensará más que su mala suerte lo hizo nacer en un hogar proletario como podía haber hecho que naciese en un trono. Y si después, cuando su ingreso en el taller lo lleve a sindicarse a solicitud o imposición de sus camaradas de trabajo, y pertenece a una asociación que no tiene otro objeto que conseguir mejoras más o menos ficticias, y una emancipación que no se le explica lo que es, en qué consiste, qué organización social podrá garantizársela, seguirá siendo un niño como antes de ir a la escuela.

Hay que reconocer que no todos los hombres, ni una mayoría apreciable, ni siquiera una minoría, son capaces de desentrañar por sí mismos los fenómenos sociales. Privilegio de algunos cerebros, los demás no hacemos, no podemos hacer más que asimilarlos a sus ideas, saturarnos de ellas.

Y para esto es condición indispensable que lleguen a nosotros, que leamos u oigamos los razonamientos de los gestadores del ideal o de sus propagandistas. ¿Cómo podrán ser percibidas estas ideas, si los sitios en que con mayor facilidad podrían divulgarse se cierran a cal y canto a su difusión? En un organismo

rotulado anárquicamente, aparte de que no hay posibilidad de que el autoritarismo prohíba la propaganda de las ideas, el mismo rótulo incita a querer conocer su significado o hace que de un modo más o menos exacto cada uno lo interprete. Y que no es un obstáculo ese rótulo a la organización obrera lo demuestra el número enorme de trabajadores asociados que había en España en la época en que la Federación se denominaba anarquista y los que hoy tienen las sociedades que pueden considerarse como descendientes de aquel organismo. Y la Argentina ofrece el mismo ejemplo.

Si cada uno de los anarquistas que en este asunto discrepan de nuestro modo de pensar recapacitara un momento y recordase cuál es el número de compañeros que ha surgido de la organización obrera, y cuál es el que se ha formado fuera de ella, quizá variase su criterio actual, sobre todo si piensa en que si hubiesen pertenecido a sindicatos en que las ideas estuvieran proscriptas, difícilmente habrían llegado muchos de los anarquistas a ser tales. En la Argentina, la generalidad de los compañeros se han formado en los gremios, y aún los que han empezado a conocer las ideas por *La Protesta* se lo deben a las sociedades gremiales también, pues sin ellas nuestro diario difícilmente habría pasado de ser una tentativa, como ha ocurrido con otros diarios anarquistas europeos, malogrados apenas nacidos.

Hasta ahora, he tratado este tema en un sentido general, sin concretarme al caso de la Federación Argentina que motiva estas líneas. Es un caso excepcional, por cuanto no se trata de anarquistas que prescindieren de sus ideas solamente en obsequio al desarrollo de la Federación, ni de obreros federados que repudian el título de anarquistas, sino de elementos procedentes del Partido Socialista que conservan, aún desligados de él, la fobia al anarquismo que caracteriza en todas partes a los socialistas, y quienes pretextando la necesidad de unir a todos los gremios en una sola Federación, han luchado cuanto les ha sido posible para quitar a la Federación Argentina su carácter y tradición anárquica, minando un organismo gracias al cual los obreros radicados en la República Argentina han conseguido modificaciones en las condiciones habituales del trabajo y que tiene una historia social valiosa. Las persecuciones que esa doble lucha —económica y social— han determinado, ha disminuido, sino la

fuerza de resistencia y acometividad de la Federación, por lo menos el número de sus propagandistas activos, habiendo quedado, entre éstos, algunos cuya mediocridad, ambición de mangonearlo todo o concepciones equivocadas, les ha puesto a merced de esos “casi” ex socialistas, llegando a concertar un pacto de solidaridad entre los dos organismos federales del país, que al fin ha dejado las cosas como antes de concertarlo. Y si se piensa que con un poco de entereza, de convicciones arraigadas, sosteniendo el derecho de propagar las propias ideas, esa “recomendación” de propagar el comunismo anárquico, que después de todo no era una imposición, no obligaba a los no anarquistas ni comunistas a hacer tales propagandas, que no era ni esa etiqueta, ese rótulo que tanto asusta, se habría realizado la fusión de las dos entidades, ya que la de los sindicalistas estaba agonizando, pronta a desaparecer si no se unía a la Federación de abolengo anárquico, razón de más para sentir el error cometido por unos cuantos anarquistas, que han puesto una traba a la difusión del anarquismo, y robustecido el organismo agónico de los sindicalistas ex socialistas, con la incorporación de algunas sociedades independientes, de esas en que los socialistas, sin ex, tienen ascendiente. Y que no se incorporaban ni a una ni a otra institución federal, alegando que eran dos y en realidad por antipatía a los anarquistas y rencor hacia sus antiguos correligionarios los sindicalistas y de otras en las que predomina un criterio semejante al de los círculos católicos de obreros. Hoy los ex socialistas y los socialistas sin ex marchan en la mejor armonía, siendo el diario del Partido Socialista el órgano de la Federación Sindical-socialista-cooperativista, para vergüenza de unos cuantos anarquistas incorporados a ella.

¿Qué se puede esperar de esta institución obrera?

Es lo que quisiéramos dijese los compañeros que aplauden la supresión del “rótulo”. Para nosotros esa Federación equivale a un apéndice del Partido Socialista y a un medio de robustecer ese partido, sin abrigar la esperanza de que sus miembros lleguen a conocer nuestras ideas, pues tanto valdría ir al Vaticano a hacer propaganda anarquista al Papa, los cardenales y sus acólitos. Sin la defección de unos cuantos anarquistas –bien o mal intencionados, que para el caso es lo mismo– al fin los gremios dirigidos por los ex socialistas

se hubieran incorporado a la Federación Argentina y tras ello, desaparecido el pretexto de las dos federaciones hubieran ido sumándose los gremios independientes, lo que hubiera extendido de considerable manera el radio de acción de nuestra propaganda, con gran ventaja para los trabajadores mismos.

No ha ocurrido así y es sensible, tan sensible como que todavía haya quien dé la razón a esos “ex anárquicos”.

Coincidiríamos en el modo de pensar de Esteve, por quien sentimos una fuerte simpatía, si él nos indicase de qué modo podemos difundir, propagar, hacer conocer nuestras ideas eficazmente, para que en esta época de aceleración, no resulte como hasta aquí que nosotros somos los únicos en quienes esa ley de progreso no se cumple, ya que pasan diez, veinte o más años sin que los anarquistas aumentemos en número de un modo proporcional.

Está bien; respetemos al obrero, al niño y a cuanto se quiera; pero al menos, díganos en dónde, cómo y a quiénes podemos propagar nuestras ideas. Si tuviéramos varios millones de pesos, fundaríamos un diario en cada ciudad y editaríamos millones de folletos y libros, para distribuirlos gratuitamente y fundaríamos centros anarquistas profusamente. No tenemos más que céntimos miserables y no podemos hacer esa obra cultural, que suponemos no sería objetada a no ser que un escrúpulo extremado preocupase a alguno y nos arguyera que al linotipista, que compusiera un folleto, se le violentaba obligándole mediante el jornal a leer un trabajo anarquista. Que todo es posible en este campo de las ideas en que surgen los Malato chauvinistas y los Hervé fusiladores.

APÉNDICE II DE LA PRESENTE EDICIÓN

La editorial LA PROTESTA, al publicar en un mismo folleto “Carta gaucha”¹⁷ y “Para los que no son anarquistas”, ha tenido en cuenta una poderosa razón: facilitar la difusión de nuestras ideas en ambientes huérfanos de propaganda anarquista y revolucionaria, contribuyendo en esta forma a la elevación moral e intelectual de los trabajadores que viven fuera de los grandes centros de cultura y sin contacto con los trabajadores de la ciudad.

En cierto modo los dos trabajos que forman este folleto se complementan y llenan una misma misión. Juan Crusao en el lenguaje popular de nuestras campiñas, en la fábula del gaucho, se dirige a los obreros nativos atacando sus más arraigados prejuicios: la sumisión a los amos y el respeto a la autoridad, mil veces odiada por los tipos legendarios de la epopeya... Eduardo Gilimón, por otro sistema —o mejor dicho, mediante otro lenguaje— se dirige igualmente a los trabajadores inconscientes, sumisos ante los amos y respetuosos de la ley, procurando despertar en ellos sus ocultas o latentes rebeldías.

Ambos folletos han sido enormemente divulgados. Se publicaron varias ediciones, que suman decenas de miles, pero las necesidades de la propaganda no están aún satisfechas.

Hoy, al ofrecer como un medio eficaz de propaganda este folleto, sólo recomendamos al lector que lo divulgue cuanto pueda, principalmente entre el elemento campesino, el más necesitado de pan espiritual. Obrando así contribuiremos a acelerar la marcha del progreso y nos aproximaremos cada vez más a la Revolución Social, integralista, emancipadora

*Editorial LA PROTESTA
Buenos Aires, Junio de 1922.*

¹⁷ En 1922 *La Protesta* editó el folleto de Gilimón “Para los que no son anarquistas” y el folleto “Carta Gaucha” de Juan Crusao, seudónimo del anarquista, descendiente de holandeses, Luis Irineo Woollans. Existen ejemplares accesibles del folleto “Carta gaucha” junto con “La descendencia del Viejo Vizcacha” en una edición de la Agrupación Libertaria de Mar del Plata (1960). (N. de E.)

PARA LOS QUE NO SON ANARQUISTAS

De criminales, de locos, de soñadores, de ilusos, de enemigos del progreso, de partidarios de regresar a los tiempos prehistóricos, de amigos del desorden, de todo, en fin, lo que es considerado generalmente como nocivo, perjudicial, son tildados los anarquistas por la turbamulta ignara y por los voceros interesados en hacer creer esas especies de descrédito que impiden lógicamente el desarrollo del más racional de todos los ideales que los hombres hayan podido alentar.

Preciso es hacer conocer el ideal anarquista, difundirlo cada día más, exponer sus fundamentos, para así disipar la niebla con que lo oscurecen la ignorancia y la mala fe, y enterrar la terrorífica leyenda y desvanecer la hipótesis de ilusa, de utópica, inventada por los que a falta de otro argumento acuden al socorrido pretexto de *irrealizabilidad* para negarse, no ya a admitir el anarquismo, sino a discutirlo siquiera.

En realidad, el número de seres que conocen las teorías anárquicas es muy reducido aún, y presenta serias dificultades el aumentar la cantidad de conocedores por la resistencia que a estudiar los fundamentos y bases de la Anarquía ofrecen todos los que están impregnados del prejuicio antianárquico, por creer que el anarquismo es el caos y el crimen.

A combatir ese preconcepción, sin base alguna en que apoyarlo, vienen estas líneas explicativas de qué es la Anarquía y en qué se funda, en qué se basa.

Nada más racional que el anarquismo.

Su teoría no es hija de la concepción de un hombre que por talentoso que fuese no es posible llegase a idear un sistema de organización social viable.

El anarquismo no es, en realidad, un régimen de vida social creado o inventado por nadie, ni es un plan de antemano preparado con arreglo al cual se organizará el mundo en el futuro.

No cae pues, en el utopismo, en el idealismo, en el ensueño, en la quimera, que caracteriza a todos los sistemas discurridos desde la República de Platón hasta los falansterios del siglo XVIII y XIX.

Para decir verdad, el anarquismo, lejos de crear una sociedad con arreglo a un plan determinado, no aspira más que a destruir todo lo perjudicial de la sociedad presente.

De ahí su posibilidad, lo factible de su realización, la carencia de ese utópico carácter que acompaña a todos los regímenes sociales inventados por los hombres.

Los anarquistas han analizado uno por uno todos los resortes de la sociedad, han inquirido las causas del dolor, del malestar que por todas partes se siente, y que nadie puede negar, y han sacado la consecuencia incontrarrestable de que suprimidos las causas de esos males, de esos dolores, de esas miserias, tienen éstos que desaparecer.

Y así se ha llegado a constituir la teoría anárquica, basada en eliminaciones y, por lo tanto, rigurosamente exacta y de realización factible

¿Cuáles son las causas de los males que aquejan a la sociedad presente?

Es lo que vamos a ver en breve.

Para muchos la causa reside en el modo de ser de los hombres. Y los que así opinan, inventan leyes morales, religiones, códigos, prisiones, autoridades, una serie inacabable de medios represivos para morigerar a los hombres y hacerlos lo que ha dado en llamarse más buenos.

El fracaso de los moralistas, de los forjadores de religiones, de los legisladores, de las prisiones, de los gobernantes y autoridades de toda categoría, está a la vista.

Los males sociales siguen subsistiendo. Los hombres siguen siendo “malos”; podría decirse que irregenerables.

Y es que no consiste ni depende de los hombres, sino del régimen social el malestar que a la humanidad aqueja, y no es el medio empleado el procedente para conseguir esa desaparición ansiada del malestar social, por cuanto que si los hombres son los defectuosos, los malos, es absurdo que sean los hombres también quienes se corrijan a sí mismos y corrijan a los demás, máxime cuando no hay un medio seguro de poder encargar a unos de la corrección dándoles el mando gubernativo, el puesto de autoridad y la facultad de hacer leyes, eligiendo para el caso a los más buenos, a los menos defectuosos. Si se procede por el sistema eleccionario, ¿cómo los malos, los defectuosos, van a

elegir a los mejores? Y aunque tuvieran la intención de elegir a los menos defectuosos ¿cómo los van a distinguir en el montón, cuando la hipocresía, la simulación, es una de las características de todos los hombres, tal vez lo único que la moral, la religión, la ley, han conseguido inculcar en los seres, dando así a todos una apariencia de bondad que en el fondo es maldad efectiva?

¿Y cómo harán obra buena los que no son buenos?

Y si acaso la hicieran, ello significaría únicamente que los hombres al cambiar de situación en la sociedad cambian de modo de ser, y que por lo tanto no reside el mal en el hombre sino en el régimen, y tendríamos, aun en este supuesto, un nuevo argumento a favor de la teoría anarquista que preconiza el cambio de régimen para subsanar los defectos actuales, hijos de él mismo y no de los hombres.

Desgraciadamente no son las funciones gubernativas, los cargos de autoridad y los puestos legislativos suficientemente eficaces para transformar a los seres en sentido benéfico y, antes bien, lo que la práctica nos enseña es que los elevados a esa posición se hacen peores, ora porque una vez en lo alto les plazca arrojar la máscara de la hipocresía o bien porque en realidad los haya maleado el cambio de situación, en vez de mejorarlos, incitándolos al mal con todas las tentaciones del poder, el dinero y la holganza.

No está en los hombres, en su constitución psíquica, en su educación, en su moral, en su religión y ni aun en su posición social la causa del mal. Y no está, ni puede estar, y por lo tanto no hay ley, religión, moral ni nada semejante que pueda transformarlos, ni que pueda hacer de la sociedad actual tan defectuosa, tan originaria de males, dolores y miserias, una sociedad en la que todos y cada uno puedan desarrollar sus facultades y gozar de los bienes de la tierra con la menor suma de dolor posible.

Las instituciones que constituyen la base de esta sociedad son nocivas o inútiles cuando menos.

Los anarquistas lo reconocen así y consideran que la más inútil y la más perjudicial de todas es el gobierno. Por eso se denominan partidarios de la Anarquía, habiendo adoptado esta palabra de origen griego que significa *no gobierno*.

Y efectivamente: el gobierno no contribuye en nada al progreso de los pueblos, a su bienestar. Él no ha creado nada, no

ha inventado nada, no produce nada. Sólo se le deben trabas al desarrollo de la iniciativa particular. Su razón de ser no existe más que lo que ha dado en llamarse “mantenimiento del orden” y “regulación de las relaciones sociales”, cosas ambas que pueden muy bien existir sin necesidad del gobierno, tan sólo con eliminar todo lo que pueda perturbar ese orden y esas relaciones sociales.

Y si es posible esa eliminación de las causas originarias de desordenes y de alteración de las relaciones sociales –y como veremos más adelante ello es posible– no hay razón alguna para que el gobierno subsista, desde que su única misión es precisamente la que dejamos anotada.

El gobierno no es industrial, no es agricultor, no realiza obras artísticas, ni científicas, ni influye directamente en nada, en ninguna de las actividades humanas como no sea en detrimento de estas para coartarlas y quebrantarlas.

La enseñanza pública, que es la principal función que el gobierno ha acaparado, no precisa de los gobernantes, puesto los que en realidad la practican son los profesores, especialistas que sin la intervención y tutela del gobierno podrían igual, y tal vez mejor, desempeñar sus funciones. Lo mismo puede decirse de los servicios públicos que los gobernantes atienden, servicios públicos igualmente desempeñados por los profesionales, por individuos que sin el gobierno pueden atenderlos lo mismo. No hay rama alguna de la vida social que necesite de la institución del gobierno.

* * *

Las causas del desorden y de las posibles alteraciones de las relaciones sociales estriban precisamente en los privilegios de que, sin razón ni causa justificable alguna, disfrutan unos en detrimento de otros.

Y aquí entramos de lleno en la parte fundamental de la crítica a la organización social.

El primero de esos privilegios es la propiedad privada, el derecho de propiedad que sobre la tierra y cuanto ésta produce y contiene se han arrogado unos cuantos.

No hay derecho que menos fundamento tenga. La propiedad, en su origen, no es más que un acto de fuerza o engaño.

El primero que se posesionó de un pedazo de ella lo hizo forzosamente mediante un acto violento. No hay más que recordar la historia del descubrimiento de América, para ver cómo la fuerza de los conquistadores fue el único fundamento de su *derecho* a posesionarse de las tierras americanas. Y se posesionaron de ellas como gobernantes y como propietarios distribuyéndose inmensos lotes, y a perpetuidad, sin miramientos de ninguna especie.

La tierra es tan necesaria a la vida del hombre como el aire, como la luz solar, y razonablemente quien de ella priva a otro apropiándose exclusivamente para sí de una parte de ella comete el mismo abuso, lo que podría denominarse el mismo crimen, que si privase a uno de aire para respirar y del calor vital del sol.

No hay cómo defender esa posesión de la tierra, pero aunque fuese defendible, siempre encontraríase abusiva, absurda, bárbara, brutalmente inhumana, la apropiación que unos hombres, por el hecho de considerarse propietarios de la tierra, hacen del trabajo de otros hombres.

Efectivamente; no hay nada más *mío* que lo que yo hago, lo que yo realizo con mis brazos, con mi inteligencia. ¿En virtud de qué, entonces, ha de haber unos hombres que se apropien de una parte de mi trabajo, del producto de lo que yo he creado?

Se dice que es el derecho del *propietario*. Pero vamos a cuentas; ¿acaso la *propiedad* da algún producto si no se la trabaja? Entonces, si la propiedad no da nada sin que se la trabaje, el producto de la propiedad es producto del trabajo y en consecuencia corresponde utilizarlo al trabajador. Esto es indiscutible, axiomático, innegable.

El trigo, el maíz, las uvas, todo cuanto la tierra produce, no brota sin el trabajo humano. Por lo tanto todo pertenece al que trabaja la tierra. ¡Y no son ciertamente los propietarios de ella los que la trabajan y la hacen producir!

Las haciendas, los ganados de toda especie, no deben pertenecer a los ricos terratenientes, que se pasan la vida en las grandes ciudades, sino a los jornaleros, a las peonadas que siembran los alfalfares, cuidan los animales, ordeñan, esquilan, faenan.

Y lo mismo ocurre con los edificios, con los trajes, el calzado, los productos industriales, en una palabra, que en vez de ser aprovechados por los albañiles, los sastres, los zapateros y por los obreros en general, son de los *señores*, de los burgueses

que nada trabajan y que de nada que sea trabajo se entienden, siendo incapaces de saber cómo se serrucha un caldén, un quebracho u otro árbol cualquiera, ni cómo se hace un ladrillo, ni cómo se teje un género o se fabrica un sombrero.

He ahí la causa del mal. Uno hombres viven en la abundancia, sin que nada les falte, antes bien, derrochando, malgastando, dilapidando lo que otros producen con harto esfuerzo, con grandes trabajos, con enormes sufrimientos. Y estos, los que todo lo crean, apenas alcanzan a vivir con la miserable parte que les dejan los propietarios.

No es esto todo. Esa pequeña parte, a veces, en muchas ocasiones, falta en los hogares de los pobres. Se les dice que no hay trabajo, y cuando no hay trabajo no hay jornal, y en vez de mal comer se pasa hambre, frío, toda clase de miseria. ¿Por qué razón? ¿Por qué ha de pasar miseria el trabajador cuando lo que él ha producido está amontonado en los depósitos, en los almacenes, en las casas de los propietarios?

El obrero cuando trabaja apenas puede vivir, y cuando no tiene trabajo se muere de hambre.

Y no es ciertamente porque haya escasez en el mundo. Cuando trabaja produce mucho más de lo que puede consumir, produce para él y para su patrón y para el gobierno, para la justicia, para la policía, para el ejército, para los curas, para todos los que viven sin trabajar o que se ocupan en tareas inútiles, innecesarias. Porque si sólo es productor el obrero, y todos viven necesariamente de lo que él produce, lógico es que viven del obrero y verdad es que este produce para él y para los demás, pues si no no podrían vivir los que nada producen, los que en nada contribuyen a la producción.

Si todos los hombres trabajaran y se dedicasen solamente a tareas productivas, la riqueza social, la riqueza pública, sería enorme y cada uno podría atender a sus necesidades con esplendidez. Y además, el trabajo no sería penoso. No habría necesidad de estar 8, 10, 12, 14 o 16 horas trabajando, para conseguir tener de todo, para vivir bien, cómodamente.

¿Por qué no trabajan todos los hombres, siendo así que trabajando todos se produciría más, nadie pasaría miseria, el trabajo sería menos fatigoso y se viviría mejor?

Precisamente por ese derecho de propiedad, que no sólo hace que vivan sin trabajar los propietarios aprovechándose de

la mayor y mejor parte del trabajo de los obreros, sino que priva a estos de trabajar, y en consecuencia de comer, cuando el propietario no quiere o no necesita del trabajo, y además hace que vivan también sin producir un enorme número de hombres encargados de defender a los propietarios y sus propiedades.

La causa de la miseria, la causa del malestar social reside, pues, en la propiedad privada, en ese derecho de propiedad que procede de un acto de fuerza, o de un engaño.

Para defender esa propiedad está el gobierno, con sus policías y ejércitos. Y puesto que si no existiese el absurdo y perjudicial derecho de propiedad no habría temor a desórdenes, puesto que estos, si se producen, es porque los que nada tienen aspiran a tener con qué vivir y aun los que son propietarios tratan de ser más ricos, más propietarios a expensas de los demás, el gobierno no sería necesario en una sociedad en la que no hubiese pobres ni ricos, en la que todos pudiesen trabajar sin gran fatiga y atender a todas sus necesidades, y en la que, por lo tanto, no es fácil que se produjeran desórdenes, antagonismos, todos esos choques que hoy requieren la intervención gubernativa siquiera ésta sea para mantener una calma, una paz aparente, basada en la explotación del hombre por el hombre, en la miseria de unos y el derroche y la abundancia de otros.

Los anarquistas, por lo tanto, lejos de ser partidarios del crimen y del desorden, quieren que desaparezca la propiedad que es un crimen, un robo, puesto que los que todo lo producen apenas pueden vivir y están condenados a la miseria eterna, y que desaparezca el gobierno, que sólo sirve para sostener el derecho de propiedad y seguir manteniendo a los productores en la mayor esclavitud y pobreza.

Los anarquistas quieren una sociedad en la que no existan ni la propiedad, ni el gobierno, causantes de todos los males que aquejan a la mayor parte de la humanidad.

¿Puede existir una sociedad como la que los anarquistas pretenden? ¿Hay algo que se oponga a su funcionamiento?

Para los que opinan que el hombre es un ser malo, vicioso, es indudable que no se puede concebir una sociedad sin gobiernos, autoridades, leyes, castigos, etcétera.

Para los que vemos que el mal reside en la defectuosa organización social, es posible la existencia de una sociedad sin gobiernos, ni propiedad, por cuanto que de todo esto proviene el malestar, el mal, y eliminándolo, es forzoso que desaparezcan sus consecuencias nefastas.

Se dice, sin embargo, que sin la presencia de la autoridad el hombre no trabajaría.

El hombre, ciertamente, trabaja por necesidad y no por puro placer, pero en una sociedad en la que el trabajo no fuera tan fatigoso como en la de hoy y reportara al trabajador lo suficiente para atender a sus necesidades, no es fácil que se tendiesen los hombres a dormir porque no hubiese autoridades.

La necesidad de trabajar existiría lo mismo que hoy, puesto que no trabajando, pronto vendría el hambre a apoderarse de todos. No es posible creer que tan faltos de buen sentido fuesen los hombres que se dejasen morir de inanición. El acicate de la necesidad les obligaría a trabajar con tanto mayor motivo cuanto que sabría cada uno que trabajaría para sí y no para un zángano como hoy sucede.

Se parte, para opinar de esta manera, de la aversión que al trabajo sienten generalmente los hombres, aversión que se explica en primer lugar por lo extenuante que es el trabajo ahora y porque él representa una explotación enorme. Sin embargo, y a pesar de esto, no se ve que la haraganería predomine, lo que sería muy lógico, y es de extrañar que no exista en gran escala, inclinando a los asalariados al robo, que podría realizarse casi impunemente, puesto que no es la policía suficientemente eficaz para evitar que los trabajadores se apoderasen de lo que al fin de cuentas es de ellos. Y hasta la misma policía, formada con hijos del pueblo, a quienes se les da apenas lo preciso para ir viviendo, sometiéndoles en cambio a largas horas de plantón y expuestos a perder la vida en todas las contingencias de la vida callejera o campesina, será más natural que se dedique al robo que no a cuidar los bienes de los capitalistas.

Nada de esto sucede hoy ni aun en las épocas de mayor escasez de trabajo, cuando el hambre y la miseria se enseñorean de las familias pobres. Y eso que la prisión podría ser eludida si grandes cantidades de hombres se dedicasen al robo, pues no habría cómo contenerlos; y eso, repetimos, que de todos modos

las cárceles no son tan temibles y que, entre morir de hambre en la calle y estar alimentado en una prisión, es preferible esto último.

No; en un organismo social en el que cada uno pudiera disfrutar íntegramente del producto de su trabajo, y en el que no existiera el parasitismo actual basado en el derecho de propiedad, no habría temor que se rehuyese el trabajo, como creen los que juzgan superficialmente estas cuestiones, sin pensar que hasta los mismos burgueses, por necesidad fisiológica, se dedican a tareas que, aunque improductivas, son bien semejantes al trabajo¹⁸. Y si no trabajan en realidad es porque sobre el trabajo pesa un estigma denigrante; se le considera como la labor propia de esclavos, de miserables, y se considerarían rebajados si la realizasen.

La dignificación del trabajo será la consecuencia inmediata de la desaparición de la explotación del trabajador que hoy se realiza. Y dignificado, no hay temor de que sea necesario recurrir de nuevo a la policía y al sistema capitalista y opresivo de hoy para que todos hagan algo útil.

Viene, además, en apoyo de nuestra argumentación, la evolución progresiva y beneficiosa que se observa en los procedimientos de producción. Día a día va desapareciendo el empleo de la fuerza brutal en el trabajo y con ello todo lo que éste tiene de repugnante, grosero. Ya no es preciso, en la mayor parte de los oficios, más que dirigir una máquina, vigilar un motor. Y conste que en el futuro el uso de las máquinas se multiplicará prodigiosamente, con mucha más razón que hoy, puesto que habrá que reparar en su costo, que ahora hace muchas veces emplear al hombre en vez del aparato mecánico, por que éste resulta *más caro*.

Más, ¿cómo se sabría cuál es el producto del trabajo de cada uno?

Es esta la pregunta más seria que se puede hacer en los momentos actuales, por cuanto el modo de ser de la producción hace casi imposible decir qué parte corresponde a cada uno en la obra realizada.

Sin embargo, los anarquistas están casi unánimes en considerar como el medio más acertado al caso la implantación del

sistema comunista, que permitirá a cada ser humano disfrutar de cuanto en el mundo hay, sin más obligación que la de contribuir con su correspondiente parte de trabajo.

En la imposibilidad manifiesta que existe de que cada hombre pueda señalar la parte de un producto que le corresponde por haberla realizado él, puesto que con los métodos de producción actuales nadie puede saber con certeza qué es lo que ha producido personalmente –al menos en la mayoría de los casos– lo más acertado es que todos y cada uno tengan derecho a consumir según sus necesidades, debiendo en cambio producir según sus fuerzas y de conformidad con las necesidades generales.

De esta manera no cabe la miseria ni es posible la acaparración de productos que podría hacer se volviese de nuevo al sistema actual de ricos y pobres, tan nefasto y perjudicial.

No hemos de entrar aquí, en este ligero esbozo de lo que es el anarquismo, en largas consideraciones sobre el comunismo, puesto que esta materia requeriría un libro y nuestro objeto al escribir este folleto ha sido tan sólo llamar la atención sobre las teorías anárquicas, despertar el interés por conocerlas y negar las afirmaciones falsas que sobre el anarquismo hacen los burgueses, los gobernantes y los periodistas, presentándolo como una escuela del crimen, como una secta de delincuentes por el solo gusto de serlo.

* * *

Por eso en vez de ocupar más espacio describiendo el sistema comunista, que suficientemente desarrollado está en las obras de Kropotkine, Juan Grave y otros sociólogos y pensadores anarquistas, vamos a tratar de los medios que los partidarios del anarquismo preconizan para llegar a implantar la anarquía, o más claro, a suprimir el gobierno y la propiedad privada.

Esos medios y esa aspiración han motivado persecuciones terribles contra los anarquistas, de parte de gobiernos y policías, y en consecuencia ha hecho que algunos anarquistas hayan realizado atentados contra los reyes, presidentes de repúblicas y jefes de Estado, dando margen a que se confunda el anarquismo con esos hechos sangrientos que no son otra cosa más que explosiones de la desesperación de los perseguidos, actos de venganza

¹⁸ Nos referimos a los juegos llamados de sport y otros ejercicios como la esgrima, la equitación, etcétera. (N. de A.)

contra quienes con saña cruel van contra los anarquistas, por el solo hecho de querer sustituir la organización presente de la sociedad por otra menos defectuosa, en la que haya más felicidad y menos miseria y dolor.

Esos medios a que nos referimos son: 1º, la propaganda constante de las teorías anárquicas, y 2º, la huelga general revolucionaria.

El primero tiene por objeto dar a conocer a todos los que hoy sufren las consecuencias del defectuoso sistema de organización social las causas de su malestar y predisponerlos para que las supriman por sí mismos, aunando los esfuerzos de todos, llegando así a realizar el segundo, o sea la huelga general revolucionaria, con la cual concluirá el predominio de los privilegios, la prepotencia de los capitalistas y gobernantes.

La huelga general revolucionaria consiste en la paralización de todos los trabajos, en un país o en varios a la vez, negándose en consecuencia los trabajadores a seguir produciendo más para sus explotadores.

Afirmando la voluntad de los obreros de no seguir por más tiempo siendo explotados, viene en consecuencia el acto revolucionario por excelencia que consiste en la toma de posesión de los talleres, fábricas, campos de cultivo, vías férreas, máquinas, útiles de trabajo, edificios, etc., por los grupos de productores que hasta antes de la revolución social los utilizaban únicamente en y para beneficio de los patrones.

Los obreros así dispuestos tienen que desconocer la autoridad gubernativa, anulándola desde los primeros momentos para lo cual necesitan del concurso del ejército y a adquirirlo tienden los esfuerzos de los anarquistas, haciendo ver a los soldados que está en su interés plegarse a los huelguistas desde que ellos son también obreros explotados, oprimidos, hijos de obreros y que después del servicio militar tendrán que ir al taller, a la fábrica, a la chacra, en fin, al trabajo mal remunerado y abrumador y pasar días y días de miseria. Además les hacen ver cuál es su situación en el ejército y los fines criminales a que este está destinado, sin que jamás de esos fines obtengan ellos beneficios ni ventaja alguna a no ser la pérdida de un brazo, de una pierna o de la misma existencia, en tanto que los gobernantes y capitalistas se enriquecen sin peligro alguno con las guerras que sólo realizan los soldados.

En esta forma, enseñando lo que es el anarquismo y preparando elementos para la huelga general revolucionaria, de la que son simples ensayos las huelgas de gremio y las generales pacíficas que hoy se realizan y que sirven principalmente para hacer ver a los trabajadores el poder que tienen en sus manos, es como los anarquistas piensan llegar a constituir la sociedad humana sobre bases más armónicas.

ÍNDICE

Eduardo Gillimón y su obsesión por la propaganda, por M. Albornoz.....	7
---------------------------------------------------------------------------	---

HECHOS Y COMENTARIOS

- Explicación preliminar.....	25
- Del ambiente.....	29
- Los primeros anarquistas.....	33
- La conmemoración de la Commune.....	37
- El agio, la política y los obreros.....	39
- Las divisiones.....	42
- Las huelgas.....	44
- Los propagandistas.....	48
- La primera víctima.....	50
- 1902.....	52
- 1º de Mayo.....	58
- Una emboscada.....	60
- El 4 de febrero.....	61
- Otro estado de sitio.....	63
- <i>La Protesta</i>	66
- El año de las huelgas.....	73
- Un baúl con explosivos.....	77
- La guerra.....	80
- Por la paz social.....	83
- La odisea de Serrano.....	85
- La masacre.....	87
- La furia reaccionaria.....	89
- Un mitin grandioso.....	90
- <i>La Batalla</i>	92
- El miedo.....	94
- El 8 de mayo.....	95
- Patrimonio policial.....	97
- El golpe final.....	100

PÁGINAS ÍNTIMAS.....	103
APÉNDICE I	
- El anarquismo en los gremios.....	119
APÉNDICE II	
- Para los que no son anarquistas.....	128